Miguel Servet

Los valores de un hereje

Un aragonés universal, que luchó y murió por la libertad de conciencia

HERALDO
DE ARAGON

Miguel Servet.
Los valores de un hereje.

Un aragonés universal, que luchó y murió
por la libertad de conciencia

Edita
HERALDO DE ARAGÓN

Director
Mikel Iturbe Mach

Dirección de la obra
Rafael Bardají Pérez

Asesores científicos
Ángel Alcalá y Eliseo Serrano

Realización
GABESA. Grupo Heraldo
Dirección: Victoria Martínez Hernández

Coordinación
Rafael Bardají Pérez y Clara Duplá Agüeras

Coordinación técnica
Lucía Serrano Pellejero

Edición
Clara Duplá Agüeras

Diseño y maquetación
Carmelo Roy Muñoz y Cristina Guallar Barea

Ilustración de portada
Alberto Aragón

Impresión y encuadernación

ISBN

Depósito Legal

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquiera de los textos e imágenes incluidos en esta obra sin autorización expresa de HERALDO DE ARAGÓN, así como de los respectivos propietarios de los derechos de autor.

Índice

Presentación: Mikel Iturbe, director de *HERALDO DE ARAGÓN* 5

Rafael Bardají, periodista 7

Prólogo de Ángel Alcalá 8

Capítulo 1. Un mundo de cambios vertiginosos 15

16 El siglo XVI. Expansión europea y conflictos religiosos. Por Eliseo Serrano

30 El pensamiento religioso europeo en los albores de la modernidad. Por José Luis Betrán

Capítulo 2. Quemado dos veces 31

32 Doble vida (y muerte) de Servet. Por Fernando Martínez Laínez

42 Las ediciones de la *Geographia* de Ptolomeo. Por José Pardo

Capítulo 3. Teólogo, editor y científico 43

44 El tenaz esfuerzo por restituir el Cristianismo. Por Daniel Moreno Moreno

56 Medicina galénica. Por José Luis Nieto

Capítulo 4. Juicios inquisitoriales 57

58 Perseguido por católicos y luteranos. Por Doris Moreno

68 La *Restitución del Cristianismo*. Por Ana Gómez Rabal

Capítulo 5. Miguel Servet, un español de Aragón 69

70 Reivindicación de su figura desde Villanueva de Sijena. Por Sergio Baches Opi

80 *Hominem Occidere*. Por Guillermo Fatás

Capítulo 6. Héroe literario 81

82 El sabio de Sijena en la literatura y las artes. Por Antón Castro

90 La imprenta en tiempos de Miguel Servet. Por Manuel José Pedraza Gracia

Capítulo 7. Las imágenes de Miguel Servet 91

92 De la hoguera a los pedestales. Por Manuel García Guatas

98 El imaginario circulatorio de la comunicación social. Por Daniel H. Cabrera

Epílogo. La huella de Servet en la Constitución Americana 99

100 Servet y el nuevo paradigma histórico. Por Marian Hillar

Servet, el hereje

Mikel Iturbe Mach
Director de HERALDO DE ARAGÓN

No existe un viaje más seductor que el que se recorre de la mano de la ciencia. Guiada por la búsqueda del paradigma, fiel reflejo del ansia que despierta el logro del conocimiento, la vida científica nos sumerge en una voluntad intelectual que descubre una placentera plenitud. El buen científico, el considerado dueño y conocedor de su búsqueda, eleva su trabajo hacia una voluntad trascendente únicamente definida por un atrevido espacio de libertad donde la simple oportunidad se convierte en reto. La ciencia, donde lo propio convive con lo ajeno y donde el seguimiento de la tarea del otro sitúa nuestro empeño, amplía la desnuda condición de todo ser humano: el impenitente deseo del saber.

Miguel Servet —Villanueva de Sijena 1511–Ginebra 1553— descubrió desde la teología su insistencia científica, demostrando que sus investigaciones y hallazgos concluían en la razón como mejor plataforma para llegar hasta su visión espiritual. Desgajado de su tiempo, incomprendido en la convulsa y aún aniñada Europa del XVI, Servet creyó en la imposible convivencia entre teología y razón, descabalgando a los fantasmas de la ignorancia y el miedo de la todopoderosa silla del poder. Su obsesión por la defensa de la verdad, del ser comprometido, descubrió a un hombre universal, un aragonés de vocación eterna que, más allá de sus trabajos sobre la circulación sanguínea en el cuerpo humano, supo erigirse como un adelantado empeñado pro la superación de los prejuicios y las verdades absolutas. Servet, a quien no solo la medicina rinde homenaje, descubrió la utopía como metodología científica mientras asentaba los pilares del moderno edificio que dibuja la obsesión por la libertad. Quemado como hereje y tratado como un peligro, Servet conquistó sin pretenderlo el laberíntico acceso hacia la verdad científica, esa vaporosa y esquiva construcción que la interpretación se empeña en ocultar.

Bajo el signo de esta poderosa personalidad, *HERALDO DE ARAGÓN* no podía dejar pasar la oportunidad de glosar la figura de este aragonés eterno que adoptó una personalidad revolucionaria y que hoy permanece en esa imaginaria galería de hombres ilustres que, afortunadamente, continúa siendo completada.

La alta calidad y cuidada precisión histórica de los textos que aparecen en este libro, todos ellos escritos desde la metodología científica, convierten a esta obra en un oportuno medio que nos permite diseccionar los muchos perfiles de un intelectual del que solo se posee, de forma mayoritaria, una epidérmica visión. El reto por la divulgación y popularización de la figura de Servet se encuentra en el origen de esta modesta aportación realizada por *HERALDO*.

Un perdedor, víctima de la intransigencia

Rafael Bardají
Periodista y profesor asociado de periodismo de la Universidad de Zaragoza

Los nombres del callejero, las denominaciones de los colegios, institutos, hospitales y centros asistenciales, así como las estatuas y monumentos, nos marcan algunos datos de la historia de los pueblos. Es el recuerdo mediante el cual los ciudadanos representan hechos que han marcado el devenir de una comunidad y a personajes que se han distinguido por sus valores humanos, aportaciones científicas y contribuciones al desarrollo cultural, espiritual y económico de las personas y a la evolución de la humanidad. La elección de los nombres no obedece a un criterio científico de la investigación histórica si no a estados de ánimos, cercanía, sensaciones, ideas políticas o momentos determinados de la historia en las que los dirigentes quieren dejar marcadas sus ideas.

Miguel Servet, el aragonés universal de Villanueva de Sijena, fue un perdedor víctima de la intransigencia religiosa y política en un siglo marcado por la Reforma luterana y las convulsiones del Cristianismo institucional. Fue un heterodoxo y un hereje cuyas ideas y publicaciones irritaron por igual a la Iglesia Romana como a la luterana. Y todo por cuestionar a través de sus valientes escritos unos dogmas y principios que para él significaban el alejamiento de las bases del Cristianismo, el distanciamiento de los dirigentes religiosos y políticos del pueblo y la división de los creyentes, cuando la religión era todo. Servet fue un teólogo, pero en contra de lo que pueda pensarse, sus tratados no eran meras disquisiciones de unos asuntos que hoy nos pueden resultar lejanos. No, Servet a través de la Teología pretendió mover las conciencias del Cristianismo del siglo XVI, y de quienes dominaban el mundo, para contribuir a una sociedad más justa. Servet, para llegar a las conclusiones vertidas en sus libros y que a los 42 años le llevaron a la hoguera, se sometió a una severa disciplina de aprendizaje, estudio, investigación y conocimiento humanístico. Junto a la teología, la medicina, la astrología o la geografía fueron materias a las que dedicó, también, gran parte de sus energías hasta su muerte.

Sus herejías y el hecho de ser un perdedor fueron las razones de que el personaje se desconociera hasta finales del siglo XIX. Coincidió el inicio de la recuperación de su figura con las controversias y disquisiciones políticas e ideológicas que tuvieron su manifestación más patente en establecimiento de estatuas. Las de Servet fueron siempre defendidas por los regímenes más libres y democráticos. En España, durante el negro periodo del franquismo, la figura de Servet se redujo a su faceta médica y se soslayaron todas sus ricas y complejas aportaciones que hoy enmarcan a Servet como un adalid de la libertad de conciencia. Hoy es una figura reconocida dentro y fuera de Aragón. Nuestra tierra le debe mucho a Julio Arribas Salaberri, fundador del Instituto de Estudios Sijenenses. Y también a otro aragonés, como Ángel Alcalá, que, desde Nueva York, ha realizado un trabajo ingente para ordenar la obra de Servet y alentar a la difusión y conocimiento a investigadores de todo el mundo.

Este libro, que pretende ser divulgativo, recoge los textos de los mejores especialistas del aragonés, busca acercar al personaje y su época. Pretende, además, ser una humilde aportación al centenario de su nacimiento. Mi agradecimiento, por último, a personas que como Ángel Alcalá, Eliseo Serrano, Doris Moreno, Daniel Moreno y Manuel García Guatas, entre otros, me han ayudado en esta publicación de *HERALDO DE ARAGÓN.*

Al encuentro del sabio

Ángel Alcalá
Catedrático emérito en City University de Nueva York
y editor de las obras completas de Servet

En la vida suelen ocurrir encuentros que no se sospechaban. Todos podemos confesar lo que un amigo, aquel profesor o ese desconocido, en confidencias, lecciones o una charla pasajera, influyeron en el nuevo rumbo que iniciamos. Recordamos siempre la reflexión que nos suscitó una lectura oportuna. Y algunas veces, pocas quizá, percibimos que, sin percatarnos, íbamos avanzando con esfuerzo y ansiedad a la vera de algún excelso pensador o escritor, santo incluso, según los casos —hombre o mujer—, que se nos había adelantado: de haberlo conocido antes, nos habría ahorrado la pena de desbrozar la senda por nuestra cuenta. Al toparnos con él, o con ella, nos vemos forzados a reconocer su superioridad, pero también a celebrar que íbamos andando en su compañía.

Todas y cada una de las facetas del excitante pensamiento de Servet y de su trágica existencia ofrecen sorpresas al estudioso y también escándalos al timorato

Servet es una de esas personalidades históricas que, porque se adelantó a su tiempo, no encajó en el suyo y permanece a disposición de que nos topemos con él los viandantes del nuestro y de los venideros. Todas y cada una de las múltiples facetas de su excitante pensamiento y su trágica existencia ofrecen sorpresas al estudioso, también escándalos al timorato, pero más aún y más permanentemente, por trascender aquellas y estos, actitudes modélicas que las almas despiertas no pueden menos de imitar, no solo emular. Fueron estas actitudes personales suyas las que hicieron posible el admirable tipo de intelectual que en él todos admiran, incluso sus adversarios. Una figura de este hombre que, con la cruz de su presunta herejía a cuestas, se nos fue transformando en mito más que en modelo asequible de nuestras propias vidas.

Algunos, aun sin darnos cuenta, habíamos estado pisando sus huellas, incorporando sus métodos a nuestras propias pesquisas, buscando horizontes ajenos al ahogo y la cerrazón mental, trazándonos una trayectoria vital no demasiado lejana de la suya, y al encontrarnos con él a mitad de nuestro camino hemos reconocido en él al hermano mayor que nos había precedido en nuestra propia andadura en pos de la verdad dura y evasiva. Al cabo de años de esfuerzo, se han desbrozado errores y calumnias que la ignorancia y la saña persecutoria fueron amontonando sobre su memoria. Servet ha vuelto a reaparecer como un potente faro de múltiples facetas, de cuya luz pueden todos asimilar la que más se asemeje a su idiosincrasia. Había él trazado, y apurado hasta el fondo de su cáliz, una senda de claridad mental, sencillez espiritual y autenticidad cristiana que los tiempos recios que le tocó vivir, y los fanáticos que le han seguido, se negaron a reconocer como hito esencial de la progresiva maduración de la historia humana. Tras esos siglos de denigración va emergiendo por doquier en todos los rincones del mundo el clamor servetiano por la libertad, columna vertebral de la doctrina y del ejemplo existencial de nuestro héroe de Villanueva de Sijena.

Lo más admirable en Servet es su indomable

pasión por la verdad, la cual, cualquiera que sea su origen, plasmado bíblicamente si de revelación divina o escrito en el libro de la naturaleza, siempre habrá de hallar en el tamiz de la razón su último criterio de credibilidad; junto con ello, su exigencia de que la verdad, o lo que se presume serlo, se exponga siempre a base de lo que Descartes llamó luego ideas claras y distintas. «Dios no puede exigir que creamos —exclama varias veces aforísticamente— lo que no se puede entender». No es un racionalista en la línea de los librepensadores arbitrariamente iconoclastas, sino un pensador enormemente racional que por encima de la razón acepta solo dos autoridades: la Biblia y la naturaleza. Se suele predicar con extrema ligereza que hay que tener la humildad de creer; Servet podría corregir eso diciendo que más humilde que quien cree a ciegas suele resultar quien se limita a la humildad de dudar. En el rescoldo de su personalidad latía la exigencia predominante de racionalidad, tan cara a la tradición judía española —un Maimónides en su Guía de perplejos— y a la judeoconversa, casta a la que pertenecía por la vía materna de los Zaporta. «La razón he de seguir doquier me llevare», exclama el también judeoconverso Juan de Lucena, que acababa de morir en Zaragoza en 1503. Porque Dios es infinitamente inteligente, no es posible que haya revelado doctrinas que no sean inteligibles: tal es el límite racional que Servet prescribe a toda verdad, comenzando por las presuntamente misteriosas de ciertos dogmas incomprensibles, como el de la Trinidad.

Pero para Servet la verdad constituye un frondoso árbol de múltiples ramas que se desarrollan desde unas mismas raíces y brotan desde una misma esencia troncal. Era un sabio apasionado por la integración de todos los saberes. Pudo escribir, aunque nunca lo expresó tan explícitamente, el aforismo que preside mi escritorio: «La raíz de los problemas es irse por las ramas». Su radicalismo intelectual empieza por roturar las capas más aparentes del saber y, siempre sin llegar al fondo, siempre indagando por todos los canales que confluyen en el tronco, se obstina sin descanso en su labor sin poder abarcar las últimas raíces, pues estas, ya divinas, constituyen la esencia misma del Ser, infinitas, humanamente inabarcables. De inagotables dan también impresión sus fuentes, extraídas de cada uno de los volúmenes

Grabado de Servet realizado Cristóbal Sichem 'el Joven', en el año 1607. Biblioteca Nacional (París)

que cita, en ediciones de sus contemporáneos Erasmo, Ecolampadio o Champier, o de antologías renacentistas como el *Jamblicus* de Marsilio Ficino o el *De Philosophia perenni* de Agustín Steuco: teologías y filosofías de la más diversa procedencia, presocráticos y clásicos griegos y alejandrinos, predominio neoplatónico, nominalistas medievales y de su contemporánea Sorbona, aunque nunca cita a Tomás de Aquino; multiforme erudición literaria; sorprendente uso, quizá abuso, de las presuntas revelaciones paganas alejandrinas de *la prisca theologia* con sus sibilas, orfismos y Hermes Trimegisto; talmudistas y comentaristas rabínicos; incluso el Corán, ajeno al prejuicio de que la única revelación salvadora sea la cristiana. Más de una vez se atreve a escribir, como uno más de sus argumentos antitrinitarios: «Oye también lo que dice Mahoma, pues es mayor el crédito que hay que dar a una sola verdad que confiesa el enemigo, que a cientos de mentiras de los nuestros».

Sobre todo ello, sus dos campos obsesivos de trabajo intelectual fueron volver al sentido literal exacto de la Escritura y penetrar los secretos del *magnum miraculum* del cuerpo humano,

profesional y público este, secreto aquél bajo el seudónimo de Michael Villanovanus, pero ambos inextricablemente unidos entre sí. La vocación de Servet, su única vocación desde su precoz adolescencia, fue la teología, capaz de esbozarla con suma originalidad a sus veinte en el manuscrito latino, desconocido e inédito hasta hace bien poco, *Cinco libros de declaración sobre Jesús el Cristo hijo de Dios*, ampliado y publicado un año después con citas en griego y hebreo como *Siete libros sobre errores acerca de la Trinidad*, que conmovió a toda Europa. Precocidad teológica similar a la de Mozart en música o a la de niños prodigio en varios campos. Yerran quienes reducen Servet al gran médico que sin duda fue o al descubridor o al menos primer publicista de la circulación sanguínea. El único de sus escritos médicos sin entronque teológico manifiesto es su manual *Tratado general de los jarabes*, que alcanzó seis ediciones en vida suya en Francia e Italia, extrañamente no estudiado aún por ningún gastroenterólogo responsable.

A Servet no le interesaba la circulación sanguínea por sí misma; no era un científico que, como luego Galileo o Harvey, y aun sus contemporáneos Leonardo o Vesalio, explorara la anatomía humana por sí misma. Su medicina era aún teología, y su fisiología era aún lo que él mismo llamaba «filosofía divina», fisiología sagrada. De hecho, como advierte quien atento le lee, no va de la mano de Galeno, a quien cree superar, mucho más allá de lo que la Biblia le sugiere en el Génesis: que el soplo de Dios sobre el barro de la carne produjo la vida, que esta reside en la sangre, y que para mantenerla viva ese soplo de Dios —el aire— tiene que alcanzar los últimos reductos del cuerpo con su espíritu vital. De ahí su pacifismo, aborrecedor de todo derramamiento de sangre; de ahí también la base última que alienta y alimenta su ciencia.

Sus dos campos obsesivos de trabajo intelectual fueron volver al sentido literal de la Escritura y penetrar los secretos del *magnum miraculum* del cuerpo humano

Si, según esto, el máximo logro de la dedicación médica de Servet se reduce y subsume en mero ejemplo de su sistema argumental antitrinitario, no extrañe que su ceñida lectura de la Biblia le empuje a las dos tareas irrenunciables que le impone su convicción de ser un nuevo arcángel Miguel debelador de demonios elegido por Dios para llevar a cabo la osada tarea que acabaría costándole la vida: por una parte, requerir del cristiano la más profunda y arrebatadora conciencia de su singularidad en cuanto persona signada para su divinización participada, por su inmersión bautismal en Cristo hijo temporal de Dios–Padre, y en consecuencia, una piedad hondísima centrada en un cristocentrismo totalizador y místico; por otra, programar la reforma más radical que jamás se haya propuesto del Cristianismo como movimiento religioso y de la Iglesia como organización jerárquica del mismo, no solo por traicionar el mandato que Cristo le dio, sino por tergiversar su propia naturaleza desde que su rápida corrupción dogmática y moral que culminó en la 'fuga de la Iglesia' en la época del emperador Constantino y se continuó en el largo túnel medieval ha deformado ambos haciéndolos opuestos a su esencia original. El largo camino cristiano de milenio y medio —para nosotros, dos— ha encubierto la sencillez y sinceridad (sin cera, sin porquería) de sus orígenes auténticos: limpiársela equivale a retornar a ellos.

Pero antes de proclamar estos avances revolucionarios a los que no se atrevieron ni los protestantismos establecidos, Servet exige de cada cristiano una vida moralmente perfecta sostenida y sublimada por la frecuente cena eucarística —de la cual elimina la teoría medieval de transustanciación para explicar la presencia real de Jesús— y domada por un extremo control de las pasiones. Todo indica que había en el fondo de la personalidad y la doctrina de Servet cierto puritano ascetismo, como si —parecido en esto a Calvino, su fatal antagonista— no entendiera los simples y normales goces de la vida: arte, amistad, belleza, música, vino, amor. No es contradictorio, aunque en la superficie lo parece, el contraste entre el revolucionario pacifista y el locamente enamorado de Cristo: en otra sublime paradoja de su carácter y su doctrina, ambos aspectos se complementan mutuamente. No son a la larga tan eficaces las revoluciones violentas y ruidosas como las que, en lluvia lenta y sosegada, penetran una tierra constantemente

labrada y provocan cambios que a veces tardan siglos en madurar. La supresión de la esclavitud, la instauración de la democracia, la superación del concepto de usura como pecado antinatural por influjo de elementales prejuicios aristotélicos que abrió la posibilidad de las prácticas bancarias, el reconocimiento de algunos derechos humanos, van tomando siglos para su desarrollo e implantación.

No quepa duda de que, mirada desde la ortodoxia tradicional, la teología sistemática de Servet es herejía integral. Y no obstante, tal es la conmovedora paradoja del servetismo, el buscador intelectual que se sumerge en su escritos, especialmente en el gran océano de *Restitución del Cristianismo*, junto a páginas enteras de gritos rabiosas reclamando reformas, halla abundantes lecciones de sabrosa espiritualidad y excelsa teología bautismal y eucarística, así como indicios de que ese Miguel aparentemente hirsuto tuvo experiencias de clara intimidad mística con Cristo, cuya divina humanidad como hijo natural del Padre en el tiempo ensalza como pocos escritores no clérigos han sabido hacer. Quien se niegue a aceptar tan llamativa aparente dicotomía no ha empezado a entender las secretas trayectorias de la variedad de la experiencia religiosa por encima de los pretendidos límites exclusivos de la ortodoxia católica. En el cuarto evangelio quedó escrito: «el espíritu de Dios sopla donde quiere».

Al contemplar la magnitud de la empresa teológica de Servet cumple sorprenderse de que la llevara a cabo sin apoyo alguno, no solo en solitario, cuando muchas de estas tareas requieren trabajar

Dibujo de José Luis Cano sobre Servet de la exposición itinerante de DGA e Ibercaja con motivo de los cinco siglos de su nacimiento.

Estatua de Servet de Jean Baffier, en la plaza Montrouge de París, inaugurada el 1 de julio de 1908. En el acto se vendió un folleto donde se leía: «Michel Servet brulé vif par ordre de Calvin» —«Miguel Servet quemado vivo por orden de Calvino»—. M. G. Guatas.

en equipo, sino en absoluta soledad, en intrépida y heroica soledad; más aún, envuelto en un ambiente católico en España, Italia, Alemania, Francia fanáticamente celoso de su total ortodoxia a las puertas del contrarreformista Concilio de Trento, comensal en Viena del Delfinado, en Francia, durante casi doce años de su amigo el arzobispo Pierre Palmier mientras a ratos libres y en noches oscuras entretejía lentamente el tratado más herético de la historia. ¿Redomado hipócrita? ¿Dispuesto a disimular hasta el extremo sus ideas con tal de salvar el pellejo? Habremos de exonerarle aplicando a su caso, y a tantos más de similares circunstancias, el apelativo con que Calvino, nada menos, calificó a ciertos calvinistas franceses que no se atrevían a manifestarse en público como tales, que Delio Cantimori ha puesto en circulación como útil instrumento historiográfico para múltiples biografías conflictivas: nicodemita, en recuerdo del fariseo simpatizante de Jesús que, por miedo, solo le visitaba de noche. Servet no aspiró a fundar iglesia o erigirse en líder. Quizá se sabía desprovisto de las dotes que para ello hay que tener: ánimo, arrojo, ansias de mando, autoritarismo, activismo, cinismo en altas dosis, todas incompatibles con su aparente ingenuidad semi–infantil tan propia del intelectual utópico y con su timidez temperamental, quizá determinada por una enfermedad ad sexual o malformación testicular —criptorquidia— que Marañón le diagnosticó, no muy convincentemente, hace algunos años. Se limitó, por eso, a consignar sus ideas en libros, con la ingenua confianza, también típica del intelectual, de que con el tiempo sus lectores se encargarían de ponerlas en práctica. Se contentó con conquistar así su verdad y ofrecérnosla generosa y silenciosamente, consciente también de que, como escribió Ortega, en *El hombre y la gente, II*, «solo en la soledad somos nuestra verdad».

La dignidad personal estriba en verdad de cada uno, y esta en su libertad de conciencia. La reclamó Servet desde el primero mismo de sus escritos juveniles y mantuvo su defensa en los posteriores hasta su fatal proceso ginebrino. Es este su máximo legado. Un legado que le costó la vida, pero inicia lo que sabiamente ha llamado Marian Hillar «el nuevo paradigma de la historia humana». La brecha que abrió en los viejos monolitismos doctrinales y en los regímenes autocráticos al ser aplicado y ampliado en las Constituciones de los países democráticos modernos irá perfeccionándose lenta pero irrevocablemente. Dios, que es la libertad misma, no pudo menos de hacernos y querernos tan libres como él; la historia, al fin y al cabo, no es sino el despliegue paulatino de la conquista de la libertad, pero siempre dentro de ciertos límites, como Servet amonesta en una de sus cartas a Calvino. Solo en la acción se delinque. No existe poder civil ni eclesiástico que tenga autoridad para imponer a la concien-

cia humana de ningún hombre o mujer doctrinas o ideas que ellos rechazan; menos todavía, para perseguir o matar a nadie por tener las propias.

Que los principios teóricos expuestos por Servet hayan servido y sigan sirviendo para iluminar el presente y abrir horizontes de futuro muestra la virtualidad intrínseca del servetismo entendido como actitud intelectual más que como cúmulo de enseñanzas concretas, muchas de las cuales resultan sobrepasadas o falsas. Hay un servetismo más allá del propio Servet y de lo que él y sus doctrinas supusieron en su vida y en su tiempo.

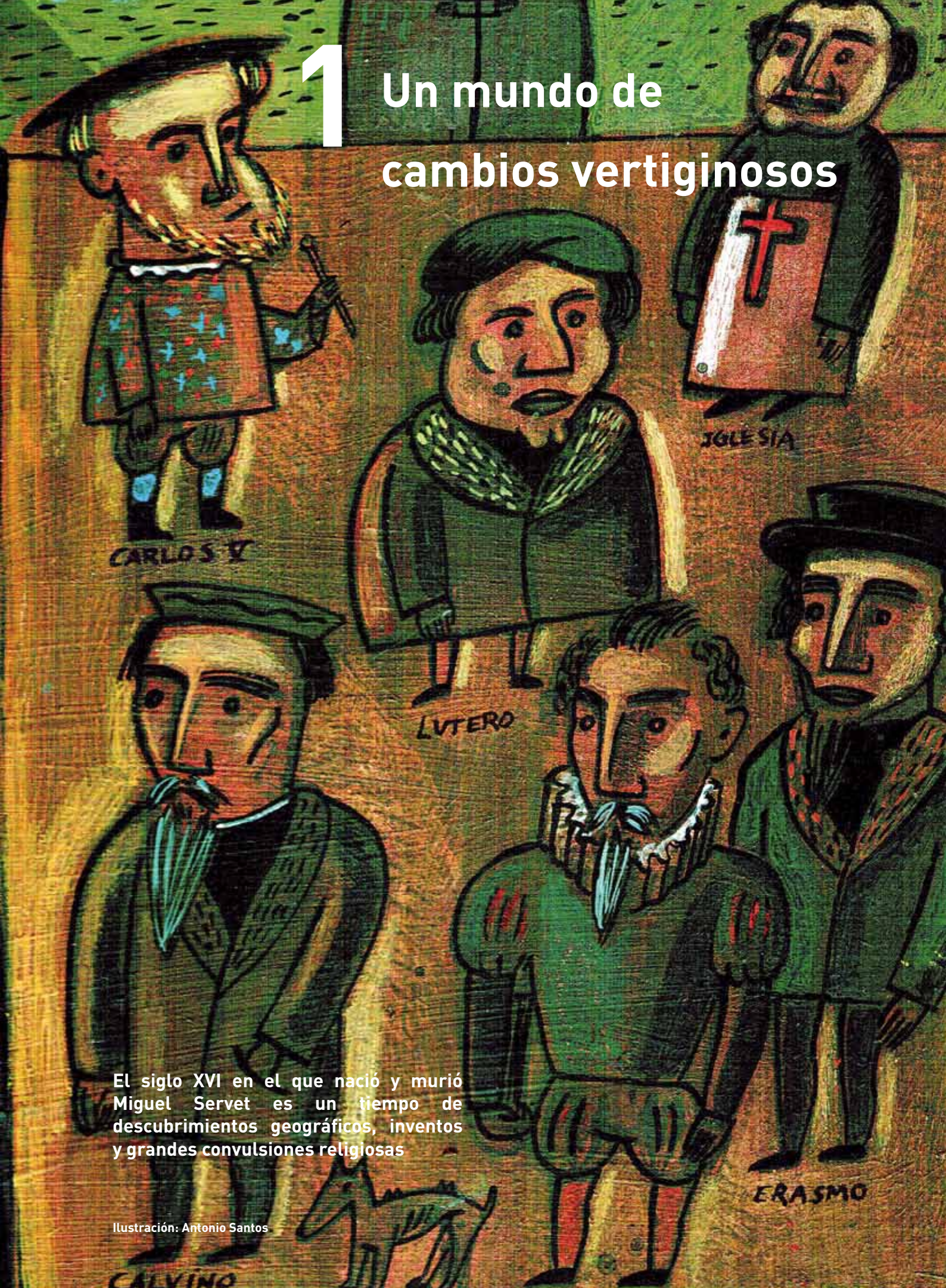
Lo que queda de Servet no se cifra en su ciencia médica, aspecto que fue casi exclusivamente subrayado durante siglos por beneméritos médicos servetistas que contribuyeron así a mantener viva su memoria, a pesar de que la culminación de ella, su pretendido descubrimiento de la circulación de la sangre, no tuvo ningún influjo en su desarrollo posterior. Tampoco recurrirán muchos a sus obras para espumar de ellas las páginas ejemplares que explayan torrentes de sabiduría teológica y bíblica o incitan a la más tierna piedad filial, aunque abundan razones para que estas sean tenidas en cuenta por los piadosos y aquellas por los teólogos ortodoxos que hasta ahora las han tratado con notoria displicencia. Lo que quedará de Servet y el servetismo y seguirá abriéndose camino indefinidamente es haber sido origen motivador del reconocimiento del derecho a la libertad de conciencia y ofrecer, además, una amplia vía por la que tanto el normal lector ilustrado como el viandante intelectual ansioso de sorpresas pueden caminar a sabiendas de que no les faltarán estímulos para proseguir encontrándose a sí mismos, especialmente si, como Servet, saben infundir a su trabajo los mismos parámetros que él al suyo: conciencia de la integración de todos los conocimientos en una verdad inabarcable y por eso mismo evasiva e incomprobable cuyos minúsculos destellos tratamos de desentrañar cada cual a su manera, constancia, servicio insobornable a nuestra misión, aceptación de la soledad como condición de nuestra fecundidad, disposición para el sacrificio de la vida, y de la muerte si fuere menester, por obtener nuestras metas. Hacia 2003, al conmemorar el 450 aniversario del holocausto de Servet, se insistió en que, si —según el dicho evangélico— «no hay mejor amigo que quien da la vida por sus amigos», tampoco mejor intelectual que quien la da por sus ideas.

Hay un servetismo más allá del propio Servet y de lo que él y sus doctrinas supusieron en su vida y en su tiempo. Lo que queda de Servet no se cifra en su ciencia médica

La amplitud y profundidad de Servet invitan a que se le pueda acompañar hasta superarle en sus propias enseñanzas. De hecho, muchas no son ya de recibo, desde algunas doctrinas médicas hasta su particular sistema filosófico o su excesivo fundamentalismo que, además de presuponer la inspiración divina literal y, por ella, la inerrancia de la Biblia, le llevó a formular reformas eclesiales basadas en presuntas alusiones proféticas e incluso a pronosticar el fin del mundo para 1585, en contradicción con la lentitud y secretismo con los que expuso y difundió sus ideas los últimos años de su vida. Mas para todos sigue teniendo alguna lección magistral: para los eclesiásticos su inquietante *Restitución del Cristianismo* significa una permanente llamada a la reforma constante de sus actitudes y modos de conducta, tantas veces ajenos a los modelos evangélicos; para los simples creyentes, la exigencia de una fe viva que culmine en lo que él llama caridad activa y opción por los pobres, como escribió en su breve comentario a propósito de la guerra alemana de los campesinos: «los pobres pierden siempre»; para todos, una conciencia ilustrada que sea base de su libertad de conciencia y les aparte de la mera y cazurra credulidad. Servet nos invita a todos, también a los no creyentes y a los no cristianos, a colaborar en la construcción de un mundo en el que —llámesele o no reino de Dios en la tierra— obtengan primacía la libertad, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y el amor. Como se proclamó en el Manifiesto de Sijena en la conmemoración de 2003, «la luz de la hoguera de Servet nos ilumina todavía».

Este libro, fruto de la colaboración entusiasta de varios admiradores de Servet, ayudará al lector a unirse a nuestra comitiva, que él guía sabiamente.

1 Un mundo de cambios vertiginosos



El siglo XVI en el que nació y murió Miguel Servet es un tiempo de descubrimientos geográficos, inventos y grandes convulsiones religiosas

Ilustración: Antonio Santos

Siglo XVI: expansión europea y conflictos religiosos

Eliseo Serrano
Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Zaragoza

Miguel Servet nació en 1511, en una época en que el mundo estaba cambiando a gran velocidad y en el que la propia percepción de los europeos del mundo donde vivían se modificó drásticamente. Martin de Waldseemüller en 1507 daba a la imprenta su mapa hasta ese momento conocido, flanqueado por Ptolomeo y Americo Vespuccio. Ptolomeo era el más reconocido geógrafo de la antigüedad y el Americo Vespucio, piloto mayor del Rey Católico. En el atlas se dibujaba con precisión los continentes europeo, asiático y africano y como una gran isla a América. Solo 15 años antes el conocimiento era bastante más escaso, tanto de la costa oriental de África como del continente americano, aún más ignoto. Las exploraciones medievales siempre se dirigieron hacia el Este, con

las rutas caravaneras y el influjo de predicadores franciscanos y mercaderes como Marco Polo. Hay que esperar al siglo XV y al decidido impulso de los portugueses por buscar un camino alternativo, más después de la caída de Constantinopla en 1453, para que se inicien las exploraciones atlánticas bordeando la costa africana. La empresa propuesta por Colón a los portugueses caló en España y el descubrimiento de América supuso una apertura de los mares hasta ahora nunca conocida y pronto se inició la colonización y explotación de países y riquezas inimaginables. Tras el reparto del mundo en Bulas y Tratados como el de Tordesillas (1494), la rivalidad política de las grandes monarquías europeas no se hizo esperar; el propio rey francés Francisco I se preguntaba irónicamente: «¿Sobre qué artículo del testamento de Adán, españoles y portugueses se reparten el mundo?».

El siglo XVI es ibérico: ni los ingleses lograron éxitos significativos antes de 1570, ni los franceses se ocuparon de manera sistemática hasta que no finalizaron su guerras de religión. Tampoco los holandeses estuvieron preparados hasta comienzos del siglo XVII. De las llamadas islas de las especias hasta América, incluyendo África, los pueblos ibéricos descubrieron grandes extensiones de tierras que pronto se dispusieron a dominar; con gran tecnología militar y naval de la que disponían. Solo así se explica la rapidez en la conquista, frente a pueblos muchísimo más numerosos: Cortés contra el imperio azteca por ejemplo.

Tras el invento de la imprenta, la cartografía conoció una verdadera expansión. En la imagen, el mundo, según Martin Waldseemüller (1507), basado en el mapamundi de Ptolomeo, al que el geógrafo alemán incorporó los nuevos descubrimientos de la época.

CRONOLOGÍA

1511 — 1521

En 1511 nace Servet, posiblemente el 29 de septiembre, día de San Miguel, en Villanueva de Sijena. La localidad pertenece al Reino de Aragón, donde es monarca, hasta 1516, Fernando el Católico. Isabel la Católica, reina de Castilla, había muerto en 1504.
Son tiempos convulsos, en los que se inicia la Guerra de los Comuneros (1520). Ese mismo año Lutero quema la bula *Exsurge Domine*, hecho tras el que es excomulgado. En 1521 se prohíben en España las obras de Lutero. Por su parte, el sultán Solimán II, llamado 'l Magnífico', ocupa Belgrado.

1525 — 1527

En 1525, Servet entra a trabajar como paje y secretario de Juan de Quintana, conocido erasmista. A su servicio aprende, entre otras muchas cosas, latín. Un año antes, Francisco Pizarro ha iniciado su primera expedición a Perú, se ha creado en España el Consejo de Indias y ha comenzado la importación de negros a la isla de Cuba.
Por su parte, Miguel Servet asiste, junto a Quintana, a la controversia en Granada sobre los moriscos (1526) y en Valladolid a la conferencia teológica organizada con el fin de discutir la ortodoxia de Erasmo (1527).

El impacto económico fue indudable y rápido. En la primera década del siglo XVI los portugueses movían 70.000 quintales de especias al año, 20.000 o 30.000 eran de pimienta, un producto muy demandado en Europa, factor de los primeros intentos de nuevas rutas e indispensable para la conservación de los alimentos. La llegada de oro y otros productos muy cotizados fue en aumento.

El oro americano no es comparable a la gran cantidad de toneladas de plata que desde Potosí, Huencavalica y otras minas llegaron a Europa, vía España. Sevilla recibe entre 1531 y 1540 ocho veces más plata que oro, pero en valor el oro siempre le supera. Entre 1551 y 1560 hay un segundo ciclo del oro. El

Erasmo: humanismo y erudición

Erasmo de Rotterdam (Rotterdam, 1467—Basilea, 1536) fue el más grande humanista del siglo XVI. Gran erudito y viajero incansable, su influencia se hizo notar en toda Europa tanto por sus enseñanzas y relaciones con el futuro emperador Carlos V, a quien dedicó su *Institutio Principis Christiani*, como por sus escritos y exégesis bíblica y sus relaciones con muchos reformadores, quienes le consideraron uno de los suyos que no tuvo el valor de ponerse a su lado. A pesar de mantenerse dentro de la iglesia romana, esta le persiguió con ahínco: sus libros fueron prohibidos e incluidos en los *Índices* —censurados, expurgados o suprimidos— veinte años después de su muerte. La ilegitimidad de Erasmo, la pérdida de sus padres —su madre murió de peste en 1483— y la entrada forzada en religión en 1490 marcó profundamente su biografía. Fue a una escuela regentada por los Hermanos de la Vida en común y tuvo influencias de maestros y de círculos borgoñones a los que juzgó por su pacifismo y mecenazgo. Estudió en la Universidad de París y viajó por toda Europa; pasó a Inglaterra entre 1499 y 1500, teniendo contactos en la Universidad de Oxford con John Colet y, años más tarde, ejerció de profesor de Teología en la Universidad de Cambrige

Medalla de Erasmo de Rotterdam.

(1509–1514). De estos años son su amistad con Tomás Moro y la primera publicación de los Adagios (1500). Unos años más tarde viajará por Italia (1506–1509) realizando trabajos de imprenta, por Flandes y Lovaina (1502–1504 y 1517–1521) llegando a la ciudad de Basilea en 1521, un

1528 — 1530

Miguel Servet viaja a Toulouse para estudiar derecho por empeño de su padre, aunque allí se dedica a aprender teología y a participar en vivas discusiones doctrinales que se celebraban en la ciudad. En 1530, acude a Bolonia con Quintana, donde asiste en febrero a la coronación de Carlos V por el papa Clemente VII, lo que le resulta una experiencia inolvidable: el boato que contempla le influye en su opinión acerca de la iglesia terrenal para toda su vida. En 1531 visita Basilea, intenta contactar con Erasmo de Rotterdam y se separa de Quintana. Además, se relaciona con el reformista Ecolampadio.

1531 — 1532

En 1531, en Estrasburgo, tiene relación con anabaptistas. Ese año, publica *De Trinitatis erroribus* en Haguenau y es condenado por los protestantes alemanes y suizos. La obra es criticada por Erasmo, Felipe Melanchton y Ecolampadio, y prohibida en Basilea y Estrasburgo. Juan de Quintana, incluso, se ve afectado por el escándalo. También le persigue la inquisición francesa y la española, que envía a su hermano Juan para atraerlo a España. En 1532, en Basilea, publica *De Justitia Regni Christi et de charitate*. Con esta última obra ha de huir de Alemania a Lyon.

ritmo y volumen de metales preciosos que llegaron a Sevilla desde el decenio de 1570 alimentaron los mercados europeos. Además de los metales preciosos y las perlas, América exportó azúcar, cueros y productos tintóreos como el índigo, la madera tintórea y la cochinilla. Hacia el nuevo continente fueron los cereales, el vino, el aceite, ganado, papel, telas... Su repercusión sobre la sociedad europea fue grande. Una sociedad que tenía una base campesina —entre el 80 y el 85 % vivían en el campo o estaban ligados a él—, con una creciente burguesía enriquecida por su especialización mercantil, afincada en ciudades cada vez mayores, transformadas en centros manufactureros y de producción y sedes de comerciantes y compañías comerciales. Estas transfor-

refugio constante en la vida de Erasmo, donde morirá en 1536, tras pasar por Friburgo (1529). En 1503 publicará en Lovaina el *Manual del caballero cristiano*, ejercicio laico y liberal en torno al humanismo cristiano y uno de los textos más influyentes en la Europa del momento. Tendrá agrios debates con Lutero acerca del libre albedrío con el texto *De libero arbitrio* al que Lutero contestaría con *De servo arbitrio*: del optimismo humanista al pesimismo luterano. La mayor parte de su vida la dedicó a la edición de textos bíblicos a los que depuró con crítica textual y filológica: la edición bilingüe de su Nuevo Testamento (1516) fue dedicado al Papa León X y realizó ediciones de las obras de los Padres de la Iglesia como Crisóstomo, Jerónimo o Atanasio, al tiempo que escribía los diálogos críticos de los *Coloquios* (1518) y el *Elogio de la Locura* (1511). En 1530 edita un texto sobre la guerra con los turcos que es considerado un tratado pacifista a la vez que tolerante. Erasmo fue considerado un humanista independiente, de gran inteligencia y brillantez, con cierta ambigüedad calculada y no exento de ironía. Conocido es su «Non placet Hispania», lo que no significa que le gustasen otros países más que la península; aunque fue tentado con un arzobispado —el de Zaragoza— y con los trabajos para la Políglota de Alcalá. Los consejeros que trajo Carlos en su llegada a España estaban influidos por su pensamiento y la acción política del primer tramo de su reinado estuvo imbuida de ese espíritu que arraigó en España a través de los hermanos Valdés y de diversas sectas como los alumbrados que finalmente fueron condenados por la Inquisición. El erasmismo, por su peligrosa vecindad con ideas perseguidas por el Santo Oficio, fue arrinconado en los años 30 del siglo, relacionándolo con la herejía. Según uno de sus mejores biógrafos, A. G. Dickens, «Erasmo abogó siempre por un regreso a las fuentes doctrinales, una llamada a la sinceridad del corazón por encima de ritos, sacramentos y dogmas, un optimismo fundamental respecto a las posibilidades del hombre y una moderación opuesta a todo fanatismo».

Eliseo Serrano

CRONOLOGÍA

1533 — 1535

Conoce a Calvino y también a Champier, quien le orienta hacia la medicina y a quien defiende en su obra *In Leonardum Fuchsium Apología defenssio apologética pro Symphoriam Campeggio*. En 1535, analiza, revisa y corrige la *Geografía* de Ptolomeo y sus comentarios le convierten en padre de la etnografía y geografía comparada.
Dos años antes, en Inglaterra, Enrique VIII se ha casado con Ana Bolena y el Parlamento confirma el divorcio con Catalina de Aragón. En 1534, Tomás Moro es decapitado por negarse a jurar el Acta de Supremacía de Enrique VIII. Por su parte, en París, Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús.

Sinforiano Champier.

1536

En 1536, Servet comienza sus estudios de medicina en París y publica *Apologética disceptatio pro astrología.*
Discute violentamente con Juan Calvino sobre asuntos religiosos y predice el eclipse del 12 de febrero de 1538.

maciones vendrían enmarcadas en lo que se conoce como la transición del feudalismo al capitalismo.

En un largo camino se pasaría de un mundo rural y señorial con los tres órdenes del feudalismo —oratores, bellatores y laboratores— a una sociedad de clases definida por los medios de producción. La tierra, poseída por la nobleza y la iglesia en su mayor parte, se convertirá también en factor de conflicto y reivindicación campesina en las cada vez más constantes rebeliones agrarias. La población creció de forma importante. Los datos conocidos de población hablan de que España y Portugal pasaron de 9,3 millones en 1500 a 11,3 en 1600; Italia de 10,5 a 13,3; Francia de 16,4 a 18,5 o las Islas Británicas de 4,4 a 6,8. La guerra, el hambre y la peste mantuvieron su presencia de manera constante y desigual.

LA REFORMA

En la primera mitad del siglo XVI se produjo una importante modificación eclesiástica, político y social: es el momento de la ruptura de la unidad cristiana. Martín Lutero, un monje agustino alemán que, tras estudiar en diversas escuelas catedralicias y universidades y una agitada vida interior, llega a la conclusión, tras el estudio de la Biblia, que solo la fe podía salvar al cristiano y que las indulgencias como ofrecimiento de gracia especial por parte de la Iglesia, tras el pago de los dineros correspondientes, eran una desviación del Cristianismo. Hubo un trasfondo bíblico–humanista que unió a muchos teólogos que recurrían, cada vez más, a las fuentes antiguas, a los textos bíblicos y a los santos Padres. El movimiento reformador creció y las ideas de la justificación por la fe, el sacerdocio universal y la crítica a la autoridad papal sustituida por la interpretación de la Biblia fueron señas de identidad, a las que se sumaron otros aspectos sacramentales, de organización eclesial y política estatal que hicieron reconocibles en muchas corrientes este enfrentamiento doctrinal con la iglesia de Roma. El bautismo de mayores, reivindicado por los anabaptistas y negado por el resto, la modificación de la celebración de la misa con la comunión bajo ambas especies, el rechazo del carácter sacrificial, abandono de los ornamentos, altares e imágenes de santos y los votos monásticos fueron otros motivos de enfrentamiento con la iglesia romana.

Otro punto de vista doctrinal de Lutero es su exhortación a la paz en un

CRONOLOGÍA

1538 — 1542

En Montpellier, Servet se doctora en medicina y de 1538 a 1540 trabaja en Charlieu, cerca de la ciudad de Lyon, como médico.
En 1541, Calvino alcanza el poder temporal y espiritual en Ginebra. Mientras, Servet reside en Viena, en el Delfinado, y corrige las pruebas de una Biblia en latín traducida directamente del griego por Santos Pagan —*Biblia Sacra cum Glossis*—.

1546 — 1547

Manda a Calvino su obra *Christianismi Restitutio*, utilizada por este para delatarlo. Empieza a celebrarse el Concilio de Trento.
En 1547 tiene lugar la Batalla de Mühlberg, en la que el emperador Carlos V vence a la liga de los protestantes alemanes.

Batalla de Mühlberg.

llamamiento a nobles y campesinos en la guerra de campesinos alemanes de 1524-1525. Tras las presiones de los príncipes acabará escribiendo su terrorífico libro contra las hordas ladronas y asesinas de los campesinos y en el que hace un llamamiento a aplastar la rebelión liderada por Tomas Muntzer, anabaptista, antiguo discípulo y revolucionario social y líder de la revuelta.

Lutero fue proscrito del Imperio por el edicto de Worms, pero pronto será protegido por príncipes alemanes que verán en sus reivindicaciones contra el Papado un argumento nacional y en la crítica a las riquezas territoriales de la Iglesia una salida a la crisis de sus haciendas con las consiguientes desamortizaciones. La Confesión de Augsburgo presentada en la Dieta de 1530 al emperador Carlos será la base doctrinal de la Liga de la Esmalcalda que agrupará a los llamados protestantes y que se enfrentará a Carlos V en dos ocasiones, con desigual resultado —les venció en Mülhberg en 1547—, pero tuvo que huir en Innsbruck (1552). Tras varios intentos de acercamiento, tras peticiones de un Concilio que finalmente fue convocado en 1545 pero que no finalizará, después de varios recesos, hasta1563, el emperador acepta la paz religiosa de Augsburgo por la que, en la fórmula *Cuius regio, eius religio*, los príncipes territoriales podían fijar libremente la confesión de sus territorios. En Europa la Reforma se extendió muy rápidamente: Francia, Inglaterra, los países nórdicos. Arraigó con las enseñanzas de Zuinglio, Calvino, Ecolampadio, Bucero, Muntzer. Juan Calvino destacó como reformador y organizador de una iglesia independiente en Ginebra.

El siglo XVI es ibérico: ni los ingleses lograron éxitos significativos hasta 1570, ni los franceses hasta que no finalizaron sus guerras de religión, ni Holanda hasta comienzos del XVII

LA CONTRARREFORMA

En el seno de la Iglesia católica hubo corrientes de reforma que no tuvieron éxito. También el movimiento humanista impulsó ideas de reforma con su mayor entusiasmo por las ediciones canónicas de los textos bíblicos con ayuda de la Filología y por los textos de la Antigüedad. La devotio moderna también buscaba una espiritualización de la vida religiosa. Pero tras los inicios de la reforma protestante, los movimientos se harán más intransigentes iniciándose una verdadera 'contrarreforma', que quedó bien delimitada tras el Concilio de Trento (1545–1563) y la actuación de la Inquisición romana.

CRONOLOGÍA

1552 — 1553

Comienza a imprimirse *Christianismo Restitutio*. Servet es prior de la Cofradía de San Lucas y ejerce con éxito la medicina. Es apoyado por el obispo Palmier y reedita la *Geografía*, la Biblia y el *Tratado de los Jarabes*.
Ese mismo año, en 1552, Bartolomé de las Casas escribe *Historia General de las Indias*. El día 6 de abril de 1553, Servet es encarcelado en la cárcel de Viena del Delfinado (Francia), de la que se escapa. En agosto es reconocido y arrestado en Ginebra, donde Calvino ejerce como líder religioso.
El 27 de octubre, es quemado vivo con ejemplares de su obra en Champel, cerca de la ciudad de Ginebra.

El padre Bartolomé de las Casas.

Los objetivos de Roma con la Contrarreforma fueron el disciplinamiento y la confesionalización. Con el paso de los años se fue formulando la ortodoxia con una nítida claridad doctrinal y con referencias a los principios que el concilio declaró credo católico como dogmas, con rigidez autoritaria. Quedó claro que el protestantismo era una herejía que debía ser completamente desarraigada y destruida. La Iglesia católica contó con la ayuda de los jesuitas, una orden recién creada y que por tanto no podía ser objeto de críticas de laxitud moral como ocurría con otras a los ojos protestantes. Y así uno tras otro fueron aprobados los 'credos' objetados por los protestantes: el valor de las obras, la transubstanciación en la Eucaristía, la penitencia, la misa, el purgatorio, las reliquias, los santos, las cofradías, las indulgencias, de uso «sumamente provechoso… y aprobado por los sagrados concilios».

HUMANISMO

El Humanismo, a su vez, traerá una revalorización de la nobleza de lo humano, de sus valores con un interés erudito por las letras clásicas y la filología. Se verá estimulado y favorecido por el nacimiento de la imprenta de tipos móviles, al ampliar los horizontes intelectuales y mentales y facilitando la reflexión individual. Aunque siguieron los *studia humanitatis* en torno a las siete materias, cuatro del *Quadrivium* —aritmética, geometría, astronomía y música— y las tres del *Trivium* —gramática, retórica y lógica—, los humanistas insistieron en la importancia de la gramática y la retórica, aplicadas a los textos de historia y de poesía. Para algunos historiadores, el desarrollo histórico del humanismo renacentista es profuso: metodología específica, capacidad para intervenir en política, búsqueda filosófica de lo sublime y aspiración a realizar una investigación realmente científica. Entre las mayores prioridades de los humanistas se encontraba la formación de los jóvenes. Entre los humanistas, destacar a Lorenzo Valla (1405/7–1457) bajo el mecenazgo de Alfonso el Magnánimo, a John Colet (1467–1519), profesor en Oxford, Erasmo de Rotterdam (1467–1536), Jacques Lefebvre d'Etaples (1450–1536), François Rabelais (1490–1553), Juan Luis Vives (1492–1540)…

POTESTAS Y AUCTORITAS. LAS MONARQUÍAS EUROPEAS

A lo largo del XVI va a producirse en toda una Europa un movimiento de afirmación monárquica con procesos de integración política cuyo ejemplo

Carlos V, vencedor en la Batalla de Mühlberg, por Tiziano (1548). Pintado al óleo sobre lienzo, el cuadro está lleno de símbolos y representa al emperador como caballero cristiano y como heredero de la tradición imperial romana. Museo del Prado

Milenarismo y anabaptismo

La espera de un reinado milenario de Cristo que tendrá lugar antes del fin del mundo tiene su fundamento en el *Apocalipsis 20, 1-6* donde un ángel se aparece en una visión y tras el triunfo sobre el falso profeta y la bestia, a quien lanza a los abismos durante mil años para que no seduzca a los hombres, tendrá lugar la primera resurrección en la que solo los justos serán los protagonistas y reinarán con Jesucristo durante mil años. Pero es la esperanza de una futura edad terrena de paz y prosperidad la que renace durante el medioevo.

Los siglos siguientes asistiremos a un renacer aún más significativo, por la cantidad de revueltas sociales que les acompañaron, de las ideas milenaristas, de la búsqueda del milenio igualitario: desde los campesinos ingleses de 1381 a John Ball, de Hus a los taboritas y Muntzer y la guerra de campesinos alemanes de 1525, de los anabaptistas de Hubmaier o Münster a los Mennonitas, hermanos bohemios, cuáqueros, ranters, adventistas del séptimo cielo... Hay que buscar en los movimientos revolucionarios del siglo XVI centroeuropeo el estrangulamiento lento de la economía campesina por parte de los señores ansiosos de mantener la renta, ampliando privilegios, sin olvidar los conflictos con las comunidades formando clanes y grupos y el inconsciente colectivo de la Edad de Oro, una vuelta al período en el que los campesinos eran dueños de la caza, pesca, leña, tierras.

La segunda mitad del siglo XVI conocerá una amplia vindicación de los movimientos milenaristas, y prácticamente confluyen todos en Juan Hus. La Guerra de campesinos alemanes forma parte de una serie de revueltas campesinas por toda Europa que en el caso del imperio se vio altamente influenciada por la acción de predicadores reformadores que agitaron a las masas campesinas con proclamas milenaristas y sermones de gran radicalismo social. Son oleadas de movimientos campesinos, a los que se unieron gentes de las ciudades. Thomás Muntzer fue el gran predicador anabaptista del movimiento y gran enemigo de Lutero. Sebastian Lotzer había escrito los llamados *Doce Artículos del Campesinado de Suabia*, un programa de reformas y modificaciones para presentar a Lutero y que diera su opinión. La revisión fue de Baltasar Hubmaier, anabaptista moderado que buscó siempre un acuerdo político en el campo reformador.

Lutero escribió su *Exhortación a la paz* en respuesta a los *Doce artículos*, en abril de 1525, en donde recriminó a los señores y príncipes su avaricia y a los campesinos su violencia. El anabaptismo no fue un movimiento homogéneo; más de 40 sectas cuyo denominador común fue el rechazo del bautismo de los infantes y por tanto la obligación del rebautismo de mayores. Sin embargo también pueden considerarse rasgos comunes entre todos: ser poco meticulosos con las prácticas religiosas, contrarios a la propiedad privada, búsqueda común de la felicidad, práctica de la caridad y ayuda mutuas. Mantuvieron la distancia con los no anabaptistas, fueron por lo general pacíficos, y muchos historiadores consideran que la persecución a la que fueron sometidos en 1525 creó el mismo peligro que quiso prevenir. La ola revolucionaria de 1525 afectó a las ciudades de los estados eclesiásticos: Osnabruck, Utrecht y Münster. En 1531 en Münster surge un predicador excepcional, un ideólogo y caudillo que se enfrenta al obispo con un credo luterano dando al movimiento un carácter democrático: Bernt Rothman. Sus influencias pasaron a anabaptistas más radicales como Jan de Mathys de Haarlem y Jan van Leiden. Estos fueron los primeros pasos hacia un estado en el que según Rothman «todo pertenecería a todos y desaparecería la distinción entre los mío y lo tuyo», o como dijo Leiden más tarde «todas las cosas se tengan en común, no exista la propiedad privada y ya nadie trabaje más, sino que únicamente confíe en Dios».

Thomás Muntzer.

Creó Leyden un reino mesiánico. Todos los dirigentes del anabaptismo de Münster perecieron. En el levantamiento de Münster hubo factores evangélicos y sociales; pero el movimiento fue constitucional —en el sentido de organización ciudadana— y seguidor de la corriente hoffmanita. El bautismo dejó de ser un conventículo religioso para convertirse en un certificado de lealtad al reino provisional de un profeta–rey y su significado fue cívico también.

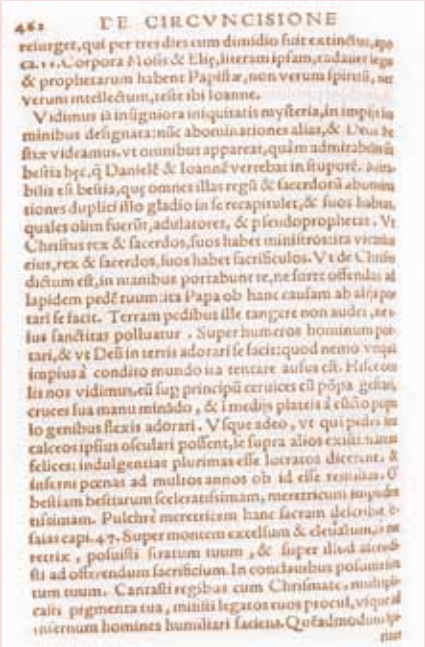
Eliseo Serrano

teórico proclama Maquiavelo a través de las páginas de *El Príncipe* y que personifica en la figura de Fernando II de Aragón. Se defendía un príncipe nuevo que tuviese la capacidad por liderar procesos de unidad política, como los llevados a cabo por el Rey Católico, que crease estructuras hacendísticas y administrativas que permitiesen el mantenimiento de la nueva diplomacia, de los nuevos ejércitos, de la política expansionista en el exterior y que cohesionasen religiosa y políticamente el interior, libres del viejo concepto de moralidad, y alumbrando «la razón de estado» como supremo referente y la fórmula «el fin justifica los medios» como resumen de toda la teoría maquiaveliana. Las sociedades europeas de este siglo van a caracterizarse por su tendencia a una configuración estatal centralista y uniformadora.

Quema de la holandesa Maria van Beckum, noble anabaptista que fue declarada hereje y condenada por ello a la hoguera en 1544. El grabado fue realizado por el artista Jan Luiken más de un siglo después.

Los europeos, heredando los términos clásicos, consideraron bárbaros al resto, aunque ellos siempre anduvieron en disputas, también verbales, sobre el carácter de unos y otros. La alteridad, aunque no el más importante, fue también un factor desencadenante de conflictos. Los conceptos de natural, extranjero, patria, nación, identidad… agrupan realidades bien distintas a las que nosotros aplicamos hoy en día, lo que hace que su uso sea disputado. Existieron unas identidades compartidas y fragmentadas; uno pertenecía a una 'patria' —local, el lugar de nacimiento—, a una parroquia, a un señorío, a una monarquía, a un 'estado'…; identidades que se definieron con fronteras —o más bien límites, lindes, rayas…— y que los rápidos progresos de la cartografía, de las corografías y descripciones de países contribuyeron a su afirmación. Estos estados modernos desarrollaron unos órganos centralizados de gobierno y justicia, en el que la corte como centro de representación de la soberanía regia tuvo un nuevo papel y los Consejos, una nueva forma de gobierno, a la que se aprestaron a tomar una pléyade de 'funcionarios y burócratas', salidos cada vez más de las aulas universitarias.

La venalidad de oficios y cargos de la administración local y central fue un fenómeno que, tarde o temprano, afectó a todas las monarquías europeas y que, al permitir la promoción de la pequeña nobleza y la burguesía adinerada, afianzó al poder real, al ampliar la base social de las instituciones que sostenían el poder monárquico. Preocupación constante de las monarquías fueron las finanzas y la hacienda pública. Carlos V recibió préstamos que se comprometió a devolver con un interés medio de 31,7%. Muchas bancarrotas y reconversión de la deuda a corto plazo en deuda consolidada a largo plazo fueron medidas habituales. La diplomacia tuvo su auge en el siglo XVI. Es otro de los elementos de la modernidad: a las legaciones pontificias le siguieron venecianos, españoles y franceses. Se trataba de poseer información de las diferentes monarquías desde su centro mismo de poder, de tener un instrumento para las relaciones entre los diferentes estados en el complejo puzzle que poco a poco se va convirtiendo Europa, de desarrollar un red de corresponsales, confidentes y


462 DE CIRCVNCISIONE
reiurget, qui per tres dies cum dimidio fuit extinctus, apo
c.11. Corpora Moisi & Elię, literam ipsam, eadem lege
& prophetarum habent Papistæ, non verum spiritū, ne
verum intellectum, teste ibi Ioanne.
Vidimus iā insigniora iniquitatis mysteria, in impiis
minibus designata: nūc abominationes alias, & Deus be
fixe videamus. vt omnibus appareat, quām admirabilis
bestia hęc, q̄ Daniel & Ioannē vereebat in suo ore. Ab
bilis est bestia, quę omnes illas regū & sacerdotū abomina
tiones duplici illo gladio in se recapitulet, & suos habat,
quales olim fuerūt, adulatores, & pseudoprophetas. Vt
Christus rex & sacerdos, suos habet ministros ita vicaria
rius, rex & sacerdos, suos habet sacrificulos. Vt de Christo
dictum est, in manibus portabunt te, ne forte offendas ad
lapidem pedē tuum: ita Papa ob hanc causam ab alijs por
tari se facit. Terram pedibus ille tangere non audet, ne
ius sanctitas polluatur. Super humeros hominum por
tari, & vt Deū in terris adorari se facit: quod nemo vnq̄
impius à condito mundo ita tentare ausus est. Hæc con
lis nos vidimus, est sup principū ceruices est pōpa gestat,
cruces sua manu minādo, & i medijs plateis à cūcto pop
lo genibus flexis adorari. Vsque adeo, vt qui pedes ei
calceos ipsius osculari possent, se supra alios existimarent
felices: indulgentias plurimas esse locutos dicerent, &
inferni pœnas ad multos annos ob id esse remissas. O
bestiam bestiarum scelerratissimam, meretricum impudē
tissimam. Pulchrē meretricem hanc sacram describe Es
saias capi. 47. Super montem excelsum & elevatum, es me
retrix, posuisti stratum tuum, & super illud ascen
dis ad offerendum sacrificium. In conclauibus polluta
tum tuum. Cantasti regibus cum Chrismate, multipli
casti pigmenta tua, misisti legatos tuos procul, vsque ad
infernum homines humiliari faciens. Quadamodum ipse

Cuando Servet compara la Iglesia de su época con la iglesia de los primeros cristianos, es tal el abismo que descubre que, sintiéndose él mismo cristiano verdadero, se desahoga en su *Restitución* escribiendo páginas de exacerbado anticlericalismo. Curiosamente no fueron esos insultos los que lo llevaron a la hoguera. Publicados hoy, ya veríamos. La página que se muestra es de las más famosas. En ella recoge Servet la impresión que le produjo, a sus diecinueve años, el boato que rodeó la coronación de Carlos V por el Papa Clemente VII en Bolonia. A mitad de la página puede leerse: «Con mis propios ojos vi yo mismo cómo los príncipes lo llevaban con pompa sobre sus hombros mientras fulminaba cruces con la mano y cómo lo adoraba todo el pueblo de rodillas a lo largo de las calles. Llegaban al extremo de que los que podían besarle los pies o las sandalias se consideraban más afortunados que los demás y proclamaban que habían obtenido numerosas indulgencias gracias a las cuales les serían reducidos largos años de sufrimientos infernales. Oh, Bestia, la más vil de las bestias, la más desvergonzada de las rameras».

D. M. M.

espías —diplomacia secreta— con los que completar lo recibido por las embajadas y, en definitiva, de ser pieza importantísima en la paz y en la guerra. Una guerra en la que destacarán las innovaciones tácticas y estratégicas con el crecimiento del tamaño de los ejércitos, mayor capacidad de movilización, organización y avituallamiento, la aparición de nuevos sistemas defensivos de las ciudades con fortificaciones que hizo que los asedios fueran largos y encarecieran el coste de las campañas y al final, el gran valor de la artillería en las batallas en campo abierto y en los sitios.

Carlos V y la política europea

El gran Canciller de Carlos V, Mercurino Gattinara, junto con erasmistas como Juan Luis Vives o Alfonso de Valdés impulsaron la vieja idea medieval de la sumisión de todos los príncipes a la potestad secular del imperio. El sueño de la *Universitas christiana*, de una *monarchia Universalis* planteaba que el emperador Carlos V debía actuar como defensor de la cristiandad frente al creciente poder turco–otomano y frenar su expansión. La oposición de Francia y los avances de la reforma protestante con la negativa de un buen número de príncipes alemanes no hicieron avanzar la idea. El siglo XVI es sin ninguna duda el siglo de España y en su primera mitad toda la política europea gira en torno al emperador Carlos, que recibió un herencia muy destacada: los reinos de Castilla y Aragón, los otros territorios peninsulares e insulares, la hacía poco descubierta América y los territorios de Flandes, posesiones italianas y en el imperio y la candidatura al trono imperial.

El siglo XVI es un siglo lleno de conflictos y guerras entre estados. El epicentro será el Imperio y la tupida red establecida en torno al emperador Carlos. Simplificando mucho se puede decir que Carlos V tuvo tres grandes fuerzas de oposición con las que mantuvo guerras sobre la base de la supremacía imperial y la defensa de la religión. Francia, el imperio turco y los protestantes marcaron un reinado difícil y muy complejo porque no siempre los límites estuvieron bien marcados y las alianzas cambiaron de signo, incluso contra natura. Las relaciones con Inglaterra tuvieron otro carácter y estuvieron marcadas por la coyuntura: siendo Carlos sobrino de los reyes de Inglaterra, Enrique VIII y Catalina de Aragón, se mantuvieron muy cordiales, a pesar de los intentos de Francisco I de Francia por romper las alianzas o del problema del divorcio de los monarcas, en donde se encuentra la separación de la iglesia romana y el inicio del anglicanismo. Hasta ese momento Enrique fue considerado un defensor del Cristianismo por sus ataques al luteranismo, pero desde 1533, las relaciones se enfriaron con España y solo tras el casamiento del futuro Felipe II con María Tudor, hija de Catalina de Aragón, durante cuatro años, las relaciones fueron nuevamente amistosas.

La tradicional rivalidad hispano francesa en la península italiana estuvo en el origen de muchos problemas con Francia. La invasión francesa de 1494, reclamando Nápoles, obvió las difíciles alianzas entre los estados italianos —el reino de Nápoles, los estados pontificios, las repúblicas de Venecia, Florencia, Siena y Génova, principalmente—. Que los españoles se quedaran en Nápoles hizo que la rivalidad de los reyes de Francia y España en Italia ganase entonces una dimensión europea. La guerra con Francisco I se generalizó con varios frentes abiertos: Navarra, Nápoles, Milán… Y el emperador conseguía más aliados: su confesor se convertía en el nuevo Papa Adriano VI y tras este Clemente VII, otra elección imperial, aunque tuviese lugar el Saco de Roma (1527). Tres años más tarde desfilaron juntos bajo palio por las calles de Bolonia en la coronación imperial en San Petronio, coronación en la que estuvo presente Juan de Quintana en el séquito del emperador y quien le acompañaba en esos viajes, el joven Miguel Server, que vio con pavor la opulencia de la iglesia y del Papa. Unos años antes, en Pavía, Francisco I cayó prisionero y tras el tratado de Madrid (1525) tuvo que renunciar a Milán, Nápoles y Génova y reconocer la posesión imperial de Flandes. Aún antes de morir Francisco I atacó a los imperiales en varias ocasiones en Italia: 1536–1538 y 1543–1544. Su sucesor Enrique II reanudaría las hostilidades.

El siglo XVI es un siglo lleno de conflictos y guerras entre estados. El epicentro será el Imperio y las tupida red establecida en torno al emperador Carlos

Con los turcos el enfrentamiento tuvo dos escenarios: la parte oriental del imperio y el Mediterráneo. La sombra de la media luna se va cerniendo sobre Europa desde 1453. Su poderío naval supuso un reto para la república de Venecia que estuvo a punto de perecer con los ataques de Bayaceto II (1481–1512). Hay que tener en cuenta que la gran amenaza otomana entre 1520 y 1570 estuvo precedida de cuidadosas defensas de la frontera imperial en el este y una decidida expansión hacia el sur. La firmeza del sultanato, la potencia bélica de los otomanos y la voluntad expansiva de Solimán el Magnífico cuya primera incursión hacia el Oeste

se produjo el año de sus subida al trono pero también el de la Dieta de Worms (1521) explican los significativos avances por los Balcanes y por el Mediterráneo, cuyos primeros objetivos los fijó Solimán en el control de las islas. El hecho es que Carlos V retiró a la potente orden militar de los hospitalarios hasta Malta en 1535. Una decisión fundamental porque esta isla, con un puerto inexpugnable fue la llave del Mediterráneo occidental y baluarte contra las ofensivas navales. Con el apoyo de Francia en alguna ocasión, para escándalo de los príncipes cristianos de la época, los avances turcos preocuparon mucho: la derrota a manos de los imperiales en Mochas (1526) liberó la presión sobre Austria, la conquista de Túnez

Del católico Jean Cauvin, a Calvino, uno de los padres de la Reforma Protestante

Juan Calvino había nacido en Noyon (Francia) en 1509 y morirá en 1564 en Ginebra tras un breve paréntesis de exilio en Estrasburgo. Considerado uno de los grandes reformadores protestantes, hará de la ciudad de Ginebra su núcleo de actuación y foco de sus predicaciones. Se ha dicho que su conversión se produjo estudiando en París; lo cierto es que en 1532 era miembro de una comunidad de reformados franceses y que participó en el famoso discurso del rector de la Sorbona, Nicolás Cop cuando proclamó la justificación por la sola fe con el escándalo consiguiente. Tras la represión al año siguiente por unos pasquines contra la Misa, Calvino se refugia en Estrasburgo para trabajar con Bucero pero acaba con Guillermo Farel en Ginebra. Allí se casará con la viuda Idelette de Bure, escribirá sus primeros escritos teológicos que llevarán posteriormente a la redacción de su obra fundamental, propiciará una pretendida unidad de la cristiandad protestante e instaurará una Nueva Jerusalén, un gobierno teocrático, ascético y rigorista y dispuesto a la eliminación del disidente. En ese nuevo gobierno se mezclaron los procedimientos y sobrevoló la teología. Fueron cuatro instancias quienes debían regir la nueva iglesia: los Pastores dedicados a la predicación y administración de los dos sacramentos fundamentales, el Bautismo y la Cena; los Doctores, encargados de la educación de los niños y de la recta interpretación de la Escritura; los Ancianos, encargados de la cuestión dogmática y disciplinar y los Diáconos ocupados de la beneficencia, asistencia y caridad. Por encima de todo ellos estaba el Consistorio compuesto por Ancianos, laicos y Pastores, velando por los delitos de tipo moral, pero también dogmático y la Magistratura civil para la organización y ordenamiento jurídico de la comunidad cristiana. El Magistrado, como brazo secular, se encargaba de las sanciones, de los castigos. Quedaba así instituida una división entre el brazo eclesiástico, el gobierno moral y espiritual de la iglesia reformada y el brazo secular, temporal, castigador. Su obra fundamental es la *Christianae Religionis Institutio* donde, tras varias redacciones, recoge sus principales asuntos: la predestinación a la salvación o a la condenación y su concepción de la libertad en relación con la teoría de la gracia. Otras obras son su *Tratado sobre la Santa Cena*, texto de acercamiento a otras teorías protestantes y sus *Comentarios sobre la carta a los Romanos*. En 1559 Teodoro Beza fundó la Academia ginebrina cuyo principal objetivo era la expansión del calvinismo.

El teólogo francés Juan Calvino, en un cuadro anónimo del siglo XVI.

E. S.

(1535) fue otro hecho brillante para el emperador que aureoló su poder con representaciones de la conquista en los famosos tapices de Pannemaker; aunque la derrota definitiva del poder turco en el mar no llegará hasta Lepanto (1571) tras la Liga Santa.

El gran problema con el que tuvo que enfrentarse Carlos V fue el nacimiento y desarrollo doctrinal y territorial del protestantismo. Durante su reinado surgió con fuerza el luteranismo, considerado una más de las muchas críticas que se alzaban contra los votos monásticos, que repetía la tradicional invectiva contra el clero de llevar una vida de *avaritia y luxuria*, que buscaba una moralidad acorde con el evangelio, pero que propugnaba cuestiones consideradas peligrosas e incluso heréticas por anteriores concilios. Ni el edicto de destierro, ni la excomunión calmaron los ánimos. En la Dieta de Augsburgo presentaron la Confesión de Augsburgo, un documento doctrinal que servirá de base política a la Liga de la Esmalcalda con la que el emperador se enfrentará en varias ocasiones. Vencedor en Mühlberg tendrá que ver cómo es derrotado en Innsbruck y aceptar la paz de Augsburgo. El luteranismo fue apoyado por príncipes y religiosos alemanes pero también le mostraron su apoyo las clases populares y según algunos autores, la poderosa y emergente burguesía que hará suyos los postulados y dará alas al protestantismo y al capitalismo —entre otras cosas por la cuestión del préstamo con interés con los límites de la usura y la desamortización de los bienes eclesiásticos—. Sin embargo la guerra siempre sonrió al emperador que incluso veía con buenos ojos una solución federal para los problemas del imperio sobre la base de una reconstituida Liga Suaba, lo que parecía que no gobernaría del modo que lo hacía en territorios españoles. En 1555 presidiendo la Dieta su hermano Fernando, el futuro emperador, se preservó el principio de soberanía pese a reconocer la división religiosa. Los príncipes y señores podían elegir la religión protestante o seguir en el catolicismo y sus súbditos serían lo que marcaba su señor temporal, aunque podían marchar de las tierras si no lo aceptaban.

El líder anabaptista Jan van Leiden, por el pintor y grabador alemán Heinrich Aldegrever (1536).

Como decía un historiador, roto en cuerpo y alma, en 1556 el emperador abdicó en Bruselas a favor de su hijo Felipe al que le correspondió Flandes y los territorios españoles y su hermano Fernando que recibió la corona imperial. Retirado a Yuste moriría en 1558. Hasta allí había hecho llevar y colocar en el altar de la capilla, que él veía desde la cama, el cuadro de Tiziano La Gloria, una representación de la Trinidad, para muchos un cuadro expiatorio por las teorías antitrinitarias de su súbdito aragonés Miguel Servet.

El pensamiento religioso europeo en los albores de la Modernidad

José Luis Betrán
Profesor de Hª Moderna. U. A. de Barcelona

La experiencia religiosa de los europeos en los comienzos de la Edad Moderna fue compleja. Durante el periodo medieval el catolicismo romano había gravitado en torno a las manifestaciones ceremoniales y sacramentales, unidas al valor meritorio que fue concedido a la vida ascética monacal. El clero administraba la revelación y los sacramentos, que se constituían en las vías de la administración de la gracia en los fieles a partir de los méritos de Jesucristo. Además, la filosofía universitaria y escolástica del siglo XIII fue adoptada por la Iglesia como un medio de reconciliar la revelación bíblica judía con la filosofía y la ciencia de la civilización grecolatina. En este contexto se irían integrando las diferentes formas de la religiosidad popular, con sus ritos y ceremonias, muestras de piedad supersticiosa y todo un universo de mediadores celestes —la Virgen, los ángeles y los santos— que aparecerán profundamente arraigados en las prácticas religiosas de los europeos al iniciarse el siglo XVI.

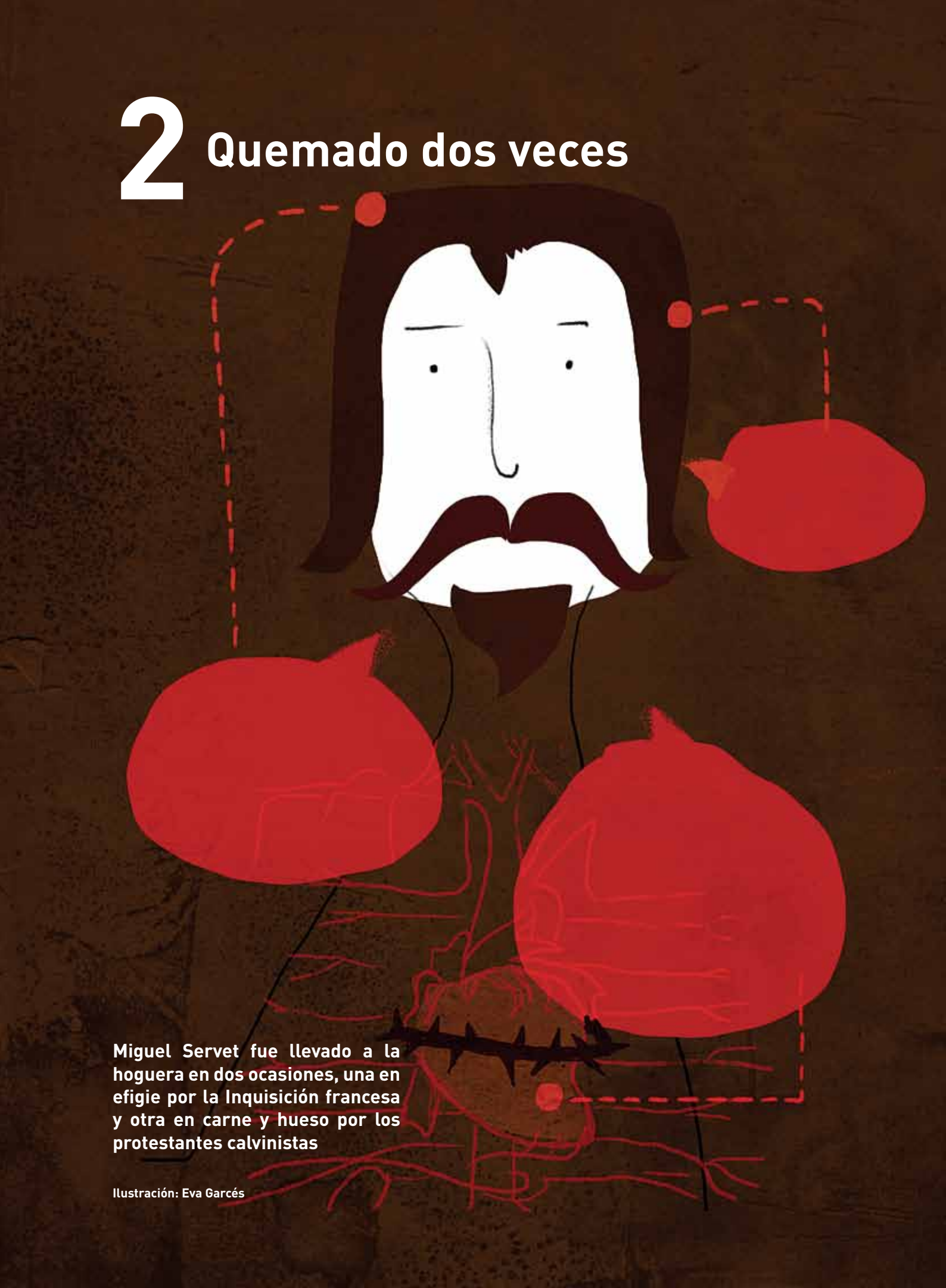
Sin embargo, este sistema religioso así configurado suscitaría toda una serie de reacciones en diferentes lugares de Europa en el tránsito de la Edad Media hacia el Renacimiento, que acentuarían sus planteamientos desde dentro del hombre y de la propia experiencia.

El nacimiento de esos nuevos caminos espirituales se vinculó a la fundación o reforma de órdenes religiosas, al empuje de reformadores y santos y a revoluciones culturales, políticas, sociales o económicas coetáneas que afectarían la vida de los europeos de los siguientes siglos. Por un lado, apareció el evangelismo erasmista, en la línea humanista de retorno a las fuentes bíblicas. Erasmo abogaría por un credo sencillo y una moral depurada y evangélica, defendiendo el libre albedrío del hombre al tiempo que una religiosidad interiorizada inspirada en las corrientes espirituales emprendidas por los movimientos ligados a la 'Devoción Moderna' de la Europa septentrional. Desvalorizará los excesos jurídicos y ceremoniales a la vez que la pretendida perfección del estado monástico. A su vez, revalorizará la Escritura Sagrada frente a los excesos especulativos y escolásticos, pero siempre sin llegar a poner en cuestionamiento la autoridad episcopal, los sacramentos o la propia Iglesia romana, lo que mantiene al intelectual holandés dentro de la línea de un humanismo crítico pero todavía tolerable a los ojos de Roma en los primeros tiempos de la crisis abierta por la Reforma. Por otro lado, encontramos también diferentes movimientos espirituales de interioridad, de observancias regulares, de actitudes afectivas y de recogimiento religioso. Todos ellos partirán de una actitud ascética de renuncia y unificación de energías, hacia una experiencia deificante que debía tener lugar en el 'yo' profundo o 'centro' del alma, por medio de la fuerza afectiva del amor desinteresado. Si estas corrientes aceptaban el orden de exterioridad establecido, la jerarquía sacerdotal, los sacramentos y la teología escolástica —como sucedería con la mayoría de nuestros místicos del Siglo de Oro— serían perfectamente asumidas como ortodoxas. Si, por el contrario, se deslizaban hacia el dejamiento, el descuido de las obras, la relajación de la moral y las prácticas reconocidas, así como cierto distanciamiento respecto a la autoridad eclesiástica —como sucedería con los alumbrados españoles—, se verían acusadas de heterodoxas y padecerían los rigores de los diferentes sistemas inquisitoriales que fueron surgiendo en los albores de la Edad Moderna europea.

Por último, encontramos las diferentes reformas evangélicas —luteranas o calvinistas—, que también participarían de las expectativas de interioridad y retorno a la simplicidad de los orígenes; pero su fideísmo justificador —a Dios no se puede llegar con la razón sino con la fe—, y su Cristocentrismo, desmantelarían finalmente el universo de los mediadores medievales a la vez que desvalorizarían los aspectos de la piedad ceremonial y de la perfección ascética. En el protestantismo tendría lugar una simplificación sacramental. Paralelamente, la primacía de la tradición eclesiástica sería sustituida por la de la Escritura libremente interpretada, por encima de cualquier razón escolástica.

La crisis de conciencia que todos estos movimientos produjeron, intentaron ser reconducidos infructuosamente por la iglesia romana en el Concilio de Trento (1545–1563). En este, el catolicismo reafirmaría la autoridad papal; el valor de los mediadores celestiales; las obras para la redención del alma; la necesidad institucional frente a la interioridad pura; el monacato y el orden sacerdotal jerárquico frente al sacerdocio universal; la tradición, el magisterio y la escolástica frente al biblicismo de libre interpretación; la Iglesia litúrgica y sacramental a la iglesia de la palabra. A partir de aquí, los cuadros episcopales, las milicias sacerdotales —como los jesuitas—, los tribunales inquisitoriales, los teólogos y los espirituales penitentes así como los encendidos misioneros de uno u otro bando se encargarían de consolidar el nuevo equilibrio religioso europeo que imperaría en los siglos siguientes.

2 Quemado dos veces



Miguel Servet fue llevado a la hoguera en dos ocasiones, una en efigie por la Inquisición francesa y otra en carne y hueso por los protestantes calvinistas

Ilustración: Eva Garcés

Doble vida —y muerte— de Servet

Fernando Martínez Laínez
Escritor y periodista

Miguel Servet nació el 29 de septiembre de 1511 y murió el 27 de octubre de 1553. En su corta vida de poco más de 40 años, fue quemado dos veces. Una en efigie, por la Inquisición francesa, y otra, en carne y hueso, por los protestantes calvinistas.

El lugar de nacimiento, generalmente aceptado, es Villanueva de Sijena, en la provincia de Huesca, comarca de Monegros. Un pueblo a orillas del río Alcanadre cercano a Sariñena.

Sabemos que su padre, Antón Serveto, además de infanzón de nacimiento, era notario real en el Monasterio medieval de Sijena, regido por las monjas de la orden de San Juan de Jerusalén. La madre, Matilde Conesa Zaporta, de origen oscense, era hija del caballero Pedro Conesa y de Beatriz Zaporta, a la que se atribuyen rastros judeoconversos.

Quintana, su apertura al mundo

De la infancia de Servet sabemos muy poco. Debió de aprender las primeras letras en Villanueva. En la adolescencia conocía ya bien el latín y empezó a tener nociones del griego y el hebreo, que los perfeccionó con Ecolampadio. Las tres lenguas, latín, griego y hebreo eran fundamentales para los debates teológicos que marcaron la época que a Servet le tocó vivir. Un tiempo de cambios históricos y religiosos profundos, con Europa muy dividida en los planos temporal, político y espiritual.

Servet conoce al clérigo secular de Huesca Juan de Quintana, seguramente en las Cortes de Monzón adonde lo lleva su padre. Quintana fue un personaje importante que llegaría a confesor del emperador Carlos V y abad del Monasterio de Montearagón. Quintana le abre los ojos al mundo de la política y el debate intelectual. Viaja con él a Granada, Toledo y Valladolid. Tras las Cortes de Monzón de 1528, Servet regresa a Villanueva, y su padre lo envía a estudiar leyes a Toulouse. Allí entra en contacto con las nuevas ideas de la Reforma protestante. Lector asiduo de la Biblia, la fe católica de Servet empieza a tambalearse, y eso le señala a los ojos de los inquisidores tolosanos. Una razón que, seguramente, le motivó a dejar Toulouse y volver con el fraile Quintana para asistir a la coronación imperial de Carlos V que tiene lugar en Bolonia en febrero de 1530 y realiza el papa Clemente VII. El lujo y la pompa desplegada en esa ocasión marcan un punto de no retorno en las ideas de Servet. El acontecimiento daría un impulso definitivo a su disidencia religiosa.

Friso escultórico en la fachada del ayuntamiento de Tarazona, donde se representa la coronación en Bolonia de Carlos V por el Papa Clemente VII, a la que Servet asistió en 1530. Fernando Orte

Decidido a abrirse camino por su cuenta, se dirige a la ciudad suiza de Basilea. Allí conoce al humanista Juan Ecolampadio, cabeza de la Reforma en Basilea, y entra en contacto con los anabaptistas, proscritos bajo pena de muerte, que rechazan el bautismo de los niños y predican el igualitarismo y pacifismo radicales.

ESTRASBURGO, RESIDENCIA DE IMPORTANTES REFORMADORES

La amistad con Ecolampadio pronto da paso a una profunda enemistad por razones doctrinales. El reformador de Basilea denuncia a Servet al Consejo municipal y el español se marcha a Estrasburgo, capital de Alsacia, en mayo de 1531, donde residen importantes personajes de la Reforma, como Martín Bucero. Otra vez, las diferencias religiosas desembocan en el enfrentamiento. Bucero proclama que «merecía se arrancasen las entrañas a este español y se le descuartizase».

Pero Servet no se limita a hablar. En 1531 edita en una imprenta de la ciudad alsaciana de Hageneau el libro *De Trinitatis Erroribus —Sobre los errores de la Trinidad—*, en el que rechaza el dogma trinitario y niega que en Jesucristo se encarne un eterno hijo de Dios que sería una segunda persona divina. Firma el libro con su nombre completo: Miguel Serveto, apodado Reves. Español de Aragón.

La aparición de esta obra desata una oleada de condenas. Tanto católicos como protestantes la prohíben. Servet envía el libro al arzobispo de Zaragoza y la Inquisición española entra en acción.

Temiendo por su vida en Estrasburgo, Servet regresa a Basilea en busca de refugio. Un año más tarde se emite una orden de busca y captura contra él en Toulouse, y encabeza una lista de herejes destacados de la ciudad.

PARÍS, PUNTO DE ENCUENTRO CON CALVINO

Servet decide borrar sus señas de identidad y se traslada a París. Para mayor seguridad oculta su nombre y adopta el del pueblo de su infan-

Juan de Quintana

Sacerdote oscense, doctor en teología por la Universidad de París (1510) y miembro de las Cortes de Aragón entre 1511 y 1524. Servet entró a su servicio como secretario siendo muy joven, en 1525, y esta primera ocupación le abrió las puertas al mundo. Juan de Quintana participó en reuniones de alto nivel para abordar algunos de los problemas religiosos más importantes de su tiempo y conoció sobre el terreno algunos de ellos. A él se debe en parte la redacción del edicto contra los alumbrados de Toledo en 1525 y otros documentos en los que se codifica el alumbradismo detallando sus creencias y prácticas.

A él se debe en parte la reducción de los moriscos de Granada en 1526, formando parte de una comisión nombrada a propósito por el emperador entre sus hombres de máxima confianza. Fue miembro de la Junta de Valladolid de 1527, reunida para valorar la obra del gran humanista Erasmo de Rotterdam, en la que Juan de Quintana se mostró partidario del teólogo flamenco. Con Servet en su cortejo, Quintana asistió a la coronación de Carlos V en Bolonia en 1530.

Fue confesor del emperador de 1525 a 1532. Erasmista y de espíritu irénico, pacificador, defendió en la Dieta de Augsburgo de 1530, junto a Juan de Valdés, algunos consensos teológicos con los protestantes más moderados como Melanchton, que pudiesen salvar la fractura religiosa y política que amenazaba a Europa. Es decir, con Quintana, Servet entró en contacto directo o indirecto con los grandes problemas religiosos e intelectuales de su tiempo: alumbrados, moriscos, erasmistas y protestantes. Al final de su vida fue nombrado abad de Montearagón. Murió en 1534.

Andrés Vesalio

El flamenco Andries van Wesel (1514–1564), revolucionó el estudio de la biología y la práctica de la medicina por su descripción de la anatomía del cuerpo humano. Publicó el primer manual de anatomía a partir de sus propias observaciones.

Procedía de una familia de médicos y farmacéuticos. Estudió en Lovaina (1529–33) y en París (1533–36), donde aprendió a diseccionar animales y cadáveres de humanos, fácilmente conseguibles en los cementerios de la ciudad. Tras un breve retorno a Lovaina, donde los estudios estaban fuertemente influidos por la medicina árabe dominante, asistió a la Universidad de Padua, con un enfoque moderno y una fuerte tradición de disección anatómica. Tras doctorarse, trabajó en la misma universidad. En tiempos de Vesalio, las teorías del médico griego Galeno eran todavía la autoridad referencial. En 1540, Vesalio desarrolló a partir de su propio método basado en la experimentación y observación forense, una crítica a la anatomía galénica que se plasmó en su obra magna: *De humani corporis fabrica libri Septem* (Basilea, 1543).

Este texto profusamente ilustrado era la más amplia y cuidadosa descripción del cuerpo humano realizada nunca y provocó un cambio revolucionario al dotar a la anatomía de un nuevo lenguaje y reavivar la literatura anatómica europea sobre bases humanísticas nuevas. En 1543 fue nombrado médico imperial por Carlos V. Desde este momento su fama no hizo más que crecer. Hasta el punto de que cuando el emperador abdicó en 1556 le proporcionó una pensión de por vida y le otorgó el título de conde. Continuó sus servicios a la dinastía de los Habsburgo, y en 1559 se trasladó a la corte española como médico de Felipe II. En 1564 obtuvo permiso para peregrinar al Santo Sepulcro. Murió durante el viaje de regreso.

Ecolampadio

El reformador alemán Johannes Huszgen (Weinsberg, Würtemberg 1482–Basilea, 1531), Ecolampadio, inició estudios de derecho en Bolonia, aunque sus intereses teológicos le llevaron a abandonar estos para estudiar en Heidelberg en 1499. En 1506 se convirtió en tutor de los hijos del elector Palatino. En 1510 ya era predicador en Weinsberg. Profundizó sus estudios en Tübingen alcanzando un gran conocimiento de las lenguas bíblicas, el griego y el hebreo, además del latín humanístico. Se trasladó a Basilea donde trabajó desde 1515 con Erasmo en la preparación de su edición del Nuevo Testamento Griego, y en la traducción de varias obras de los padres de la iglesia

Ecolampadio, reformador protestante alemán que acogió a Servet en su casa de Basilea.

Ilustración *De humani corporis fabrica libri Septem* (1543), de Vesalio, donde aparece una sala de disección abarrotada de público.

griegos como Gregorio Nacianceno, Basilio, Juan de Damasco, Crisóstomo y Teofilacto.

En 1518 fue nombrado predicador de la catedral de Augsburgo. Inquietudes intelectuales y místicas le llevaron a profesar en un monasterio en 1520, pero dos años más tarde lo abandonó, atraído por Lutero y sus propuestas teológicas. En 1523 volvió a Basilea como profesor de su universidad. Desde esta cátedra, enseñando en tres leguas, y predicando desde la iglesia principal, se convirtió pronto en una figura prominente de la ciudad y, más allá de sus fronteras, de los territorios alcanzados por el protestantismo.

En 1526 se alineó con la tesis de Zwinglio, frente a Lutero, sobre la eucaristía como acto de memoria. En Basilea, a partir de 1530, se opuso al papel dominante que las autoridades locales estaban asumiendo en los asuntos eclesiales posicionándose a favor de un gobierno de la iglesia liderado por pastores y ancianos. En su casa basilense poseía una selecta biblioteca de la que se beneficiaron sus muchos huéspedes, uno de los más significados, Erasmo de Rotterdam, pero también Servet, acogido en su casa entre 1530 y 1531. Ecolampadio murió poco después, en 1531.

Sanctes Pagnino

Este dominico italiano nació en 1470 y murió en Lyon hacia 1541. En 1487 se unió a los dominicos en Fiesole, república de Florencia, donde se convirtió en discípulo de Savonarola. Estudioso de las lenguas clásicas, versado en la literatura árabe, su fama pronto trascendió y desde 1516 se instaló en Roma al servicio del Papa León X en temas relacionados con estos saberes. Se asentó en Lyon a partir de 1526. Escribió varias obras de erudición filológica, aunque fue muy conocido en su época sobre todo por dos: un *Thesaurus Linguae Sanctae* (1529) un diccionario de hebreo muy apreciado, y su versión de la Biblia (Lyon, 1527), directamente de las lenguas originales. Esta Biblia tuvo muchas impresiones, aunque aquí nos interesa señalar la edición de Lyon de 1542, que se imprimió con notas de Servet. Se acusó a Sanctes Pagnino de ser muy literalista en la traducción y de un estilo muy poco elegante. Su éxito radica precisamente en esta traducción de la Biblia, por su literalismo, se convirtió en un buen instrumentos para otros traductores de la Biblia que la tuvieron como referente. Es el caso de Arias Montano, el bibliotecario de Felipe II en El Escorial, que se sirvió de ella para la edición de la Biblia Políglota de Amberes de 1572.

Sinforiano Champier

Poeta, historiador, filósofo, médico... tenemos en Champier a un humanista clásico, polifacético. Nacido cerca de Lyon en 1472, murió en la misma ciudad 67 años después (1539). Estudió en París y en la afamada facultad de Medicina de la Universidad de Montpellier. Fue médico personal del duque de Lorena. Su fama como médico traspasó las fronteras y fue aceptado en el Colegio de Medicina de Pavía, todo un honor; él mismo creó el Colegio de Medicina de Lyon. Como médico y como humanista, Champier es un hombre de transición entre la Edad Media y el mundo renacentista. De carácter apasionado y polemista, estas características no dejaron de traerle alguna complicación en su propia ciudad, Lyon, donde desempeñó algunos cargos oficiales. De extracción humilde, se inventó una genealogía nobiliaria muy criticada por el médico y polemista Escalígero. Fue un autor prolífico de intereses variados, participando activamente en los debates de su tiempo. Publicó obras médicas, históricas, filológicas, botánicas... Jugó un papel importante en la decisión de Servet de estudiar medicina.

Doris Moreno
U.A. Barcelona

Vista actual de Bolonia, ciudad en la que Servet cambió su visión de la iglesia tras contemplar el boato en la coronación de Carlos V en febrero de 1530. Eliseo Serrano

cia, Villanueva. A partir de entonces, durante casi 20 años, desaparece Miguel Servet, sustituido por Michel de Villeneuve o Michael Vilanovanus, que se declara navarro nacido en Tudela.

En París, Servet da clases de matemáticas —que entonces incluían geografía, astronomía y astrología—, y en 1534 conoce al reformador Juan Calvino, la principal figura del protestantismo francés.

Falto de dinero, Servet abandona París y se encamina hacia Lyon, donde trabaja de corrector de imprenta y editor. Prepara una nueva edición de la famosa *Geografía* de Ptolomeo, y el resultado es un texto ilustrado con grabados en madera y cincuenta mapas que le vale muchos elogios. En la imprenta traba amistad con el médico Sinforiano Champier, hombre de gran erudición que inicia al español en los textos herméticos y le anima a proseguir los estudios de medicina.

Decidido a hacerse médico, Servet regresa a París, y conoce a Andrés Vesalio, considerado el padre de la anatomía moderna. Servet y Vesalio se entregan a la tarea de diseccionar cadáveres y trabajan como ayudantes del médico Johan Ghünter.

En ese tiempo, Servet se dedica también a dar clases de astrología. Tiene una nutrida asistencia de oyentes, entre los que se cuenta el eclesiástico Pedro Palmier, quien poco después será nombrado arzo-

bispo de Viena del Delfinado (Vienne), ciudad francesa cercana a la frontera suiza.

Preocupadas por las conferencias astrológicas de Servet, las autoridades universitarias le declaran sospechoso y llevan el asunto al Tribunal del Parlamento de París, que amonesta al español. Servet considera que en París corre peligro y se traslada a la pequeña ciudad de Charlieu, en la región del Loira, donde pasa inadvertido y ejerce la medicina durante más de dos años. Luego regresa a Lyon y continúa sus trabajos de corrector y editor. Allí, en 1542, realiza una impresión revisada de la Biblia en latín de Santes Pagnini, con cargo al editor lionés Hughes de la Porte. Los libreros de Lyon le encargan también una nueva versión de la Biblia en seis volúmenes, que se publica en 1545 y está salpicada de comentarios heterodoxos.

***Tabula Europae*, libro de la *Geografía* de Ptolomeo editada por Servet.** Biblioteca Universidad de Sevilla

Viena del delfinado, la lucha por sus ideas

Pedro Palmier, nombrado ya arzobispo de Viena del Delfinado, en Francia, le ofrece el puesto de médico personal. Servet acepta. El cargo, además de despejar sus penurias económicas, le permite una vida relativamente tranquila y la posibilidad de seguir investigando y escribiendo. En Viena, Servet vivirá los doce años más sosegados de su ajetreada existencia, entregado a la práctica médica y al estudio de temas teológicos.

En Viena, Servet vivirá los doce años más sosegados de su ajetreada existencia, entregado a la práctica médica y al estudio de temas teológicos

Para confundir más su pasado, y por otras consideraciones prácticas, Servet adopta la nacionalidad francesa en 1549 y se integra como un ciudadano ejemplar en la vida pública de Viena. Es elegido miembro de la 'Cofradía de San Lucas para la farmacia y los cuidados médicos', que preside durante un año. Pero en realidad, lleva una doble existencia. En secreto va elaborando su libro más importante: *Restitución del Cristianismo,* que sería publicado en 1553 y en el cual aparece por primera vez el descubrimiento que le dará un lugar de honor en la historia de la ciencia: la circulación menor de la sangre. Servet firma esa obra con las iniciales M.S.V., Michel Servetus Vilanovanus.

Solo se imprimen 800 ejemplares de *Restitución del Cristianismo*, que no se encuadernan para poder distribuirlos mejor de forma clandestina y son enviados a las ciudades de Lyon, Ginebra y Frankfurt, pero la práctica totalidad de la edición se destruye a instancias de Calvino.

Servet no se conforma con rumiar su verdad en la oscuridad del apacible retiro a la sombra de los Alpes. Quiere que sus ideas vean la luz, aunque eso suponga meterse en la trampa de la que no saldrá vivo.

A través de intermediarios y guardando el anonimato, escribe varias cartas a Calvino que, tras difundir su doctrina en Francia y los Países Bajos, ha instaurado en Ginebra un gobierno teocrático riguroso que castiga severamente cualquier infracción religiosa.

En la carta que envía al déspota de Ginebra, Servet critica muchas de las tesis de Calvino. El francés remite al aragonés su libro *Institución de*

la Religión Cristiana. Servet se lo devuelve leído y anotado, y a su vez le envía un voluminoso manuscrito de *Restitución del Cristianismo*.

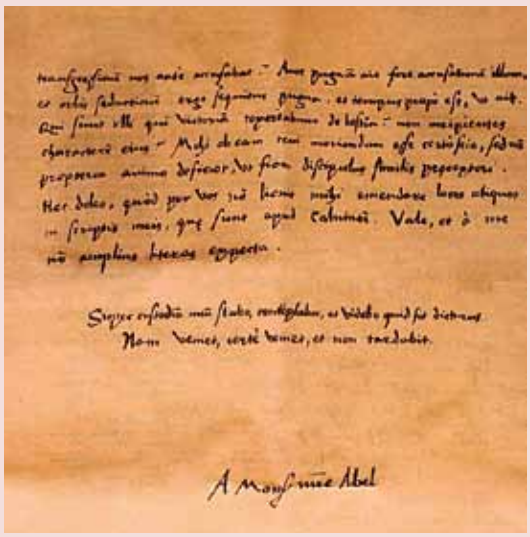
DETENCIÓN Y HUÍDA EN VIENA

A Calvino, personaje bilioso y colérico, se le agota pronto la paciencia. Interrumpe la comunicación epistolar con Servet y se queda con el manuscrito que este le ha enviado. El odio de Calvino crece a medida que persisten las críticas doctrinarias del español al francés.

Servet anuncia a Calvino que quiere verle, y el jerarca de Ginebra afila las garras. «Dice que va a venir si le recibo, pero no me atrevo a comprometer mi palabra; porque si viene, le juro que no ha de salir vivo de mis manos o poco ha de valer mi autoridad», escribe a Guillermo Farel, un correligionario suizo.

Entretanto, el español da los últimos toques al manuscrito de *Restitución del Cristianismo* y decide publicarlo clandestinamente en una imprenta de Viena del Delfinado. Las pruebas las corrige él mismo y luego quema el original para eliminar rastros. El libro termina de publicarse en la primavera de 1553.

DOCUMENTOS Y MANUSCRITOS.
Carta de Servet al pastor de los ginebrinos Abel Pouppin



Mientras Servet ejercía como médico en Viena del Delfinado, halló el modo de enviar a Calvino tres cuestiones teológicas y una serie de cartas donde defendía sus ideas. El cruce de mensaje quedó roto. Por eso le escribe varias veces a Pouppin, también pastor en Ginebra. Solo se conserva esta carta, la tercera. Fue escrita en torno al año 1546. Servet le habla a Pouppin de las cartas que le ha hecho llegar desde Viena a Calvino.

En particular se refiere a la carta nº 12, donde Servet defiende que el Evangelio de Cristo supera y deja obsoleto la Ley de Moisés, por lo que hay un «salto cualitativo» entre los judíos y los cristianos. Tras eso añade, entre otras cosas: «Es el vuestro un evangelio sin un Dios, sin fe verdadera, sin buenas obras. En vez de un Dios, tenéis a un cancerbero tricéfalo; en vez de la fe verdadera, una fantasía fatalista; y las buenas obras decís que son pretensión fatua».

Y saca a la luz su visión milenarista de la historia: Jesús Cristo está al llegar, Servet consideraba que él mismo iba a ser contemporáneo del hecho y protagonista principal, aunque.... «Muy bien sé yo que he de morir en este empeño; pero no por ello flaquea mi ánimo, pues quiero hacerme, como discípulo, semejante al maestro»...

«En pie seguiré en guardia, y miraré, y veré qué me dirá. Porque vendrá, seguro que vendrá, y no va a tardar».

D. M. M.

En Ginebra, el texto cae en manos de alguien que reconoce por las siglas al autor e informa de ello a Calvino. Este responde enviando una carta a los católicos franceses en la que les reprocha proteger a un «terrible hereje», que se hace llamar Michael de Villeneuve, aunque su auténtico nombre sea Miguel Servet.

La Inquisición francesa reacciona y registra la casa del español en Viena del Delfinado, pero no encuentra pruebas de que Villeneuve y Servet sean la misma persona. Así lo hace saber a los denunciantes de Ginebra, y la respuesta no se hace esperar. Aparecen las cartas que en su día Servet escribió a Calvino, como evidencia de la identidad del médico que se oculta en Viena bajo falso nombre.

Servet es detenido en Viena cuando acude al Palacio de Justicia y durante dos días es interrogado, pero él se niega a confesar y sigue negando su auténtica identidad.

Ante el firme rechazo del acusado, los interrogadores dudan. Servet cuenta todavía con algunos amigos influyentes en Viena. Posiblemente sea el propio arzobispo quien le organiza la fuga. En la noche del 6 de abril de 1553, un criado entrega dinero al preso, que a la mañana siguiente pide permiso para ir al retrete. Bajo el camisón de dormir lleva ropa de calle. La vigilancia se 'distrae' en el momento en que Servet salta por una ventana de la letrina y escapa por un tejado. El español consigue salir de la ciudad sin que nadie lo reconozca. Piensa dirigirse a Italia, concretamente a Nápoles, «donde están los españoles», y ganarse la vida trabajando de médico.

La huída y el juicio en ausencia

La fuga causa escándalo y Servet es juzgado en ausencia. El 17 de junio de 1553, el Tribunal civil de Viena le condena por hereje a una multa de 1.000 libras de oro y a morir en la hoguera a fuego lento.

Servet es detenido en Viena cuando acude al Palacio de Justicia y durante dos días es interrogado, pero él se niega a confesar y sigue negando su auténtica identidad

La sentencia se ejecuta en rebeldía y el reo es quemado en efigie. Con la imagen arden también sus libros, incluido la *Restitución del Cristianismo* y la primera descripción de la circulación menor de la sangre.

La fuga, sin embargo, no supone el fin de las desdichas de Servet, que ya no sabe adónde ir y no está seguro en ningún sitio. Durante cuatro meses se pierde su rastro, y no hay noticia de su paradero, hasta que el 13 de agosto de 1553, por motivos aun no aclarados, aparece en Ginebra. Sigue siendo una incógnita lo que buscaba Servet en esa ciudad dominada por los calvinistas, donde no tenía un solo amigo.

Es un domingo de agosto por la tarde cuando Calvino sermonea a sus fieles desde el púlpito de la iglesia ginebrina de San Pedro. Servet escucha al predicador mezclado con los asistentes, pero entre ellos hay muchos calvinistas franceses (hugonotes), y uno de ellos reconoce al médico de Viena e informa a Calvino.

Terminado el oficio religioso, Servet se retira a una posada junto al lago de Leman donde se hospeda. Su intención es abandonar la ciudad al día siguiente para ir a Zúrich, pero no tendrá tiempo. Poco

Monolito con la inscripción conmemorativa donde Servet murió en la hoguera, en el alto de Champel, a las afueras de Ginebra. El monumento fue inaugurado en 1903, el mismo día en que se cumplían 350 años de su ejecución. Edipresse. Ginebra

después de que las autoridades municipales reciban la denuncia de Calvino, van a detenerle y Servet no se resiste.

Como la ley de Ginebra exige que el acusador quede también preso hasta probar su demanda, Calvino utiliza para la acusación a un testaferro: un tal Nicolás de la Fontaine, que acusa al aragonés de haber escrito herejías, difamado a Calvino y a la Iglesia de Ginebra y escapar de la prisión de Viena del Delfinado. Servet hace una exposición de creencias y pide una discusión pública con Calvino, que es rechazada, y a partir de ahí la madeja judicial empieza a adquirir tonos tenebrosos.

Calvino interviene para remachar la acusación y presenta a Servet como un hereje detestable. La doctrina calvinista es la base de la Constitución de Ginebra, y lo que empieza como un juicio por motivaciones religiosas acaba siendo un juicio político. La acusación privada da paso a la del Estado.

JUSTICIA Y CONDENA A MUERTE

Servet pide papel y tinta y escribe. Solicita que se sobresea la denuncia, ya que —dice— las discusiones teológicas no deberían tenerse en cuenta en un proceso profano y reclama que se le asigne un abogado defensor.

El fiscal general va tejiendo su tela de araña y añade nuevos pun-

tos a la primera acusación. Manifiesta que Miguel Servet ha llevado una vida indecente, puesto que nunca se ha casado, y le niegan el abogado con el pretexto de que «sin abogado también sabe mentir muy bien».

Frente a tanto sinsentido, Servet trata de mantener el debate en el plano teológico, basado en las Sagradas Escrituras. En su última alegación demanda que Calvino también sea detenido e interrogado, y exige: «Justicia, justicia y justicia» a un tribunal que ya tiene prefijada la sentencia.

Desde la cárcel, Servet pide audiencia a sus jueces. Las malas condiciones de la celda en la que está encerrado dejan al aragonés en la ruina física, devorado por la miseria y el frío. «Estoy peor que nunca —escribe a sus verdugos—. El frío me atormenta, y con él las enfermedades y otras miserias que tengo vergüenza de escribir —asegura—. Por amor de Dios, señores, tened compasión de mí, ya que no me hagáis justicia».

En la mañana del 27 de octubre de 1553, el Tribunal dicta sentencia. Servet ha sido condenado a muerte y cuando escucha el fallo se desploma. Quiere hablar en francés, pero las palabras no le salen. Solo puede hacerlo en su lengua materna: el español. «¡Misericordia, misericordia!», «¡Jesús, salva mi alma! ¡Ten piedad de mí!», implora ante la indiferencia de los leguleyos que, pausadamente, leen las palabras fatídicas:

«Te condenamos a ser atado y llevado a la colina de Champel. Allí serás sujeto a una estaca y quemado vivo junto con tus manuscritos y tus libros impresos hasta que tu cuerpo se convierta en ceniza…».

Cuando Servet vio la antorcha prendiendo fuego a la leña, lanzó un grito de rabia y pavor que perduraría en la memoria de los espectadores del sádico espectáculo

El fuego

La ejecución tiene lugar el día 27 de octubre de 1553. Es mediodía y Servet yace sin aliento tumbado en tierra. Tienen que arrastrarle los últimos metros. La amarran a la picota con cuerdas y una cadena de hierro. Calvino observa la macabra escena un poco alejado. A los pies del reo ponen haces de leña fresca y húmeda para que la combustión sea lenta. Le cuelgan de las caderas sus libros y le colocan en el cuello una corona impregnada de azufre. Se trata de un gesto de compasión de uno de sus verdugos, que piensa que el humo del azufre acelerará la muerte por asfixia y el condenado sufrirá menos.

Cuando Servet ve la antorcha prendiendo fuego a la leña, lanza un grito de rabia y pavor que perdurará en la memoria de los espectadores del sádico espectáculo.

Se levanta una brisa y el humo del azufre que debería asfixiar a la víctima se lo lleva el viento en dirección contraria. La quema dura más de una hora y Servet sufrirá hasta el último aliento.

El escudo de Ginebra sigue todavía hoy coronado por un sol, con una leyenda que dice: «*Post tenebras lux*» —«Después de las tinieblas viene la luz»—.

Pero a Servet solo le llegó el fuego.

Las ediciones de la *Geographia* de Ptolomeo

José Pardo

Investigador IMF-CSIC Barcelona

Desde que allá por 1406 el toscano Giacomo d'Angelo tradujera al latín el texto griego de la *Geographia* de Ptolomeo, esta fue una de las obras científicas de más éxito en el mundo occidental europeo durante dos largos siglos. Éxito que se vio multiplicado a partir de 1475, cuando se imprimió por primera vez; desde entonces, las ediciones se sucedieron a un ritmo de una cada dos o tres años. Dos de esas ediciones, una en Lyon en 1535 y otra en Viena en 1541, estuvieron a cargo de Michael Villanovanus, es decir, Miguel Servet.

La edición de 1535 surgió de un encargo de los hermanos Trechsel, libreros e impresores lioneses. La reedición —con escasas novedades— seis años después, así parece confirmarlo. Entre una y otra, Servet había estado en París —y quizá en Montpellier— dedicado sobre todo al estudio de la medicina, pero también a impartir charlas y lecciones de astrología, incluso a escribir sobre la defensa de esta, lo que le acarreó un incidente con las autoridades. En París, además, Servet encontró a su mecenas y futuro protector, el obispo Pierre Palmier, a quien no por casualidad dedicó la reedición de 1541.

El interés de los humanistas como Servet y sus lectores en la *Geographia* de Ptolomeo era doble. Por un lado, incorporar la técnica cartográfica de este sabio egipcio de lengua griega, residente en la Alejandría dominada por los romanos, en el siglo II de la era cristiana. Por el otro, reconocer la geografía de los antiguos y, en cierto modo, darse el gusto de enmendar algunas cosas en la toponimia o en la descripción de tierras y mares, a tenor de sus conocimientos filológicos y de los recientes descubrimientos geográficos: un doble ejercicio intelectual muy típico del Renacimiento.

La aportación de las dos ediciones de Servet se centraron en este segundo aspecto de la obra, ya que en el cartográfico se limitaron a reproducir los mismos 50 mapas de ediciones anteriores: 27 'antiguos', elaborados por cartógrafos italianos a principios del siglo XV, más 23 'tablas nuevas' (una dedicada al Nuevo Mundo), incluidas a partir de la edición de Estrasburgo de 1513, a cargo del cartógrafo alemán Martin Waldseemüller.

Por lo que se refiere al texto latino, Servet se valió de la traducción de Willibald Pirckheimer. Servet no ocultó que se basaba en esta versión, pero, como es natural, subrayó (a veces exagerándola) su aportación.

Esas aportaciones se materializaron en tres formatos. En primer lugar, una amplia serie de notas marginales en el texto de Ptolomeo, explicando conceptos y traduciendo o discutiendo la toponimia de las ciudades y de los diversos accidentes geográficos. En segundo lugar, una breve *Additio Michaelis Villanovani*, al principio de la parte dedicada a los mapas, donde se daban instrucciones para calcular las distancias de las diferentes ciudades desde el lugar donde se hallara el lector, ya que las de Ptolomeo estaban calculadas, como es lógico, a partir de Alejandría, donde él había vivido. Y, en tercer lugar, unas cuantas adiciones a unos textos que no tenían nada que ver con Ptolomeo y que acompañaban a los mapas.

Estos textos comentaban —en un claro objetivo de hacer la obra más atractiva a los lectores contemporáneos— costumbres y curiosidades de las gentes que habitaban las distintas regiones que ilustraban cada mapa. Aunque a veces han sido atribuidos impropiamente a Servet, los textos proceden de las ediciones de 1513, del ya citado Waldseemüller, y de 1522, a cargo de Leonhart Fries. Las correcciones y adiciones de Servet no son muchas, aunque son interesantes a la hora de valorar sus intereses y los de sus lectores potenciales.

Así, Servet modificó notablemente los textos sobre Britania, Hispania, Galia, Germania e Italia y enriqueció el de Turquía con una breve disquisición acerca de los orígenes del Islam, tomada de otro autor. En cambio, añadió bien poco en los textos dedicados a Europa oriental y nada en absoluto en los referidos a África y a Asia, excepto una escueta referencia a la historia natural de Plinio. En cuanto al texto dedicado al Nuevo Mundo, solo es de Servet el breve párrafo final donde se criticaba la denominación 'América' para las tierras descubiertas por Colón.

Uno de sus añadidos más discutidos es, sin duda, el texto *De España y su comparación con Francia*, para glosar el mapa dedicado a Hispania. Un texto lleno de lugares comunes, probablemente inspirados en textos anteriores de este mismo jaez, sobre los caracteres, costumbres, vicios y virtudes de hispanos y galos. Este texto sobre España y Francia, así como los dedicados a Inglaterra, a Alemania o a Italia, resultan muy interesantes para entender cómo los círculos intelectuales humanistas de los que Servet formaba parte elaboraron un modo de pensar y, en cierto modo, de inventar la diferencia entre los diversos pueblos de Europa. Diferencias que, además, articularon en entidades geográficas que se identificaban con divisiones territoriales que respondían en buena medida a su expresión política coetánea. Una manera de hacer que marcó durante siglos la geografía hecha desde Europa.

La intervención de Servet fue reconocida y bien valorada en su tiempo, sobre todo al ser incorporada por el gran cosmógrafo alemán Sebastian Munster a sus ediciones de la geografía ptolemaica de 1542 y 1545.

3 Teólogo, editor y científico

Sobre los errores en torno a la Trinidad **tuvo unas repercusiones enormes. Sus primeros lectores, tanto protestantes como católicos, le colgaron el sambenito de hereje**

Ilustración: Víctor Meneses

El tenaz esfuerzo por restituir el Cristianismo

Daniel Moreno Moreno
Doctor en Filosofía y profesor del IES Miguel Servet, Zaragoza

Miguel Servet merece el título de 'el humanista aragonés más universal'. Para un humanista nada hay más importante que el hombre y su relación con Dios; de ahí que la teología fuera, en el siglo XVI, una de las profesiones más reconocidas y, por eso, de las más peligrosas. No es sorprendente entonces que un joven brillante como era Servet comenzara su vida como autor, a la edad de 20 años —una edad que ahora nos parece temprana, pero que entonces no lo era tanto—, con dos libros de teología. Quizá sí sorprenda que escribiera toda su obra en latín, cuando ya no era infrecuente utilizar las lenguas vernáculas. Era una época de luchas religiosas y políticas en la Reforma y los cristianos fieles a Roma. Se discutía fundamentalmente si la fe bastaba para salvarse o si las obras de caridad eran lo más importante; también se discutía si el poder de Dios era compatible con la libertad humana. A pesar de todo, había un asunto en el que estaban todos de acuerdo: la Trinidad. Pues bien, Servet publica sus dos primeros, y breves, libros, *Sobre los errores en torno a la Trinidad* (1531) y *Diálogos sobre la Trinidad* (1532), con el fin de proclamar que la explicación tradicional del famoso misterio no le convence en absoluto.

Quizá sorprenda que Miguel Servet escribiera toda su obra en latín, cuando en su época ya no era frecuente utilizar las lenguas vernáculas

Servet era brillante y, también, de espíritu libre y confiado en sí mismo. Basándose en su lectura de la Biblia, de las obras de los primeros pensadores cristianos, Tertuliano e Ireneo —recién editados cuando Servet los lee—, y en los ecos de las discusiones teológicas de la Universidad parisina de la Sorbona, amalgamando todo eso con sus propias experiencias personales y su razón, Servet llega a la conclusión de que si en la Trinidad hay tres personas y se entienden como sustancias, entonces hay tres dioses.

Por eso, a pesar de ser un libro de aspecto modesto, *Sobre los errores en torno a la Trinidad* tuvo unas repercusiones enormes. Sus primeros lectores, tanto protestantes como católicos, le colgaron el sambenito de hereje y con él tuvo que cargar siempre. Los ecos llegaron hasta Zaragoza. Su familia y su protector, Juan de Quintana, se vieron afectados. Es más, se envió a su hermano Juan —que era cura— a buscar a su díscolo hermano para hacer que se retractara. Servet, mientras tanto, escondido cerca de Estrasburgo, preparaba su segunda obra, *Diálogos sobre la Trinidad*, donde habla de la natura-

leza de Cristo, sobre la relación de la fe y las obras para la salvación y sobre la caridad. Se ve bien la personalidad del joven Servet en su 'Saludo al lector', donde escribe:

«Todas las cosas que escribí hace poco, en siete libros, contra las sentencias tradicionales acerca de la Trinidad, ahora, lector honesto, yo las reviso. No porque sean falsas, sino porque están incompletas y escritas como de un niño para niños. Te ruego, con todo, que de ellas te quedes con las que te puedan ayudar a entender lo que voy a decir. En cuanto al hecho de que el libro anterior haya salido incorrecto, confuso y bárbaro, a mi impericia y a la negligencia del tipógrafo ha de ser atribuido. Y no querría yo que por ello llegara a ofenderse ningún cristiano, dado que Dios, de vez en cuando, suele mostrar su sabiduría a través de torpes instrumentos mundanos. Así pues, presta atención, te suplico, al asunto en sí, pues, si despiertas tu mente, no te confundirán mis confusas palabras». Vale. A pesar de lo cual, el libro fue igualmente prohibido. Como entonces ser acusado de hereje suponía tener ya un pie en la hoguera, el joven Servet desapareció de la vista.

Tras leer la Biblia, llega a la conclusión de que si en la Trinidad hay tres personas, y se entienden como sustancias, entonces hay tres dioses

Fresco medieval que representa a Hipócrates y Galeno, en una capilla benedictina de Anagni (Italia). Servet redescubrió y confirmó los trabajos de Galeno en su *Tratado universal de los jarabes*.

Cuando su nombre volvió a ser oído, iba ya asociado a una obra mayor, *Restitución del Cristianismo* (1553), de 734 páginas, una obra maestra que le aseguró gloria eterna. La impresión se realizó en secreto, sin que los operarios supieran el contenido, destruyendo el manuscrito conforme se pasaba a las planchas (29–IX–1552/3–I–1553). El libro apareció sin autor ni editor. El subtítulo es bastante elocuente: «Convocatoria a toda la iglesia apostólica a volver a los orígenes, a restituir íntegro el conocimiento de Dios, de la fe en Cristo, de nuestra justificación, de la regeneración bautismal, de la cena del señor; a restituirnos, por fin, el reino celestial, a disolver la cautividad de la impía Babilonia, a destruir del todo al Anticristo y a sus secuaces».

Su índice es: 1. Siete libros sobre la Trinidad divina; 2. Tres libros sobre la fe y la justicia; 3. Cuatro libros sobre la regeneración; 4. Treinta cartas a Calvino; 5. Sesenta signos del Anticristo; 6. Apología contra Melanchton. De los mil ejemplares impresos, todos, salvo tres, fueron usados como leña en las dos hogueras que quemaron a Servet: una en efigie, en Francia; y otra en carne y hueso, en Suiza. De ahí que se le haya llamado el libro más raro de la historia.

De los 1.000 ejemplares de *Restitución del Cristianismo,* todos, salvo tres, fueron usados para las dos hogueras que quemaron a Servet

Las cuestiones tratadas son las mismas que en sus libros de juventud: la naturaleza de Cristo, cómo se alcanza la salvación y cómo se ha de organizar una iglesia que sea auténticamente cristiana. Pero ahora Servet las aborda con mayor profundidad, es mayor su formación filosófica y médica. Ya puede responder a las críticas recibidas —sin mucho éxito, todo hay que decirlo—, pero, sobre todo, puede mostrar que, como humanista, su sistema es total. Servet habla desde la constitución del universo a la naturaleza de los ángeles, pasando por cómo conocemos o cómo está constituido nuestro cuerpo. Y aquí, en un contexto en principio poco propicio, es donde da a conocer su gran descubrimiento científico: que toda la sangre pasa por los pulmones para unirse ahí al aire —trasunto del Espíritu Santo—.

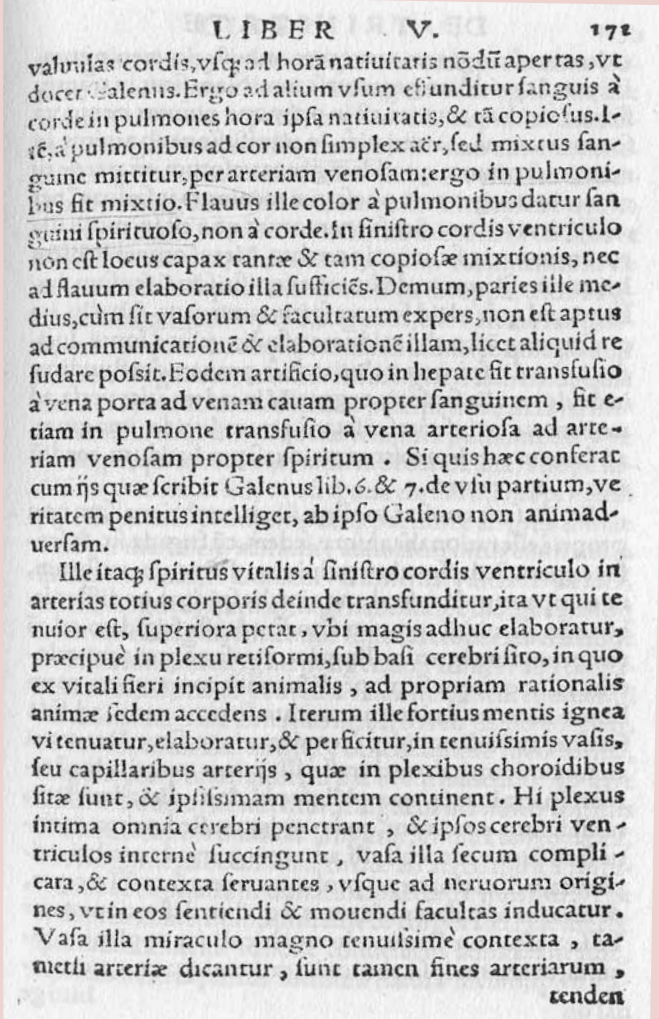
Dos manuscritos

Para ser exhaustivos, hay que nombrar dos manuscritos. El primero, de 119 páginas, titulado *Declaración sobre Jesús Cristo hijo de Dios*, fue dado a conocer en 1957. Aun se discute si es de Servet o no y la fecha en que fue escrito. El segundo se conserva en París. Los estudiosos están de acuerdo en que es copia de una versión de 1546 de la propia Restitución, por lo que, puesto que incluye la célebre descripción de la circulación pulmonar de la sangre, le asegura a Servet la primacía temporal en ese descubrimiento.

Finalmente, no se puede olvidar el diálogo a muerte que Servet mantuvo con Calvino en la cárcel de Ginebra. Allí, Servet y Calvino dedicaron varios días, del 1 al 17 de septiembre de 1553, a un debate lleno de matizaciones sobre las más difíciles cuestiones teológicas. La contienda tuvo tres partes. Primero, una breve pero intensa obertura donde se presentan todos los temas; después, una segunda parte donde Servet aporta textos de Tertuliano, Ireneo y Clemente Romano, a

Para comprender el papel de Servet en la descripción de la circulación menor de la sangre, resulta necesario situarse radicalmente fuera de las enojosas polémicas que durante décadas han monopolizado esta cuestión; discusiones de tonos rancios y patrioteros descarados o disfrazados de sesudas consideraciones eruditas.

La descripción del proceso por el cual la sangre, tras 'purificarse' en los pulmones gracias a la aireación que comporta la respiración, vuelve al corazón es clara en el texto que Servet incluyó en su gran obra teológica sobre la *Restitución del Cristianismo*, porque estaba directamente relacionada con su pretensión de materializar de algún modo la entrada del 'espíritu' divino en el ser humano.



LIBER V. 172

valuulas cordis, vsq; ad horã natiuitatis nõdũ apertas, vt docet Galenus. Ergo ad alium vsum effunditur sanguis à corde in pulmones hora ipsa natiuitatis, & tã copiosus. Itẽ, à pulmonibus ad cor non simplex aër, sed mixtus sanguine mittitur, per arteriam venosam: ergo in pulmonibus fit mixtio. Flauus ille color à pulmonibus datur sanguini spirituoso, non à corde. In sinistro cordis ventriculo non est locus capax tantæ & tam copiosæ mixtionis, nec ad flauum elaboratio illa sufficiẽs. Demum, paries ille medius, cùm sit vasorum & facultatum expers, non est aptus ad communicationẽ & elaborationẽ illam, licet aliquid resudare possit. Eodem artificio, quo in hepate fit transfusio à vena porta ad venam cauam propter sanguinem, fit etiam in pulmone transfusio à vena arteriosa ad arteriam venosam propter spiritum. Si quis hæc conferat cum ijs quæ scribit Galenus lib. 6. & 7. de vsu partium, veritatem penitus intelliget, ab ipso Galeno non animaduersam.

Ille itaq; spiritus vitalis à sinistro cordis ventriculo in arterias totius corporis deinde transfunditur, ita vt qui tenuior est, superiora petat, vbi magis adhuc elaboratur, præcipuè in plexu retiformi, sub basi cerebri sito, in quo ex vitali fieri incipit animalis, ad propriam rationalis animæ sedem accedens. Iterum ille fortius mentis ignea vi tenuatur, elaboratur, & perficitur, in tenuissimis vasis, seu capillaribus arterijs, quæ in plexibus choroidibus sitæ sunt, & ipsissimam mentem continent. Hi plexus intima omnia cerebri penetrant, & ipsos cerebri ventriculos interne succingunt, vasa illa secum complicata, & contexta seruantes, vsque ad neruorum origines, vt in eos sentiendi & mouendi facultas inducatur. Vasa illa miraculo magno tenuissimè contexta, tametsi arteriæ dicantur, sunt tamen fines arteriarum, tenden

Página de *Restitución del Cristianismo*, donde da a conocer la circulación menor de la sangre, en 1553.

Es indiscutible que dicha descripción fue escrita unos años antes de la impresión de la obra en 1553; por tanto, cronológicamente, es la primera conocida en el mundo occidental europeo. Como indiscutible es que dicha descripción no se basaba en un descubrimiento original del mismo Servet, ni él lo pretendió así.

A mediados del siglo XVI, la idea de un recorrido sanguíneo circular entre el corazón y los pulmones —así como sus consecuencias fisiológicas— se estaba imponiendo entre el minoritario ambiente de los anatomistas europeos. Minoritario no quiere decir, sin embargo, que no hubiera ya una amplia red de practicantes de la disección de cadáveres dispuestos a contemplar el interior del cuerpo humano con fines médicos, quirúrgicos, artísticos, filosóficos y teológicos. No hay duda de que Servet se insertó en esa red en buena posición, cuando fue ayudante aventajado del catedrático de la Sorbona, Johann Winter. Pero eso no debe llevar a descartar otras experiencias disectivas de Servet en otros lugares, ni su conocimiento de algunas observaciones, gracias a la circulación del saber entre los miembros de esa red. De hecho, la práctica de la disección en la primera mitad del siglo XVI se hallaba más extendida de lo que se deduce del relato histórico más tradicional, que habla solo de un puñado de grandes figuras. Otro aspecto que no puede soslayarse es el del nulo eco que la descripción de Servet tuvo entre sus coetáneos, derivado de la funesta suerte que le cupo a la obra en donde fue incluida.

Así pues, el papel de Servet es interesante por lo que tiene de sintomático acerca de dos procesos esenciales para entender la ciencia en el siglo XVI europeo: el primero, cómo se iba construyendo un conocimiento anatómico menos siervo del saber de los clásicos y más atento a la observación directa; el segundo y quizá más importante, cómo circulaba y se enriquecía ese nuevo saber en distintos contextos y con objetivos a veces muy diferentes a los que nuestro cientifismo actual nos lleva a pensar.

José Pardo

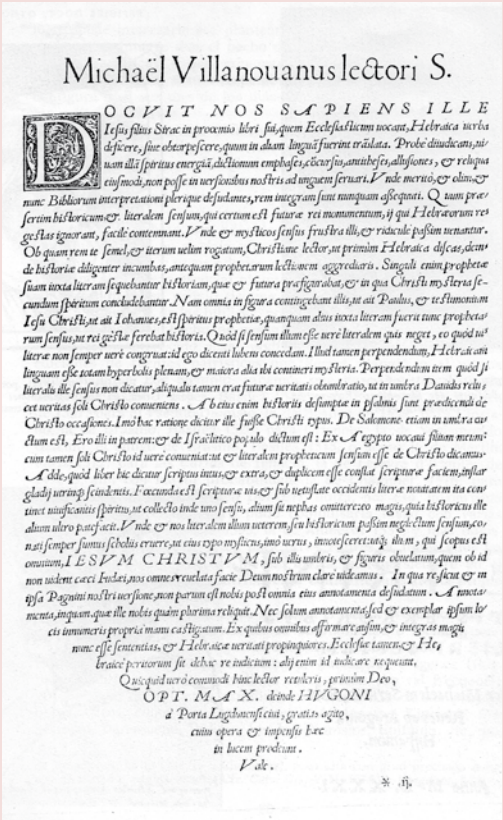
Representación de la Santísima Trinidad en el cuadro *La Gloria* (1551–1554), de Tiziano.
Museo del Prado

los que Calvino responde puntualmente, apoyándose a su vez en las cartas de los papas Sixto, Higinio, Sotero, Eutiquiano y en las cartas de Ignacio de Antioquia; por último, en la tercera parte, es Calvino quien toma la iniciativa citando pormenorizadamente no menos de 50 páginas de la *Restitución* servetiana, a las que se añaden las 20 páginas aproximadamente que Servet cita en defensa propia. Forma parte de las actas del proceso y ha recibido gran atención.

También se conservan dos cartas de Servet, una mandada a Ecolampadio, en 1531, y otra a Abel Pouppin, escrita entre finales de 1546 y comienzos de 1547.

Pero ¿a qué se dedicó Servet cuando de llamarse Miguel Servet, aragonés, se puso la máscara de Miguel de Villanueva, navarro? Pudo cambiar de nombre, pero eso no ocultaba ni su amplia formación ni su capacidad de trabajo. Llamaba la atención. Así que fue contratado por los hermanos Trechsel, Melchor y Gaspar, editores en la francesa Lyon —No hay que olvidar que los impresores eran los informáticos de la época—. Y nada menos que para reeditar en 1535 el 'bestseller' de la época: la *Geografía* de Ptolomeo, un libro que siempre se estaba reeditando y modificando para asegurar su vigencia. A Servet le encargaron revisar la edición que W. Pirckheimer había hecho en 1525.

DOCUMENTOS Y MANUSCRITOS.
La imprenta facilitó el acceso a la Biblia. Servet editó la versión más literal



Michaël Villanouanus lectori S.

DOCVIT NOS SAPIENS ILLE Iesus filius Sirac in prooemio libri sui, quem Ecclesiasticum vocant, Hebraica verba deficere, siue obtorpescere, quum in aliam linguâ fuerint trãslata. Probè diiudicans, nisi ab illâ spiritus energiâ, dictionum emphases, circuitus, antithesis, allusiones, & reliqua eiusmodi, non posse in uersionibus nostris ad unguem seruari. Vnde meritò, & olim, & nunc Bibliorum interpretationi plerique desudantes, rem integram sunt nunquam assequuti. Quum præsertim historicum, & literalem sensum, qui certum est futuræ rei monumentum, ij qui Hebræorum res gestas ignorant, facilè contemnant. Vnde & mysticos sensus frustra illi, & ridiculè passim uenantur. Ob quam rem te semel, & iterum uelim rogatum, Christiane lector, ut primùm Hebraica discas, deinde historiæ diligenter incumbas, antequam prophetarum lectionem aggrediaris. Singuli enim prophetæ suam iuxta literam sequebantur historiam, quæ & futura prefigurabat, & in qua Christi mysteria secundum spiritum concludebantur. Nam omnia in figura contingebant illis, ut ait Paulus, & testimonium Iesu Christi, ut ait Iohannes, est spiritus prophetiæ, quantquam alius iuxta literam fuerit tunc propheta: rum sensus, ut rei gestæ ferebat historia. Quòd si sensum illum esse uerè literalem quis neget, eo quòd literæ non semper uerè congruat: id ego dicenti libenè concedam. Illud tamen perpendendum, Hebraicam linguam esse totam hyperbolis plenam, & maiora alia ibi contineri mysteria. Perpendendum item quòd si literalis ille sensus non dicatur, aliquale tamen erat futuræ veritatis obumbratio, ut in umbra Dauidis reluceret veritas soli Christo conuenientes. Ab eius enim historiis desumptæ in psalmis sunt prædicendi de Christo occasiones. Imò hac ratione dicitur ille fuisse Christi typus. De Salomone etiam in umbra autem est, Ero illi in patrem: & de Israelitico populo dictum est: Ex Aegypto uocaui filium meum: cum tamen soli Christo id uerè conueniat: ut & literalem prophetæ sensum esse de Christo dicamus. Addo, quòd liber hic dicatur scriptus intus, & extra, & duplicem esse conflat scripturæ faciem, instar gladij utrinq; scindentis. Facundae est scripturæ uis, & sub uetustate occidentis literæ nouitatem ita continet uiuificantis spiritus, ut collecto inde uno sensu, alium sit nephas omittere: eo magis, quia historicus ille alium ultro patefacit. Vnde & nos literalem illum ueterem, seu historicum passim negletum sensum, conati semper sumus scholis eruere, ut eius typo mysticus, imò uerus, inuotescereat: ut ita in, qui scopus est omnium, IESVM CHRISTVM, sub illa umbra, & figura obuelatum, quem ob id non uident cæci Iudæi, nos omnes reuelata facie Deum nostrum clarè uideamus. In qua re licet & in ipsa Pagnini nostri uersione, non parum est nobis posita omnia eius annotamenta desiderium. Annotamenta, inquam, quæ ille nobis quàm plurima reliquit. Nec solum annotamenta, sed & exemplar ipsum locis innumeris propria manu castigatum. Ex quibus omnibus afformare ausim, & integras magis nunc esse sententias, & Hebraicæ veritati propinquiores. Ecclesiæ tamen, & Hebraicè peritorum sit debitor re iudicium: alij enim id iudicare nequeant.

Quicquid uerò commodi hinc lector reuoluis, primùm Deo, OPT. MAX. deinde HVGONI à Porta Lugdunensi civi, gratias agito, cuius opera & impensis hæc in lucem prodeunt. Vale.

Utilizar tipos móviles metálicos en la imprenta facilitó enormemente la reproducción de los libros. A partir de entonces todo el que podía leer y quería hacerlo tenía la oportunidad de contar con una nutrida biblioteca. Aparecieron así numerosas ediciones de, por ejemplo, la Biblia. A Servet se le encargó revisar la edición latina de Sanctes Pagnino, y lo hizo de tal modo que el editor, Hugo de la Porta, a modo de promoción, explica ya en el título que está «tan exactamente revisada últimamente según la lengua hebrea, e ilustrada con escolios, que efectivamente puede parecer una nueva edición». En la imagen puede verse el Saluda de Servet —Miguel de Villanueva—, donde destaca que él ha tenido muy en cuenta la versión original en hebreo y que en los escolios se ha esforzado en sacar a la luz el sentido histórico de los textos bíblicos. Además, mitad como muestra de orgullo y mitad para dar confianza al lector, Servet informa de que ha trabajado a partir de las notas que Pagnino mismo le ha dejado, «y no solo notas, sino también su mismo ejemplar enmendado en innumerables lugares por su propia mano». La edición es a dos columnas, los libros están divididos en capítulos, precedidos cada uno de un encabezamiento, en los márgenes se incluyen referencias cruzadas a otros libros, notas explicativas, y divisiones por párrafos de 12 líneas señaladas por letras A, B, C, D... No se incluyen versículos.

D. M. M.

Dado su éxito, Servet actualiza y amplía su trabajo en una nueva edición, que ve la luz seis años más tarde, en 1541. Su entusiasmo le hace escribir: «Este trabajo nuestro contribuirá grandemente a conocer las provincias del orbe y a comparar las presentes con las pasadas, lo que es suave ejercicio y, si no me engaño, a nadie ha de parecerle mal, a no ser que haya algún zoilo de frente quebrada que no pueda medir los sudores ajenos sino con su envidia. Más cualquiera que seas, cándido lector, espero que aceptes y apruebes nuestras vigilias».

En la época de Servet, la Biblia empezó, gracias a la imprenta, a ser más accesible. Los humanistas se esforzaban en comparar las ediciones en latín con los textos originales

Si la *Geografía* era el libro 'práctico' más deseado entonces, ¿qué otro 'bestseller' pudo caer en manos de Servet? Naturalmente: la Biblia. En la época de Servet la Biblia empezó, gracias a la imprenta, a ser más accesible. Los humanistas se esforzaban en comparar las ediciones en latín habituales con los textos originales, escritos en hebreo y en griego, como se sabe. Al hacerlo, encontraron que la traducción latina no coincidía del todo con la original. Se desviaba a veces en cuestiones importantes. Para editar la Biblia no solo había que saber hebreo y griego, sino tener cuidado. A Servet le resultó una tarea apasionante, por eso escribe: «Fecunda es la fuerza de la escritura, bajo la vejez de la letra que mata contiene novedad de espíritu vivificante. Pero ya se sabe

Primeras búsquedas de un mensaje propio

En *Sobre los errores en torno a la Trinidad* (1531) y *Diálogos sobre la Trinidad* (1532) confiesa Servet que la interpretación tradicional de la Trinidad y de la naturaleza de Cristo no le convence. Según él la filosofía griega ha intoxicado el mensaje original, hace que la Trinidad parezca tres dioses —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— y que Cristo parezca dos Cristos —uno divino e inmaterial y otro humano y corporal—. Él se atreve con una interpretación distinta, que no considera nueva sino la original: Dios, que es invisible y ajeno a las categorías y al tiempo humanos —para Él todo es, fue y será simultáneamente—, cuando se manifestó, se dotó de dos formas de visibilidad, la Palabra y el Espíritu; la Palabra se oye y crea el mundo al darle forma, el Espíritu se siente y da vida al mundo; ambos son corporales, no son meras entidades invisibles e inmateriales. En un momento determinado, Dios decide hacerse aún más visible, por lo que se hace hombre de verdad; para ello, la Palabra actúa como semen y el Espíritu vivifica el semen, ambos son el padre humano de Cristo, cuya madre es María. Así, el hijo de María es Hijo de Dios y Dios. Algo difícil de creer, claro, incluso para los que se llaman cristianos —«Hay algunos cuya ceguera es tan profunda que, si Cristo volviera a predicar que es hijo de Dios, volverían a crucificarlo» (Diálogos A2r)—.

Pero creer es ya un signo de haber sido elegido, de ser cristiano de verdad. Más importante que su nacimiento, fue la muerte y resurrección de Jesús. A partir de ese momento, comienza el reino de Cristo. Hay un salto histórico y cósmico. Cristo vuelve al cielo y deja al Espíritu Santo inspirando a los cristianos auténticos. Para estos la fe no es mera palabrería, se convierten de hombres normales en santos, hay una efectiva renovación interior. Atrás quedan los que no creen, entre ellos los judíos. Lleva razón Lutero en que la fe basta para ser salvado, pero excluir las obras de caridad no es evangélico. La fe convierte en cristiano, la caridad cualifica al cristiano: hay cristianos buenos, mejores y menos buenos. La fe es primera en el tiempo, pero la caridad es primera de modo absoluto.

D. M. M.

El *Tratado sobre los jarabes*

En 1537, recién llegado a París, Servet publicó un *Tratado universal de los jarabes*, en latín, la lengua de la medicina universitaria de la época. Poco antes, Servet había puesto su excelente manejo de las obras de Galeno y su ágil prosa latina al servicio de la defensa del médico Sinforiano Champier, su maestro en Lyon. Ambos escritos nos permiten acercarnos a la posición de Servet respecto al gran debate de la medicina renacentista europea en la primera mitad del siglo XVI: el combate filológico por la depuración del saber hipocrático y galénico contra la contaminación que supuestamente había introducido la labor traductora y compiladora de los árabes.

Por un lado, Servet se muestra duro con los errores de los árabes, pero no rechaza lo que considera aportaciones válidas en el terreno de la terapéutica. Por otro lado, trata de adoptar una posición original sobre algunos aspectos de la medicina galénica que estaban siendo objeto de discusión entre los médicos humanistas europeos. La escritura del tratado de los jarabes se entiende en ese contexto del joven lector de Galeno, que intenta adoptar y defender posturas personales para marcar una cierta distancia con respecto a los maestros, pero sin salirse de la más estricta ortodoxia filosófica y médica. Servet no argumenta con observaciones clínicas de su propia experiencia (no la podía tener quien era aún, en ese aspecto, un simple estudiante de medicina), sino en términos filosófico–naturales y filológicos, siempre sobre la base de la interpretación de los textos de Galeno. Así, prácticamente todo lo que aduce y discute es producto de lecturas, ya fueran propias o ajenas.

El tratado no plantea una discusión sobre la eficacia o no de los jarabes en términos 'farmacológicos'. Pese a que la obra incluye casi medio centenar de recetas para elaborar jarabes, nada hay que se salga del marco teórico general que limitaba la terapéutica galénica a una idea sobre el fármaco y su acción en el organismo por entero dependiente de la concepción de la materia impuesta por la filosofía natural de Aristóteles.

La defensa del uso de los jarabes —mezcla de diversos simples medicinales, mayoritariamente de origen vegetal, preparados como bebidas dulces para ser enfermos con problemas para 'digerir' los humores biliosos—, junto con las indicaciones y los procedimientos que se deben seguir para administrarlos, se convierte en un elemento más de una obra que diserta ampliamente acerca de la digestión y la nutrición de las partes, esto es, acerca de las funciones esenciales del cuerpo humano según las concepciones teóricas del galenismo.

Las cinco o seis reediciones del *Tratado Universal de los Jarabes* a lo largo de una década prueban sin duda el acierto de Servet en conectar con un tema polémico sobre un asunto que interesaba a los médicos universitarios , pero también a quienes preparaban esos jarabes y, como es natural, a quienes se los tenían que tomar.

José Pardo

que el que traduce decide. Además la Biblia es un libro nada sencillo, por lo que necesita abundantes notas explicativas». Servet se apoyó en la edición y en las notas de S. Pagnino y, sobre todo, insistió en su carácter literal e histórico. Algo que no gustó mucho. Parte de las notas apoyaron su acusación de hereje por Calvino en Ginebra y fueron tachadas por la Inquisición.

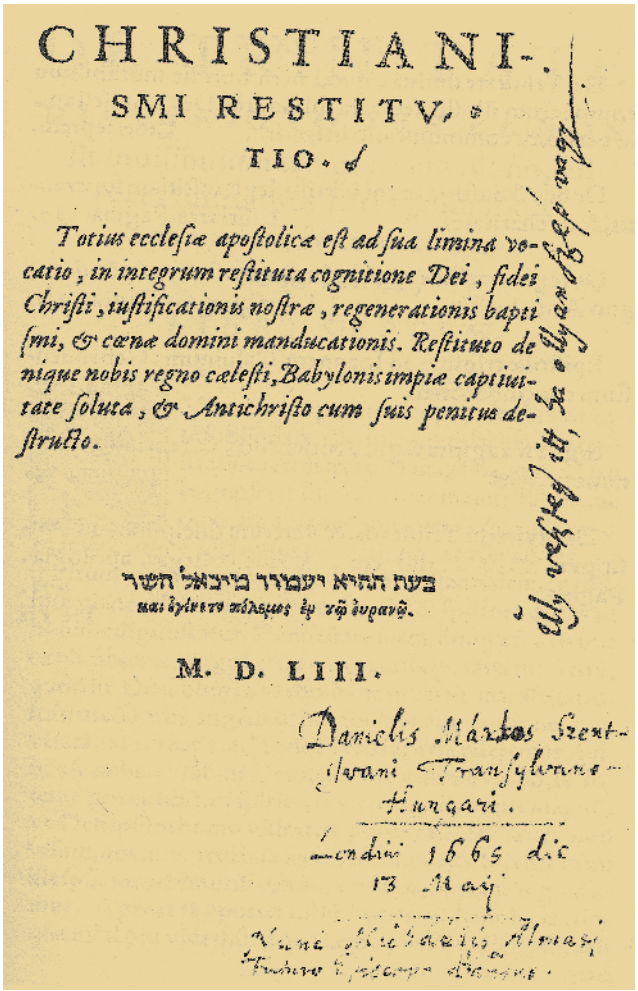
Estas obras de editor son más bien obras de oficio. Su interés actual consiste en al alto valor histórico que poseen, pero ahora disponemos del Google Earth y de ediciones de la Biblia más rigurosas. Con todo, ¿cómo no leer con gozo las descripciones servetianas del carácter de los españoles, franceses, ingleses o alemanes? Uno puede encontrarse, por ejemplo, con una curiosa explicación del nombre de Islas Canarias o con la denuncia de que el Nuevo Mundo no ha de llamarse América. ¿Cómo no sentirse antropólogo aficionado al ser informado de las costumbres de los pueblos no europeos? La

geografía comparada y la antropología tienen ahí sus orígenes. Del mismo modo, las numerosas notas explicativas que añadió a su edición de la Biblia, donde insistía en el carácter literal e histórico de los hechos narrados en el Antiguo Testamento, excitan ahora nuestra curiosidad. En su momento, sirvieron, como es sabido, para añadir más leña a su hoguera.

Pero aún hay más. Al Servet teólogo y al humanista editor, hay que añadir el Servet científico. En Lyon, en 1535, había llamado la atención del erudito e influyente médico S. Champier. Precisamente a defender a Champier dedica Servet su breve opúsculo *Apología contra Leonardo Fuchs*, firmado en París el 12 de noviembre de 1536, pero con indicios de haber sido editado en Lyon.

Aunque su objetivo era defender a Champier de los ataques del médico alemán L. Fuchs en cuestiones como la naturaleza de la escamonea o del morbo gálico, Servet comienza con una breve disquisición, muy a tono con la época, sobre la importancia relativa de la fe y las obras para la justificación. Es decir, el aún impulsivo español no puede evitar que salga a relucir el teólogo que lleva dentro. Y lo curioso es que puede publicar sus ideas presentándose como defensor de la Iglesia católica y acusando a Fuchs de evangelista y hereje, sin salirse en absoluto de las posiciones defendidas en sus primeros libros.

Portada de *Christianismi Restitutio,* obra en la que Servet, entre otros muchos asuntos, describe la circulación menor de la sangre.


CHRISTIANI-
SMI RESTITV-
TIO.

Totius ecclesiæ apostolicæ est ad sua limina vocatio, in integrum restituta cognitione Dei, fidei Christi, iustificationis nostræ, regenerationis baptismi, & cœnæ domini manducationis. Restituto denique nobis regno cælesti, Babylonis impiæ captiuitate soluta, & Antichristo cum suis penitus destructo.

בשת ההיא יעמוד מיכאל השר
καὶ ἐγένετο πόλεμος ἐν τῷ οὐρανῷ.

M. D. LIII.

Danielis Márton Szent-Iványi Transylvano-Hungari.
Londini 1665 die 13 Maij

Mari Kiliaeus Alnasi Fratrum Episcopus Dragus.

Mientras estudia Medicina en París, publica, en 1537, un libro sobre los jarabes, *Tratado universal de los jarabes*, donde, restituyendo aparentemente a Galeno, explica la digestión y el mejor modo de purgar a los pacientes. Resultó todo un éxito editorial porque, en vida de Servet, fue editado hasta seis veces. Muchos han visto en este libro un digno precedente de las teorías actuales sobre la nutrición. El método de Servet era prudente: en esta controvertida cuestión, la utilidad de los jarabes, según mi entender, ni unos ni otros han llegado al meollo del asunto. Yo no me tengo en tan alta estima como para sentarme como árbitro de sus controversias ni para, condenando a unos y a otros, convertirme en enemigo de todos. Pero para no negarle a nadie lo que he aprendido gratis o para no retener por miedo lo que puede ayudar a los mortales, presentaré y ofreceré lo que estimo más verdadero.

Menos éxito tuvo Servet con otra de sus ocupaciones en París: dar charlas públicas sobre la relación entre los astros y los sucesos del mundo, tanto a nivel político como para la salud personal. Un asunto donde aún se presentaban unidas disciplinas como matemáticas, astrología, astronomía, medicina y geografía. Debieron de tener bastante resonancia porque llama-

ron la atención del decano de la Facultad de Medicina, Jean Tagault, un reputado cirujano que acusó a Servet de enseñar astrología judiciaria.

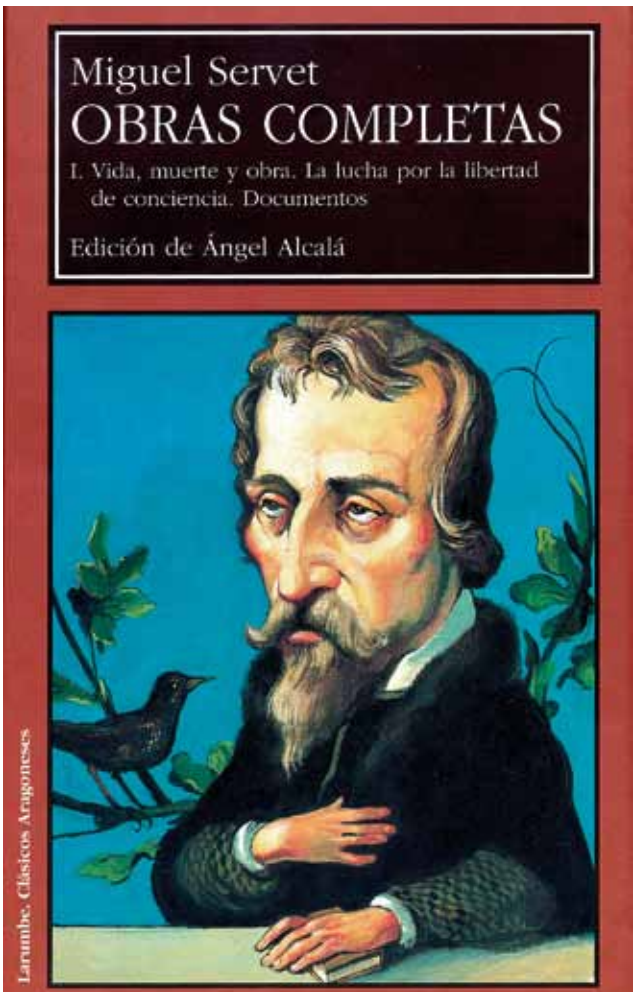
Ante tal intromisión, Servet respondió publicando, en 1538, su *Discurso en pro de la Astrología*, un pequeño tratado de deliciosa lectura que fue prohibido inmediatamente. En él incluye Servet abundante información sobre sí mismo, en especial que no andaba solo sino que contaba con amigos, con quienes hacía observaciones astronómicas y quienes le animaban a dedicarse no solo a la medicina sino, en sentido amplio, a las matemáticas; que, al observar el eclipse de Marte por la Luna predijo para el año 1538 guerras, pestes, devastaciones y sufrimientos para la Iglesia; y que había acertado al anunciar, en cierta ocasión, viento en lugar de la lluvia anunciada por otros y que el invierno de 1538 no sería especialmente frío. Lo más relevante, con todo, es la impresionante erudición que exhibe en su defensa de la astrología.

Dominar las estrellas

El contexto polémico del pequeño tratado viene dado sin duda por el intento de algunos humanistas —Pico della Mirandola entre ellos, al que Servet cita— de separar la naciente ciencia experimental del magma cultural en que venía presentándose. El mismo empeño, por cierto, que separaba al Vesalio dedicado, según su maestro Andernach, «a la medicina pura, sin contaminaciones» del Servet interesado también en la relación de todo con todo. Por eso precisamente Servet es partidario de la astrología, porque apoya el holismo cosmológico implícito en el planteamiento teológico de sus primeras obras, que será explicitado en *Restitución del Cristianismo*.

Lo cual no implica que Servet defienda un determinismo estricto en el que los astros condicionen de forma completa los sucesos terrestres, más bien al contrario: conocer la influencia real de los astros permite al hombre ser más libre y actuar para prevenir o modificar lo que queda predicho. En palabras de Servet: De esta manera, las personas prudentes podrían dominar las estrellas.

El lector actual cuenta con la inmensa fortuna de tener a su disposición la edición bilingüe de las *Obras Completas* de Miguel Servet (2003–2006), en seis volúmenes, a cargo del profesor Ángel Alcalá. Todo un acontecimiento editorial que fue posible por la colaboración de la Universidad de Zaragoza, la Institución Fernando el Católico, el Instituto de Estudios Altoaragoneses y el Gobierno de Aragón.



Portada de las *Obras Completas* de Servet de Ángel Alcalá. Edición de Prensas Universitarias de Zaragoza.

Un defensor a ultranza de la astrología

Actualmente la astrología está catalogada como una pseudociencia, muy distanciada del resto de las ciencias y relegada a un plano esotérico. Por ello, en el contexto actual puede resultar sorprendente leer a Servet, el gran humanista descubridor de la circulación menor de la sangre, como un defensor a ultranza de la astrología. Con su estilo desafiante, y a veces arrogante presente en su folleto *Michaellis Villanovani in quendam medicum Apologetica discepatio pro astrología*, deja en evidencia su talento y profundo conocimiento, así como la ignorancia de sus detractores. Hoy sabemos que la posición que Servet mantuvo en su defensa de la astrología no es sostenible bajo el prisma actual. ¿Cómo pudo Servet hacer una defensa de la astrología con una visión tan alejada de la óptica científica actual? Un breve recorrido por la historia de la astrología y su influencia en la concepción del mundo clásico ayudará a entender mejor la posición de Servet.

El origen de la astrología se remonta al momento en que el hombre desarrolla el concepto del tiempo. El movimiento de los objetos del cielo permitía determinar el mejor momento para cazar, recoger comida y permitía la predicción de los cambios de estación. Más adelante se convirtió en una valiosa herramienta para determinar los momentos propicios para plantar cultivos y recoger cosechas. El avance progresivo permitió hacer predicciones de eventos tales como eclipses. Asimismo, se observó una cierta coincidencia entre la experiencia individual humana y los eventos cósmicos, lo que dio lugar al nacimiento de la astrología tal como la conocemos hoy. Se considera que el arte de la astrología se originó con los Caldeos, en Babilonia, Mesopotamia (actual Irak), alrededor del 4000 AC. Se practicaba en los templos, donde estaba mezclada con elementos religiosos y era una fuente importante tanto para granjeros como para médicos. Alrededor del tercer milenio AC se extendió al Antiguo Egipto y, posteriormente, al mundo antiguo. En Grecia el ámbito de aplicación de la astrología se amplió hasta el punto de llegar a estar en conexión con prácticamente todas las ciencias conocidas. En el siglo V AC filósofos como Pitágoras y Platón la incorporaron a sus estudios sobre religión y astronomía, e Hipócrates, padre de la medicina moderna, enseñaba astrología a sus estudiantes para determinar los días críticos de una enfermedad. El compendio completo de las ciencias naturales fue traducido en el lenguaje de la astrología con el propósito de ver en todos los fenómenos signos indicativos del futuro predecible. También en Roma tuvo una popularidad llegando a ser una parte importante del día a día.

Servet dejó en evidencia a través de alguna obra su talento y profundo conocimiento de la astrología, así como la ignorancia de sus detractores

Claudio Ptolomeo (Egipto, 85 DC—Alejandría, 165 DC) fue el primero en aportar una explicación científica de la influencia estelar con base en la teoría aristotélica. Su obra contribuyó de manera crucial a la formalización de la concepción clásica del mundo, la cual pasó luego a los árabes y llegó prácticamente intacta hasta el Renacimiento. De sus múltiples trabajos, tres tratados científicos tuvieron una gran transcendencia en el desarrollo posterior de la ciencia islámica y europea. Su tratado astronómico conocido como *Almagesto* —El Gran Tratado— presenta la teoría geocéntrica en la que describe un universo basado en el sistema descrito por Aristóteles en donde la Tierra se encontraba fija y rodeada por ocho esferas: las primeras siete con el Sol, la Luna y los cinco planetas conocidos en ese momento y la octava con las estrellas fijas. Calculó la duración del año tropical, la duración de las estaciones, la teoría de los ciclos y movimientos de la Luna. Catalogó 1.022 estrellas con 48 constelaciones cuyas descripciones aun se utilizan hoy. Su tratado conocido como el *Tetrabiblos* —'Cuatro Libros'— intenta adaptar la astrología horoscópica a la filosofía natural aristotélica de su tiempo. Este libro ha sido fuente de referencia a lo largo de los siglos y tenía una gran consideración entre los astrólogos. Se presenta como la segunda parte del estudio de Astronomía, el *Almagesto* es la primera, en lo concerniente a las influencias de los cuerpos celestiales en la esfera sublunar. Ptolomeo presenta una visión bastante práctica de la astrología, la considera conjetural, igual que la medicina, ya que muchos factores distintos han de tenerse en cuenta. Su tratado conocido como la *Geografía* es una extensa discusión del conocimiento geográfico del mundo greco–romano. Realizó mapas del mundo conocido dando coordenadas a los lugares mas importantes con latitud y longitud, los que por supuesto, contenían graves errores; no obstante, las múltiples ediciones, correcciones, añadidos y mejoras a lo largo de los siglos hasta llegar al Renacimiento son la prueba de la relevancia de esta obra. De hecho, los errores de esta obra indujeron a Colón a llegar a las indias por el oeste ya que por esa dirección parecían estar más cerca.

Con la llegada del Cristianismo, la Iglesia desde sus inicios adoptó una actitud de oposición a la astrología. El arte adivinatorio se consideraba inherente al paganismo y estaba prohibido. La adivinación, al situarse por encima de las facultades humanas, solo podía tener lugar mediante el concurso del demonio. Esto supuso un declive progresivo de la astrología hasta el siglo XII, en el que renació a través de las traducciones de los libros árabes, herederos del saber clásico. No obstante, la astrología judiciaria estuvo siempre condenada. La intransigencia llegó a tal punto que el astrólogo Cecco d'Ascoli, profesor de astrología en la Universidad de Bolonia, fue quemado en la hoguera en 1327.

Catalejo en la casa natal de Servet, en Villanueva de Sijena. HERALDO

En la época de Servet, en pleno Renacimiento, la astrología experimentó un notable resurgimiento. El impulso del pensamiento y las ciencias de la antigüedad griega y romana, la concepción del mundo cimentada en la obra de Ptolomeo sitúan a la astrología como una rama muy importante e imprescindible en el estudio de las ciencias. Tanto en Italia como en Alemania se estudiaba en las cátedras universitarias la astrología junto con la astronomía. La astrología gozaba del apoyo de los papas de la época tales como Sixto IV, Julio II, León X, Pablo III e incluso Urbano VIII, que a pesar de una bula contra ciertos aspectos de la astrología, hizo uso de la misma para sus intrigas personales. La moda de emplear astrólogos como consejeros fue también seguida por las principales cortes europeas. Un médico francés, Nostradamus, se convirtió en el profeta de su época, tras de predecir la muerte de Enrique II, en un torneo, cuatro años antes de que sucediera. La viuda del rey, Catalina de Medicis, le tomó bajo su protección.

Si bien a partir del Renacimiento los descubrimientos realizados por astrónomos como Nicolás Copérnico, Tycho Brahe, Kepler y Galileo Galilei contribuyeron a que el pensamiento científico experimentara un cambio fundamental, las relaciones de numerosos filósofos, astrónomos y matemáticos con la astrología siguieron existiendo.

En 1543, cinco años después del proceso de Servet sobre la astrología, Nicolás Copérnico, astrónomo polaco, publica un libro en el que razona que el Sol, y no la Tierra, está situado en el centro del sistema solar —teoría Heliocéntrica—. Copérnico, consciente de los peligros que entrañaba la ira de la Iglesia, ya que no situaba a la creación de Dios en el centro del Universo, no publicó su libro hasta estar en el lecho de muerte. Tanto Copérnico, Tycho Brahe, Kepler y Galileo a pesar de su contribución científica en la construcción de una nueva concepción del mundo practicaron activamente la astrología. La Iglesia, mientras toleraba la astrología, se sintió amenazada por los astrónomos.

A finales del siglo XVII, tras trescientos años de polémicas, prevalece el rigor científico y racional en todo el ámbito de la cultura occidental, excluyendo el saber antiguo —acientífico— y por ende, la astrología. En 1665, Colbert, fundador de la Academia de Ciencias de Francia, prohibió la enseñanza y práctica de la astrología a los astrónomos.

Durante los siglos posteriores la concepción del mundo ha evolucionado de manera significativa. Hoy sabemos que ni el Sol ni la Tierra ocupan el centro del Universo. Pertenecen a nuestra Vía Láctea, gigantesco sistema estelar de más de cien mil millones de estrellas. Según la teoría del Big Bang, ni siquiera se puede hablar de un centro del Universo. Mientras tanto, la astrología, marginada de los avances científicos, ha permanecido invariable, acorde a la concepción geocentrista del mundo antiguo con una supuesta posición privilegiada del hombre en el cosmos.

Tras este periplo por la historia, podemos entender y valorar mejor la posición de Servet frente a la astrología. La seriedad y el rigor científico de nuestro sabio aragonés no deben quedar menoscabados por su visión y su defensa de la astrología. Es más, el talento, el conocimiento y la integridad exhibidos, una vez más, sitúan a Servet a la altura de las mejores mentes del momento.

Juan Naya
Servetus International Society, Chairman, doctor en Astrofísica y Director General ISDIN

Medicina galénica

José Luis Nieto

Profesor de la Universidad de Zaragoza y consejero numerario Instituto Estudios Sijenenses

Cuando Servet describe la circulación pulmonar de la sangre, la medicina de la época se debate entre la continuación de la medicina galénica y las primeras rectificaciones renacentistas. Para un hombre renacentista como Servet, el cuerpo humano, a semejanza del cosmos, estaba formado por una combinación variable de los cuatro elementos clásicos —aire, agua, fuego, tierra— cada uno de los cuales estaba imbuido por una mezcla de cualidades específicas —sequedad, humedad, calor y frío—. Unos criterios fisiológicos que sostenían la necesidad de conservar el equilibrio necesario entre los elementos opuestos para mantener tanto la armonía del cosmos como la salud en el microcosmos del cuerpo humano y cuya alteración, por exceso o defecto, ocasionará la enfermedad. Por eso, hasta bien establecida la medicina renacentista la terapia hipocrática se concentraba al restaurar este equilibrio.

Asimismo, esta fisiología enseña que las partes corporales no pueden ejercer sus actividades específicas si no son animadas por un pneuma o espíritu exterior, vinculado a tres modalidades distintas: el 'espíritu animal', generado en el cerebro, raíz del pensamiento y la memoria; el 'espíritu natural', derivado del hígado, lugar de la generación sanguínea, y el 'espíritu vital', que según el criterio de Galeno se extraería del aire o alma universal antes de penetrar al organismo por las vías respiratorias. Unas ideas sobre la naturaleza humana (physis) a las que la novedad renacentista añadirá la metódica exploración visual del cadáver humano.

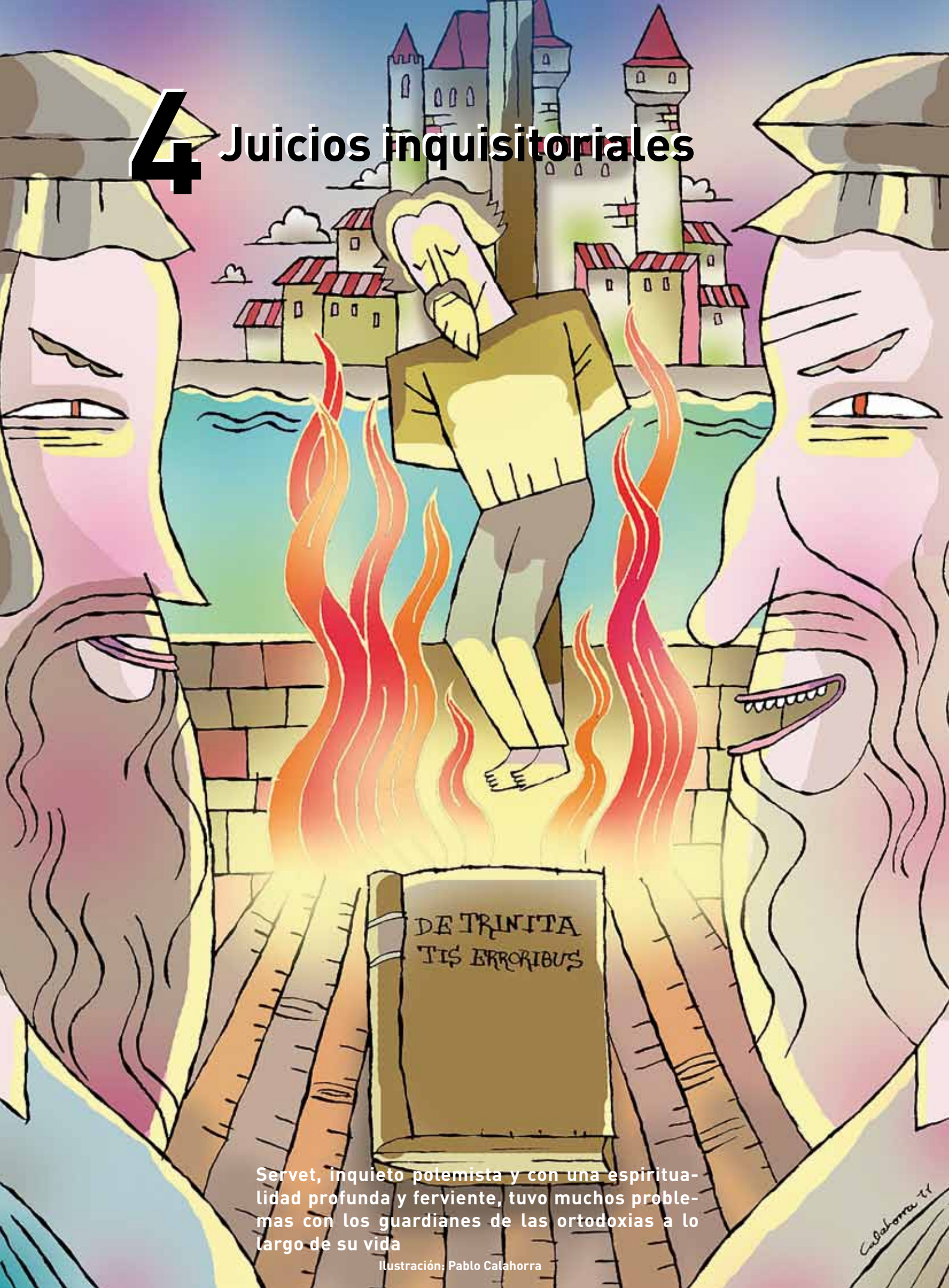
Además esta fisiología proclama que la hegemonía de las funciones del cuerpo descansan en el hígado, el cerebro y el corazón, un determinismo que alcanzará su máxima difusión en la descripción del curso de la sangre.

Para Galeno no existe circulación sanguínea, solo un curso centrífugo de la sangre, con un proceso de reposición en el hígado y otro de extinción en las partes periféricas, sin regresar al punto de partida. Este curso sanguíneo se iniciaba en el hígado, la víscera más importante de la anatomía galénica, que tendría una función hematopoyética o generadora de sangre, derivada de la trasformación de los alimentos ingeridos, que llegarían hasta esta víscera a través del sistema de los vasos de la porta. Esta sangre, de naturaleza venosa y a la que se le habría incorporado en el hígado el llamado espíritu natural, sería enviada en parte a la periferia del cuerpo y también al ventrículo derecho del corazón, desde donde pasaría al ventrículo izquierdo atravesando el tabique interventricular por unos imaginarios poros, inventados por Galeno para justificar el recorrido. Solo una pequeña cantidad de esta sangre, con función nutritiva, alcanzaría el pulmón a través de la vena arteriosa o arteria pulmonar. Al ventrículo izquierdo, también llegaría el pneuma o espíritu vital, extraído del aire o alma universal y que llegaría hasta los pulmones a través de la traquea y luego por las arterias venosas o venas pulmonares hasta la cavidad ventricular izquierda. En este ventrículo, la unión entre el pneuma, y el calor innato, una fuerza primitiva radicada en el corazón y que resulta del contacto de la sangre con el pneuma, purifica y hace más sutil a la sangre llegada a través del tabique cardiaco desde el corazón derecho y que conducida por la aorta o arteria magna sería distribuida desde esta cavidad a todo el organismo.

Para Galeno, este espíritu vital que impregna la sangre arteriosa solo se terminará de elaborar cuando, en su recorrido corporal, la sangre llegue hasta el cerebro, donde acabará trasformado en espíritu animal. Un proceso que entraña una hipotética intervención de los plexos coroideos, unos vasos sanguíneos situados en el interior de los ventrículos cerebrales y de la llamada *rete mirabile* , una red arterial muy fina presente en el cerebro de bóvidos y cerdos, pero ausente en los hombres, desde donde el recién elaborado espíritu animal, alcanzará los diferentes órganos desplazándose por el interior de los nervios, para inducir en estos la facultades sensitiva y del movimiento.

Los médicos del Renacimiento, empezaron a depurar estas doctrinas galénicas. Servet describe, por primera vez en occidente, que para que la sangre que llega a la cavidad derecha del corazón pase hasta la izquierda, lo hace a través de los pulmones, negando por tanto los poros del tabique interventricular. Vesalio, el gran anatómico bruselense, corrige la falsa lobulación del hígado, demuestra la inexistencia de la *rete mirabile* y las inexactitudes de la musculatura de la mano, errores todos ellos de la disecciones en monos practicadas por Galeno. Pero a pesar de esta ruptura con la antigua anatomía medieval, la medicina renacentista no encuentra impedimento en seguir sustentando las funciones corporales en la vieja fisiología galénica, tanto que cuando Servet apuesta por una nueva fisiología de la sangre lo hace desde los mismos postulados de la medicina galénica. Y parecido sucede con los conceptos clínicos y terapéuticos de la época. En este contexto hay que entender la descripción de Servet, por primera vez en occidente, de la circulación menor de la sangre. Una fisiología del aparato circulatorio que solo quedará renovada por completo casi cien años después, con el descubrimiento de Harvey de la llamada circulación mayor de la sangre y con la descripción por Malpighi de los capilares sanguíneos, dos hechos esenciales de la moderna medicina científica.

4 Juicios inquisitoriales



Servet, inquieto polemista y con una espiritualidad profunda y ferviente, tuvo muchos problemas con los guardianes de las ortodoxias a lo largo de su vida

Ilustración: Pablo Calahorra

Perseguido por católicos y luteranos

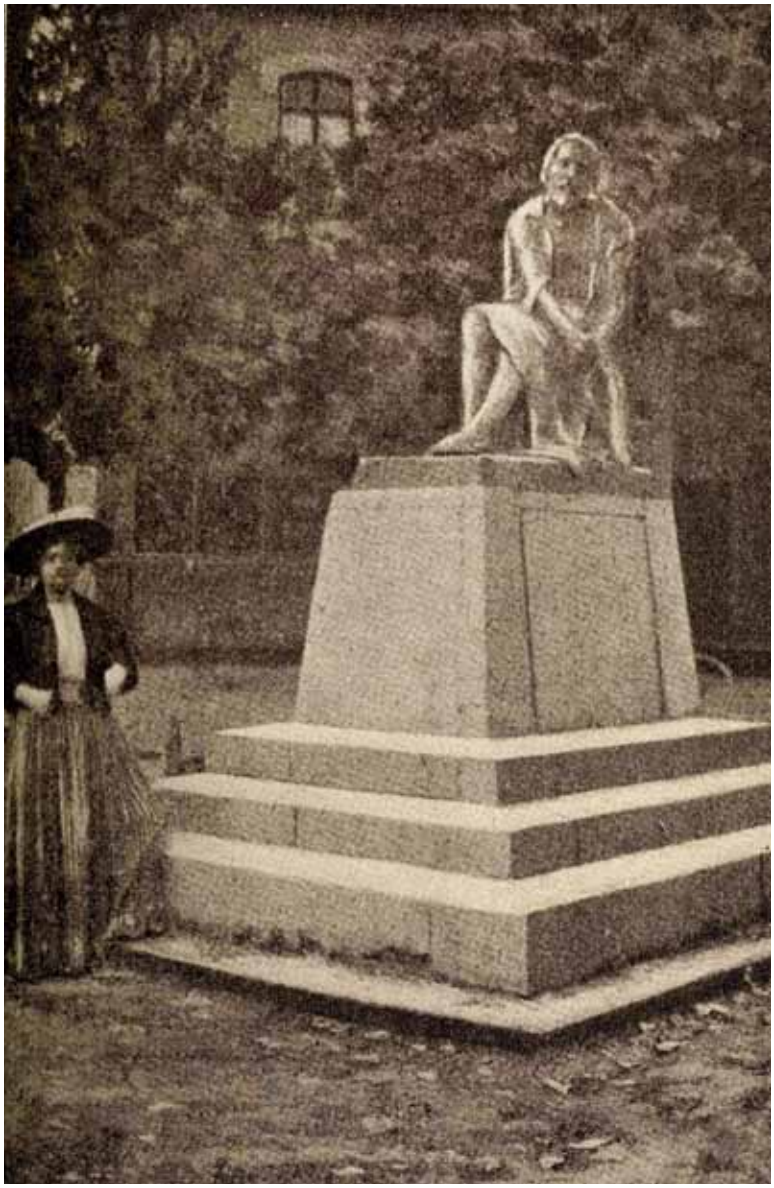
Doris Moreno
Profesora de la Universsidad Autónoma de Barcelona

El proceso contra Miguel Servet abierto por el consistorio de Ginebra en 1553 ha hecho correr ríos de tinta. Servet, personaje incómodo por su difícil clasificación ha sido en cierta forma invitado de piedra en unos debates que se centraron mucho más en la responsabilidad criminal (o no) de Juan Calvino, líder de la Reforma, o en la gravedad (o no) de las actuaciones de la Inquisición francesa. Servet, como raro y curioso ha sido incluso 'culpabilizado' de su propio final con argumentaciones antropológicas como base: si la tozudería aragonesa que le caracterizaba no le hubiese llevado a Ginebra, haciendo oídos sordos a los muy evidentes signos de peligro, no hubiera muerto en la hoguera. Él se lo buscó, es la conclusión implícita de ese razonamiento. Desde otros puntos de vista, y en un intento por homologar la violencia de las inquisiciones se ha afirmado que si Servet no hubiera escapado de Francia, la inquisición francesa lo hubiera procesado y quemado antes que los ginebrinos. Como si afirmar la crueldad de todas las inquisiciones rebajara la responsabilidad del conjunto. Mal de muchos… Naturalmente, los posicionamientos ideológicos están en el sustrato de estas argumentaciones clásicas que afortunadamente hoy han sido superadas por estudios recientes. Historia ficción, podemos añadir, puesto que nunca sabremos qué habría pasado si las decisiones hubieran sido otras. Ejercicio inútil porque lo cierto es que Miguel Servet murió en la hoguera el 27 de octubre de 1553 acusado de herejía por el consistorio de Ginebra, apoyado por Juan Calvino, líder religioso de la ciudad independiente. Estos son los hechos que pueden y deben interpretarse.

Servet, inquieto polemista, creyente apasionado y beligerante, dispuesto a empujar con todas sus fuerzas la restauración —la restitución— del Cristianismo original, con una espiritualidad profunda y ferviente de perfume alumbrado, erasmista, anabaptista… sin ser posible su identificación plena con ninguna de estas corrientes… tuvo muchos problemas con los guardianes de las ortodoxias a lo largo de su vida.

Servet y la Inquisición española (1532)

En el verano de 1531, en Haguenau (Alemania), Miguel Servet publicó su primer trabajo sobre el dogma de la Trinidad, su *De Trinitatis Erroribus —Sobre los errores de la Trinidad—*. El aragonés, de apenas 20 años, estaba convencido de que sus estudios sobre la Trinidad estaban mucho más ajustados a la verdad bíblica que lo que la Iglesia venía creyendo tradicionalmente sobre este dogma desde el Concilio



La escultora suiza Clotilde Roch y su monumento a Servet (1908) en Annemasse (Francia), el pueblo francés más cercano a Ginebra. En octubre de 2011, la ciudad suiza inauguró una copia exacta de dicha escultura como homenaje al V centenario del nacimiento de Servet, más de un siglo después de que las autoridades ginebrinas se negaran a aceptar y colocar la estatua original de Roch. También es copia de esta la que se erige actualmente delante del hospital Miguel Servet de Zaragoza. De la obra de Pompeu Gener.

de Nicea en el siglo IV. Y creía que podía convencer a las nuevas élites protestantes.

La publicación de este tratado tuvo un amplio eco europeo pero no del signo que Servet esperaba. Fue rechazado por reformadores de primera línea en Alemania y Suiza, el primero Ecolampadio, en cuya casa en Basilea, acogido a su mesa y en su biblioteca, Servet había elaborado el texto; pero también Lutero, Melanchton, Bullinger o Martin Bucer quien afirmó públicamente que Servet merecía la muerte por tal libro. Erasmo de Rotterdam, el humanista flamenco, no se quedó atrás en sus críticas. En Toulouse, en cuya universidad Servet había iniciado estudios en 1528, en junio de 1532 se emitía un edicto de busca y captura contra cuarenta fugitivos, con Servet a la cabeza. En Roma, el Papa Clemente VII, informado, expresaba su horror ante el hecho de que hubiese un hereje español de este nivel,

al mismo tiempo que proponía instar a la Inquisición española para que persiguiese al autor.

La petición del Papa y de algunos españoles importantes en la corte del Emperador surtió efecto y la Inquisición española inició diligencias contra Miguel Servet. En mayo de 1532 el Consejo de la Suprema Inquisición envió unas instrucciones al tribunal de Zaragoza en las que incluía una relación de preguntas para investigar la identidad de Miguel Servet alias Revés, además de ordenar la publicación de un edicto contra Servet que debía hacerse público en la Seo de Zaragoza y en su lugar de origen. En la misma carta, sin embargo, los consejeros de la Suprema Inquisición se autocorregían y matizaban las órdenes dadas un párrafo más arriba. Pensándolo con más calma, decían, y estando en juego algo tan esencial como la reputación católica española en Europa, lo mejor sería intentar primero la vía de la persuasión. Se intentaría localizar a Servet y atraerlo a España «con partidos o otras ofertas», aquí sería tratado supuestamente con benevolencia y, sobre todo, discreción. Si esta vía se agotaba sin resultados positivos se debía recurrir a procedimientos más contundentes. Los inquisidores de Zaragoza, en cualquier caso, debían informarse sobre el personaje y su entorno familiar a la callada. Si consideraban necesaria la publicación del edicto debía hacerse discretamente, sin solemnidades, «leído más que publicado», «con disimulación», «y si se afixase —en la puerta de la iglesia— sea a hora que no lo puedan leer y quítese presto antes que nadie lo lea», que no pareciese que la Inquisición andaba tras él. El objetivo de toda esta estrategia de discreción era la ejemplaridad para otros: «que él sea reducido a la iglesia como en la verdad se desea hacer porque otros de nuestra nación que allá están se puedan reducir a la fe viendo el buen tratamiento que a este se hiciere». Una copia de esta carta se envió al arzobispo de Zaragoza, don Fadrique de Portugal, y a los jurados de la ciudad. La reputación internacional de la Monarquía estaba en juego, todas las jurisdicciones, religiosas y seculares, debían implicarse.

Martin Lutero, en cuyas enseñanzas se basó la Reforma Protestante.

El aragonés, ya a los 20 años, estaba convencido de que sus estudios sobre la Trinidad eran mucho más ajustados a la verdad que lo que la iglesia creía desde el siglo IV

Los inquisidores del tribunal de Zaragoza enviaron a Juan Servet en busca de su hermano mayor Miguel para intentar convencerlo de su vuelta a España. Entretanto, los consejeros de la Suprema pedían una

PER MICHAELEM SERVETO,
aliás Reues, ab Aragonia
Hispanum.

Carta de presentación de Miguel Servet en su obra *Diálogos sobre la Trinidad* (1530).

mayor vigilancia entre los libreros de Zaragoza para que no se vendiesen los libros de Lutero, Ecolampadio, del 'Maestro Revés' y otros. Juan Servet no encontró a su hermano o, por lo menos, eso es lo que afirmó a la vuelta de su viaje. Seis años después, en 1538, el Tribunal del Santo Oficio volvía a instar a los inquisidores del tribunal de Zaragoza a la tarea de localizar a Servet e informarse de en qué se ocupaba, quién le apoyaba y si se esperaba su vuelta. No tenemos más rastro de Servet en los archivos inquisitoriales españoles.

En Roma, en Alemania, en Suiza, en Francia, para católicos y protestantes, Servet se había convertido en hereje. Reforzó esta opinión la publicación en el otoño de 1532 de su segundo tratado bajo el título *Dialogorum de Trinitate —Diálogos sobre la Trinidad—* en el que intentó precisar, aclarar y matizar algunas de sus argumentaciones iniciales, aunque manteniendo incólume sus argumentos contra el dogma de la Trinidad.

Tras la publicación de los *Diálogos sobre la Trinidad*, se confiscaron sus libros y se le prohibió visitar varias ciudades protestantes. Servet fue acosado y perseguido

El resultado inmediato de esa publicación fue la confiscación de sus libros y la prohibición de visitar varias ciudades protestantes. Acosado y perseguido, Miguel Servet se interrogó: ¿qué hacer? ¿a dónde huir? Sin duda su amor al estudio pesó en la decisión que tomó: a finales de 1532, Servet se refugió en París donde se confundió con el paisaje estudiantil de la Sorbona, ahora bajo una nueva identidad, como Michel de Villeneuve. En estos meses coincidió y trató a un estudiante francés llamado Juan Calvino.

Servet y el Parlamento de París

Después de una estancia de dos años en Lyon Servet volvió a París, a principios de 1537, para estudiar medicina. Para complementar sus recursos económicos, Servet dio clases públicas de geografía y astrología realizando predicciones personales a partir de las fechas de nacimiento. La afición al estudio de las constelaciones y su trayectoria astral y su correlación con la conducta humana era conocida como astrología judiciaria y adivinatoria y su abuso estaba penado hasta con

La persecución de los herejes en Francia y Ginebra

En Francia, desde el siglo XIII, la Inquisición eclesiástica papal se había combinado con la justicia real para asegurar y sostener la ortodoxia. Esta Inquisición estaba en franca decadencia hacia 1500, a juzgar por las dificultades posteriores para reactivarla en la persecución de los valdenses de los Alpes. En este caso, fueron jueces y clérigos locales los que actuaron, con las reticencias de los Parlamentos provinciales. Tras algunas vacilaciones iniciales, el rey Francisco I (1494–1547) rescató la figura del Inquisidor General de Francia, nombrando para el puesto al teólogo dominico Matthieu Ory en 1536, y promulgó el edicto de Fontainebleau (1540) por el que el delito de herejía, el crimen de «lesa majestad divina y humana» se puso bajo la competencia de la jurisdicción real. Pronto se creará una cámara especial del Parlamento de París para juzgar este delito.

Los edictos de Chateaubriand, de 1551, y de Compiègne (1557) reforzaron esta legislación, agravando las penas, organizando la vigilancia de las imprentas, prohibiendo la emigración y decretando la confiscación de los bienes de los herejes. Se ordenaba, además, la colaboración de todas las jurisdicciones: la real, la episcopal y la inquisitorial para luchar contra la herejía. La sanción habitual en estos casos era la pena de muerte y el modo de ejecución, la hoguera. El mismo año de la ejecución de Servet, 1553, el tribunal arzobispal de Lyon condenó a doce reformados como «heréticos cismáticos, perniciosos y pertinaces», remitiéndolos al brazo secular para ser quemados.

Al respecto, resulta interesante subrayar que en el proceso a Servet en Viena actuaron las tres jurisdicciones simultáneamente: las actuaciones se abrieron simultáneamente por la jurisdicción episcopal y la inquisitorial y se vio implicada la jurisdicción real por la publicación de su *Restitución del Cristianismo* en una imprenta clandestina, delito perseguido. El proceso tuvo carácter inquisitorial. Y las sentencias fueron diacrónicas: la figura de Servet fue quemada en la hoguera por la sentencia civil. La sentencia eclesiástica no llegó hasta diciembre de 1553. Y ya no había nada más que quemar.

En Ginebra, los crímenes de herejía y blasfemia entraban en la competencia de la jurisdicción laica, o lo que es lo mismo, el consejo político de la ciudad. En la acusación e investigación participaban también los pastores de la ciudad. La sanción por los crímenes más graves era la pena de muerte por fuego.

D. M.

la hoguera. Servet pronosticó según las conjunciones astrales desgracias varias y, de forma muy específica, un eclipse de Marte para el 13 de febrero de 1538 que provocaría guerras y pestes. Pretendió publicar estas predicciones entregando un breve texto a las prensas parisinas en el que, además, criticaba a varios médicos y calificaba de ignorante al colegio facultativo de París. El texto no llegó a ser distribuido porque su autor fue denunciado ante el decano de Medicina quien suprimió las clases de Servet y bloqueó la distribución. Llamado al orden por las autoridades de la Facultad su actitud insolente y altanera determinó que fuese denunciado ante el Parlamento de París en marzo de 1538. No tenemos la sentencia en esta segunda instancia pero, como mínimo, debió ser la misma que había emitido la comisión de la facultad: «prohibición de ejercer en París la astrología y de atacar a los médicos de París por palabra o por escrito, so pena de multa arbitraria y de cárcel», además de la confiscación de todos los ejemplares de su texto.

La sentencia no debió ser mayor porque Servet contaba con una poderosa cobertura: el apoyo de Jean Thibault, astrónomo de Francisco I. Como se ve, detrás del conflicto había no solo aspectos religiosos o científicos sino también importantes intereses gremiales. El aragonés decidió dejar París y encaminarse hacia territorios aparen-

temente más seguros. Se cree que terminó sus estudios de medicina en Montpellier en 1538.

Servet y la Inquisición francesa

Desde 1538 y hasta 1553 Servet vivió bajo el nombre de Michel de Villeneuve. Estuvo primero en Lyon y después en Viena del Delfinado, bajo la protección del arzobispo Pedro Palmier, de quien era médico personal. Cultivando su perfil público más científico, actuando como ciudadano ejemplar, ganando fama de hombre erudito y cultivado, actuando como católico fiel en sus prácticas religiosas, construyendo un rostro público intachable, Servet simulaba una identidad y disimulaba otra. Sus intereses teológicos lejos de disminuir aumentaban. Seguía leyendo con avaricia. Y seguía escribiendo. Y, desde luego, aunque quizá más controlado por las circunstancias, mantenía intacto el gusto por la pugna dialéctica.

Quizá en esa beligerancia intelectual radica la clave de unos hechos

Inquisición española

La Inquisición española nació en 1478 con el objetivo de perseguir la herejía de los judíos convertidos al Cristianismo que secretamente seguían practicando su antigua fe. Con el tiempo, su ámbito de actuación se fue extendiendo, aplicando con generosidad el viejo concepto medieval según el cual herejía era una comprensión o interpretación del Evangelio no conforme con las defendidas tradicionalmente por la Iglesia católica. Así, la Inquisición pasó a ocuparse de moriscos, erasmistas, alumbrados protestantes, brujos, sodomitas, blasfemos, bígamos, visionarios, afrancesados ilustrados... con diversa intensidad a lo largo del tiempo, hasta su desaparición total en 1833. Una valoración aproximada sobre el número de víctimas de la Inquisición española ha llevado a hablar de unos 150.000 procesados a lo largo de sus tres siglos de vida institucional.

Creado a petición de los Reyes Católicos por el Papa Sixto IV, el Tribunal del Santo Oficio nació estrechamente vinculado a la Monarquía española con una estructura burocrática de poder contrapesada (Inquisidor General–Consejo de la Suprema Inquisición) que se ajustaba a esa doble naturaleza, eclesiástica y política. Por ello, la Inquisición española estuvo en numerosas ocasiones al servicio del poder político establecido. Favoreció esta instrumentalización la concepción de la época según la cual el delito de herejía no solo era religioso sino también político y social pues contribuía a la rebelión de los pueblos.

La Inquisición española se estructuró por medio de tribunales locales, de distrito, que cubrieron todo el Imperio. El proceso penal inquisitorial era especialmente temido: por el secreto procesal (no se le decía quién le acusaba ni en qué circunstancias), la asistencia de un abogado de oficio del propio tribunal, la confiscación de bienes y la inhabilitación y permanencia pública de la condena a través de los sambenitos expuestos en las iglesias por generaciones.

El Tribunal de la Inquisición en la vista de la causa del P. Froilán Díaz. *Universidad de Sevilla*

D. M.

que resultaron significativos en su proceso ginebrino. En 1546 entró de nuevo en contacto con Juan Calvino, pastor de Ginebra, por medio de un conocido común. Servet envió a Calvino un borrador manuscrito de su *Restitución del Cristianismo* y abrió la ocasión para un diálogo epistolar que pronto se volvió agrio, intenso e incluso violento. Calvino se propuso «convertir» a un Servet que cada vez le parecía más herético en sus afirmaciones. Le envió un ejemplar de su *Institución de la Religión Cristiana* que Servet le devolvió lleno de comentarios e insultos. La correspondencia se interrumpió, pero no los odios que se habían suscitado. Calvino le escribió al reformador Guillermo Farel su deseo de no encontrarse con Servet porque «si mi autoridad sirve de algo, no le permitiré escapar con vida».

En enero de 1553 Servet publicó su *Restitución del Cristianismo* en Viena, con la firma M.S.V y en apéndice las treinta cartas que había escrito a Juan Calvino. El detalle es importante porque cuando Calvino recibió el libro supo de inmediato que Michel de Villeneuve era su antiguo conocido de París, Miguel Servet. Servet imprimió el libro a escondidas. Estaba convencido de sus argumentos, insistía de nuevo en su crítica al dogma de la Trinidad; creía poder convencer a aquella élite de eruditos protestantes; imbuido de un cierto sentido profético de sí mismo, se sentía con fuerzas para, como el arcángel San Miguel, pisar la cabeza de Satanás, vencer la tradición y restituir el Cristianismo a su estado original. Se imprimieron entre 800 y 1.000 ejemplares y se distribuyeron en tres envíos: a Frankfurt y Lyon, centros editores y distribuidores de primera magnitud, y a Ginebra, a la casa del impresor Robert Estienne.

Gracias a la complicidad de algunos de sus amigos en Viena, Servet pudo escapar de la cárcel a principios de mayo de 1553. Con todo, el proceso siguió su curso

Poco después se inició un proceso sorprendente, la colaboración de la Inquisición católica y el tribunal protestante de Ginebra que extendieron al mismo tiempo sus brazos para hacerse con el hereje Servet. Las relaciones entre la Viena francesa y Ginebra eran históricamente estrechas. El obispado de Ginebra, hasta el paso de la ciudad al protestantismo, había sido sufragáneo del arzobispado de Viena. Las relaciones familiares y de amistad entre los habitantes de las dos regiones no se habían roto a pesar de la frontera que la fractura religiosa entre católicos y protestantes había establecido. Preocupaba y se debatía por aquellos días en uno y otro lado, cuál de los dos confesiones velaba más por la autenticidad del Cristianismo. Y en este contexto Servet apareció como víctima propicia para unos y otros.

En marzo de 1553 y a instancias de Calvino, Servet fue denunciado ante Monseñor de Tournon, cardenal arzobispo de Lyon, y ante Mateo Ory, el gran inquisidor de Francia. Las autoridades francesas se pusieron en guardia, Servet fue apresado y se le abrió un proceso múltiple: secular —por la impresión del libro—, diocesano e inquisitorial. De las actas resalta el patetismo de las respuestas del procesado en las audiencias, su esfuerzo titánico por negar a Servet y reivindicar a Villeneuve.

A Michel de Villeneuve, como era conocido por sus jueces, se le presentaron las cartas que había escrito a Calvino y firmado como Servet. El procesado reconoció la autoría de las cartas, pero reafirmó su identidad como Villeneuve: había leído los tratados de Servet y estaba de acuerdo con sus

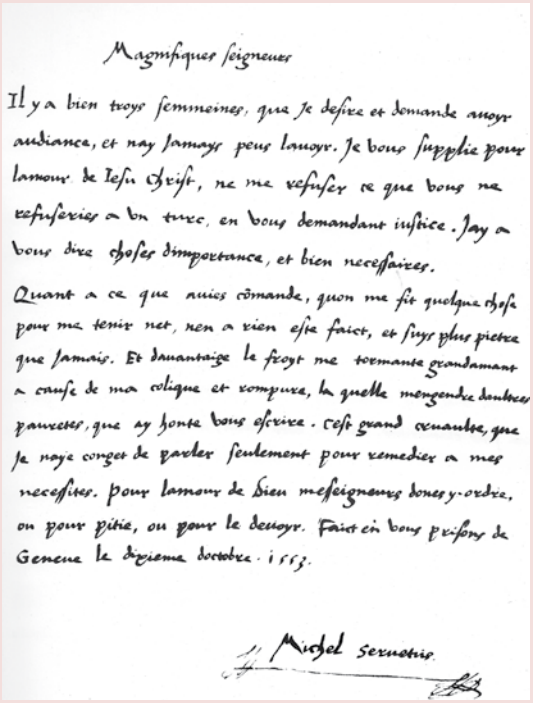
ideas sobre la Trinidad; cuando Calvino lo confundió con Servet, a pesar de desmentirlo, decidió asumir la máscara del aragonés. Un patético juego de identidades entre sus dos identidades, Servet y Villeneuve, consciente de que estaba en juego su vida.

Afortunadamente, y gracias a la complicidad de algunos de sus amigos en Viena, Servet pudo escapar de la cárcel a principios de mayo de 1553. Con todo, el proceso siguió su curso y el 17 de junio de 1553 se concluyó. El cumplimiento de la sentencia se realizó ese mismo día, «alrededor de la hora del mediodía… [la estatua de Servet] fue puesta sobre una carreta con cinco fardos de los libros compuestos por Villeneuve. Y, cargada la carreta con la efigie y los libros, fue llevada por el verdugo desde la puerta del palacio… a la plaza llamada de Chernève, donde la efigie fue atada a un poste expresamente erigido y después quemada con los dichos libros a fuego lento». Curiosamente, esta fue la sentencia del tribunal secular, mientras que la sentencia eclesiástica no se emitió hasta diciembre de 1553. En ella se concluía, a partir del estudio de sus obras, que Servet era indudablemente un hereje. Solo que las cenizas de Servet ya hacía dos meses que se habían enfriado en Ginebra.

Servet y el proceso de Ginebra

Tras su huida de la cárcel de Viena, Servet estuvo escondido durante tres meses. Después decidió dirigirse hacia Nápoles donde pensaba

DOCUMENTOS Y MANUSCRITOS .
Carta autógrafa de Servet en francés pidiendo clemencia


Magnifiques seigneurs

Il y a bien troys semmeines, que je desire et demande auoyr audiance, et nay jamays peus lauoyr. Je vous supplie pour lamour de Iesu christ, ne me refuser ce que vous ne refuseries a vn turc, en vous demandant iustice. Jay a vous dire choses dimportance, et bien necessaires.

Quant a ce que auies cõmande, quon me fit quelque chose pour me tenir net, nen a rien esté faict, et suys plus pietre que jamais. Et dauantaige le froyt me tormente grandamant a cause de ma colique et rompure, la quelle mengendre doulures pauretes, que ay honte vous escrire. cest grand cruautee, que je noye congeé de parler seulement pour remedier a mes necessites. pour lamour de Dieu meseigneurs dones y ordre, ou pour pitie, ou pour le deuoyr. Faict en vous prisons de Geneue le dyzieme docobre. 1553.

Michel Seruetus

Tras dos meses en las cárceles de Ginebra, sometido a interrogatorios y a un duro enfrentamiento teológico con Calvino, Servet escribe el 10 de octubre de 1553 esta petición. El texto completo es:

«Magníficos señores:
Hace ya tres semanas que deseo y pido audiencia y nunca he podido obtenerla. Os suplico por el amor de Jesús Cristo que no me neguéis lo que no negaríais a un turco que os pidiera justicia. Tengo cosas importantes y muy necesarias que deciros.
En cuanto a lo que pedí, que se haga algo para mantenerme limpio, nada se ha hecho, y estoy más sucio que nunca. Y además, el frío me atormenta grandemente a causa de mi cólico y mi hernia, la cual me produce otras miserias que me da vergüenza escribiros. Es gran crueldad que ni siquiera pueda hablar para remediar mis necesidades. Por el amor de Dios, señores míos, dad la orden por piedad o por deber.
Escrito en vuestras cárceles de Ginebra, el 10 de octubre de 1553».

Miguel Servet

instalarse como médico entre la numerosa colonia española. Pero pasó antes por Ginebra. ¿Por qué? No tenemos respuesta a este interrogante. Sabía con seguridad que bien recibido no sería, pero no quiso creer que Calvino y el consistorio de Ginebra lo condenaran a muerte. Sea como fuere, el domingo 13 de agosto de 1553 asistió a un servicio religioso y fue reconocido e inmediatamente capturado. Calvino se encontraba en una situación política apurada en aquellos meses, acosado por la oposición política liderada por el libertino Ami Perrin, primer síndico de la ciudad. En este contexto parece que Calvino utilizó el proceso a Servet como instrumento de reafirmación política.

El proceso a Servet duró dos meses y medio. El procesado fue tratado con dureza y sin ningún tipo de consideración. Se le hicieron una serie de interrogatorios preliminares sobre sus ideas y libros. Reunida esa información intervino el fiscal público quien, con nuevos interrogatorios, intentó construir el perfil clásico del hereje de vida disoluta y conspirador político en la persona de Servet, aunque sin lograrlo.

Servet había llevado una vida de buen testimonio público y no se pudo probar su participación en conspiraciones políticas. El único efecto de estas acusaciones fue que la oposición a Calvino tomase una postura contraria a Servet más beligerante para evitar, a su vez, ser salpicados con acusaciones de heterodoxia. Preguntado por su proceso en Viena y ante la posibilidad de ser devuelto a manos católicas, Servet se tiró al suelo y suplicó de rodillas, anegado en lágrimas, que no se le entregase a las garras del tribunal católico, donde sabía que le esperaba la muerte en la hoguera. Esto ocurría a finales de agosto de 1553: no iba desencaminado, Servet, un mes antes su estatua había ardido en la hoguera en territorio francés.

Las cenizas de Servet inspiraron una frase de valor universal: «matar a un hombre no es defender una doctrina, es sencillamente, matar a un hombre»

En este punto se abrió en el proceso una fase 'técnica'. El tribunal de la ciudad de Ginebra se mostró incapaz de precisar las herejías servetianas y acudió en ayuda, primero de Calvino, y después de otras ciudades suizas. Durante tres días del 15 al 18 de septiembre de 1553, Servet y Calvino mantuvieron una intensa discusión escrita en latín alrededor de la doctrina de la Trinidad y del bautismo de los niños, básicamente. Eran dos hombres inteligentes, ampliamente formados, frente a frente.

A nuestros ojos contemporáneos, el encono y la fuerza del enfrentamiento parece un exceso. Sin embargo para ellos lo que estaba en juego era la definición precisa de los caminos abiertos para la salvación de los hombres.

La documentación generada por este debate y una síntesis del proceso hasta ese momento fue enviada a cuatro ciudades suizas y sus iglesias con el objetivo de que emitiesen los informes oportunos. Aunque ninguno de estos informes mencionó la pena de muerte como castigo para Servet, apostaban por la extirpación radical de estas herejías.

Mientras se realizó este proceso de consulta, Servet permaneció en la cárcel enfermo y no escuchado por sus jueces. Estos, con toda la documentación reunida lo hicieron personarse ante ellos el 26 de

octubre para comunicarle su decisión final. De entre todas las acusaciones, la condena final solo se basó en dos: defender el bautismo de adultos frente al de niños y defender a Jesús como hijo del Dios eterno… y no como hijo eterno de Dios. El voto fue unánime en el consejo ginebrino. El 27 de octubre de 1553 Servet moría en la hoguera, encadenado a sus libros, envuelto en una humareda asfixiante, rodeado por las llamas de un fuego lento, provocado por la leña verde y húmeda que se utilizó para formar la pira.

Uno de los relatos de los momentos finales de Servet, escrito por un autor anónimo contrario a Calvino, concluía: «Dicen que de igual manera teme Calvino no que se lleven el cuerpo de Servet, pues con diligencia se preocupó de que esto no pudiera ocurrir, sino que hablen sus cenizas». La historia le ha dado la razón al autor de este texto puesto que las cenizas de Servet inspiraron una frase de valor universal: «Matar a un hombre no es defender una doctrina, es sencillamente, matar a un hombre».

Monumento a Servet, por el escultor Joseph Bernad, Viena francesa (1911). Fue en esta ciudad donde el aragonés preparó la *Restitución del Cristianismo*. M. G. Guatas.

La *Restitución del Cristianismo*

Ana Gómez Rabal

Institución Milá y Fontanals, del CSIC

La última obra servetiana, *Christianismi Restitutio —Restitución del Cristianismo—*, no es sino el colofón de una trayectoria vital e intelectual de activa defensa de la necesidad de una renovación absoluta del Cristianismo, de perenne alegato a favor de una vuelta a los orígenes y raíces de este como único medio para lograr una restitución total de la doctrina de Cristo.

Desde 1541, durante los doce años de estancia en Viena del Delfinado donde trabajó como médico personal del arzobispo Pierre Palmier, Servet se dedicó a la elaboración de su *Restitutio*, recogiendo las críticas e ideales que había dado a conocer en sus obras teológicas anteriores e incorporando nuevas influencias. En efecto, confeccionó el tratado con el fin esencial de reafirmar la doctrina que había vertebrado toda su producción teológica, esto es, su propia interpretación de la Trinidad: frente al dogma defendido por la ortodoxia católica y el protestantismo consistente en afirmar que en Dios existen tres Personas distintas en una sola esencia, las personas son, para Servet, aspectos o manifestaciones del Padre, pero no eternas e independientes, sino expresiones de la divinidad limitadas a un contexto concreto. Esa interpretación procede de su exigencia reiteradamente expresada de conocer las palabras de la Biblia, de conocerlas literal y esencialmente. La Biblia es, para Servet, la fuente de la verdad, pero solo se puede servir correctamente de ella quien tenga un conocimiento suficiente de las lenguas en que fue redactada, para poder determinar el auténtico significado de las palabras de los textos sagrados, no dejándose imponer una tradición interpretativa heredada.

Servet asume, en la *Restitutio*, el peso de otros instrumentos para acercarse a la realidad y, por ende, a la verdad: junto a la filología, fundamental para no errar en la interpretación de los textos, hay que servirse de la ciencia, para enriquecer de una forma sistemática ciertas exposiciones o razonamientos, y, asimismo, de la filosofía. Así pues, la crítica absoluta a la filosofía presente en los primeros tratados teológicos de Servet se ve no solo matizada sino, en algunos casos, anulada. Ejemplo de ello es el neoplatonismo que deja traslucir la obra.

A lo largo de las páginas que conforman las cuatro partes de *Restitución del Cristianismo*, el texto va reflejando la propia actitud vital de su redactor, guiada tanto por el intento de encontrar la verdad como por el convencimiento de que nadie puede estar en posesión absoluta de ella y de que, por lo tanto, la pretensión de imponerla atenta contra la esencia del ser humano. En consecuencia, la voz de Servet se levanta con fuerza para exigir que a todo individuo se le reconozcan la libertad de seguir los dictados de su conciencia y la libertad de expresar sus propias convicciones; el lector constata el convencimiento del autor sobre el hecho de que es inadmisible que se persiga a alguien por sus ideas; y comprueba cómo Servet, pensador cristiano, se erige en abanderado de la libertad de conciencia y de expresión frente a una Iglesia católica que él describe ensombrecida y lastrada por las tinieblas y supersticiones medievales, y frente a una nueva Iglesia, la de Calvino, fruto de la Reforma pero modelada también por las directrices de una autoridad férrea y esterilizadora. Miguel Servet se le aparece al lector como un enamorado de Cristo, humilde pero tenaz en su afán de restituir al Cristianismo la pureza doctrinal y piadosa de la Iglesia primitiva.

La obra contiene, en el libro V de su parte primera, al tratar del Espíritu Santo, la primera descripción impresa de la circulación menor de la sangre, contraria a la teoría galénica. El texto servetiano sobre la circulación menor de la sangre ejemplifica el empleo que hace Servet de la ciencia para llegar al conocimiento de los hechos que constituyen la realidad de las cosas: Servet no dispone aún del concepto moderno de la ciencia como saber independiente, pero sí demuestra que se sirve de ella para profundizar en su búsqueda de la verdad, como un eslabón más en el camino de búsqueda que rige su vida.

Cuando Servet tenía escrita aproximadamente la mitad de la *Restitutio* corría el año 1546 y decidió mandar el manuscrito a Calvino, junto con una serie de cartas, a través de un editor de Lyon, Jean Frellon. Calvino contestó y envió a Lyon su obra *Institutiones christianae*, para adoctrinar a su interlocutor, quien, a su vez, se la devolvió llena de comentarios negativos y pormenorizadas críticas. Finalmente, en enero de 1553, se publicó la *Restitución del Cristianismo* completa.

La sentencia condenatoria del tribunal ginebrino que juzgó a Servet no concernió sino a dos 'errores' religiosos: no creer en el dogma de la Trinidad y mantener una actitud contraria al bautismo infantil. Dicho en otras palabras, Servet fue condenado por no interpretar de manera ortodoxa las Escrituras, por seguir el principio humanista de acercarse libremente a los textos, principio que —paradójicamente— había hecho suyo en sus inicios la Reforma. Pero la razón última de la condena de Servet la encontraron sus enemigos en su profunda convicción de que, como expresión máxima del derecho inalienable del hombre a la libertad de conciencia, no se doblegaría ante las amenazas; en su actitud de firme defensa durante el juicio condenatorio, como colofón de su vida, de los postulados que había sostenido en la *Restitutio* como colofón de su obra.

5 Miguel Servet, un español de Aragón

En pocos pueblos aragoneses se ha hecho tanto como en Villanueva de Sijena por reivindicar la figura de un personaje histórico

Ilustración: Pilar Ostalé

Reivindicación de su figura desde Villanueva de Sijena

Sergio Baches Opi
Doctor en Derecho y director del Instituto de Estudios Sijenenses 'Miguel Servet'

Pocos personajes aragoneses están tan indisolublemente ligados a su lugar de nacimiento como Miguel Servet —o Serveto— y en muy pocos pueblos de Aragón como en Villanueva de Sijena, en Los Monegros oscenses, se ha hecho tanto con tan poco para enaltecer y difundir la figura de un personaje histórico. La tarea reviste mucho mayor mérito cuando se conoce que la esencia de este proyecto cultural no es otra que prestigiar al aragonés más genuinamente europeo e internacional que ha existido a lo largo de la dilatada historia de nuestra Comunidad.

La ejecución de Servet, firme siempre en sus convicciones y víctima del proyecto religioso de Juan Calvino, es una píldora intemporal que trata de inmunizarnos y advertirnos de la iniquidad intrínseca de aquellos proyectos políticos o religiosos que supeditan la libertad del individuo a un interés supuestamente colectivo y, que dominan y controlan, incluso con flagrante incumplimiento de las leyes fundamentales del territorio, las vidas y la esfera individual de los ciudadanos.

Estudiar a Servet es necesario; reivindicarlo ante la ciudadanía aún más, porque nos ayuda a entender que los derechos inherentes a la persona no son susceptibles de permuta entre las administraciones públicas o en ocasiones entre los partidos políticos. Frente a las situaciones de evidente conculcación de los derechos fundamentales, si cabe más sangrantes cuando se promueven y permiten por la acción u omisión de las instituciones públicas encargadas de hacer cumplir la ley y las decisiones de los tribunales, conviene recordar la reacción que en proporción corresponde legítimamente a los ciudadanos, tal y como destacaron los redactores de la Declaración de Independencia de los EE.UU., leída en Filadelfia el 4 de julio de 1776, cuyo principal promotor, Thomas Jefferson conocía el holocausto de Miguel Servet:

Estudiar a Servet es necesario. Reivindicarlo, aún más, porque ayuda a entender que los derechos inherentes a la persona no son susceptibles de permuta

«[…] Sostenemos como evidentes por sí mismas dichas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que cuando quiera que una forma de gobierno se vuelva destructora

Ofrenda de una corona por parte del príncipe Felipe en la estatua de Miguel Servet de Villanueva de Sijena. Ese día, el 10 de julio de 2002, Felipe de Borbón había acudido a la localidad altoaragonesa para inaugurar la casa natal del sabio, tras años de rehabilitación. Archivo HERALDO

de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno [...]».

Nada menos que a todas estas importantes reflexiones nos conduce irremisiblemente el ejemplo ético de este aragonés irrepetible y todavía bastante desconocido entre los aragoneses y el resto de los españoles.

En este capítulo, quiero referirme a dos aspectos concretos del universo servetiano relacionados directamente con Villanueva de Sijena. Por una parte, a la fundación y la labor del Instituto de Estudios Sijenenses 'Miguel Servet', y por otro, a los primeros años del niño y adolescente Miguel Servet en Villanueva de Sijena y a su origen judeoconverso.

El Instituto de Estudios Sijenenses

Siempre ha habido en Villanueva de Sijena la conciencia clara de ser la cuna de uno de los mayores sabios del Renacimiento. Sin embargo, el reconocimiento institucional de esa herencia histórica en el pueblo de natal de Servet se empieza a producir en la primera mitad del siglo XX. Fue el 29 de septiembre de 1931 cuando Julio

Arribas Salaberri, a la sazón secretario del Ayuntamiento de Villanueva de Sijena, promovió un homenaje a Miguel Servet durante el que se descubrió un medallón de bronce con su rostro en la fachada de su Casa Natal, que hoy todavía se conserva. La fecha es también significativa, porque unos días antes de este homenaje, el 22 de septiembre, y respondiendo a la petición de varios colegios de médicos españoles, el Gobierno de la República concedió a Villanueva de Sijena el título de 'Villa'.

Pasaron varios decenios antes de que se pudiese realizar un nuevo acto de reconocimiento a Miguel Servet de cierta relevancia, en el que no solo se destacara su labor como descubridor de la circulación menor de la sangre sino también su ejemplo como símbolo de la lucha por la libertad de conciencia. Fue de nuevo un 29 de septiembre, aunque esta vez en 1975, cuando numerosos ciudadanos y estudiosos de la figura de Servet participaron en el Homenaje Nacional al sabio villanovano organizado por Julio Arribas.

Para muchos servetistas aragoneses esa fecha marca el inicio de una nueva etapa en el estudio científico y la proyección del legado servetiano. Fue precisamente a raíz de este homenaje, de difícil ejecución y organización por las circunstancias políticas del momento, cuando empezó a funcionar de manera oficiosa un grupo de trabajo dedicado a estudiar la figura y la obra de Miguel Servet. En los meses subsiguientes, Julio Arribas logró catalizar las ilusiones de muchos intelectuales y estudiosos de Servet, entre los que cabe citar, sin ánimo de ser exhaustivo, a Federico Balaguer, José Barón, Antonio Beltrán, José Cardús, José María Castro y Calvo, Antonio Durán Gudiol, Joaquín Enrech, Franco García Bragado, Francisco de Asís Gabriel Ponce, Eloy Martínez o Cecilio Serena.

Fue el 29 de septiembre de 1931 cuando Julio Arribas Salaberri promovió un homenaje a Servet y marcó el inicio de la recuperación de su figura en España

Lo en un principio se pensó como un grupo de reflexión en torno a la figura de Miguel Servet y a la historia del Real Monasterio de Sijena, fue tomando forma y el 23 de abril de 1976 se constituía bajo la forma jurídica de un instituto municipal de cultura adscrito al Ayuntamiento de Villanueva de Sijena el Instituto de Estudios Sijenenses 'Miguel Servet'.

Nuestro Instituto nació con una clara misión: reivindicar la figura de Miguel Servet y fomentar el estudio de su vida, obra y legado con criterios científicos, y también con una visión irrenunciable, que hoy, sigue estando vigente. Se trataba, en palabras de nuestro fundador, de «aglutinar a todos los servetistas del mundo alrededor de este ente aragonesista». Esta clara vocación internacional forma parte desde sus inicios del 'ADN' de nuestro Instituto e impregna sus valores y su filosofía de trabajo.

Los años posteriores al Homenaje Nacional de 1975 se caracterizaron por una frenética actividad en el Instituto. Se organizaron numerosas conferencias en las que intervinieron, Franco García Bragado, Francisco Grande Covián, Ángel Alcalá Galve, Francisco Sánchez–Blanco o Fernando Solsona, entre otros. Fiel al espíritu

Casa natal de Servet, hoy convertida en casa–museo, donde el Instituto de Estudios Sijenenses pretende potenciar el estudio y difusión de su vida y su obra y de aglutinar a todos los servetistas del mundo. Archivo HERALDO

ecuménico de Miguel Servet, el entonces Promotor General invitó también al pastor calvinista Henry Babel, heredero de Calvino en la Catedral de Saint Pierre, a pronunciar la conferencia inaugural del curso 1980–81.

Junto con las lecciones magistrales, el Instituto desarrolló una importante labor editorial gracias a la cual más de 20 publicaciones vieron la luz entre 1975 y 1984. La muerte de Julio Arribas supuso un duro golpe para el Instituto y sus actividades, y hasta abril de 1985 no se nombró a un nuevo Promotor General, que intentó continuar, aunque con menor intensidad, la actividad académica y editorial del Instituto. Desde el año 1986 al año 1999 pasaron por el Instituto conferenciantes de la talla de José Barón, Luis Betés, Francisco Carrasquer, Alberto Galindo, Santiago Loren, Andrés Pié Jordá o Agustín Ubieto.

El cambio de siglo trajo nuevos aires a la gestión del Instituto que alcanzaron su momento estelar cuando el Príncipe de Asturias inauguró, invitado por el Ayuntamiento de Villanueva de Sijena,

las obras de rehabilitación de la Casa Natal de Miguel Servet, el 10 de julio de 2002. En esos momentos, el alcalde de Villanueva de Sijena, Alfonso Salillas, el entonces promotor general, Bizén d'o Río Martínez y el secretario general del Instituto y actual promotor empezaron a diseñar las líneas estratégicas que nos han consolidado como un centro de referencia en el ámbito de los estudios servetianos.

La Casa Natal, convertida inmediatamente después de su inauguración en la sede del Instituto, también ha permitido potenciar sus actividades e incrementar la credibilidad y visibilidad de la institución. Desde el año 2002 han sido numerosas las actividades acadé-

De la educación infantil de Servet

No es el asunto del tipo de educación que pudo recibir Servet durante su niñez y adolescencia o dónde, lo que ha despertado mayor discusión entre los investigadores, sino la cuestión de su origen judeoconverso por parte de madre y la influencia que este hecho haya podido ejercer en su obra, actitud y pensamiento. Lo que voy a exponer en los párrafos siguientes debe ser leído con la máxima precaución y sentido crítico, pues las fuentes históricas y los estudios existentes no reflejan resultados concluyentes.

Los Zaporta eran una familia originariamente judía, cuyo linaje se remonta al siglo XIII, con ramas establecidas, al parecer, en Lérida, Monzón, Tamarite de Litera, Barbastro y Zaragoza, y, tras la expulsión de los judíos en 1492, también en Francia. No parece que existan datos precisos de cuándo exactamente los antecesores por línea materna de Servet se convirtieron al Cristianismo, pero existe un documento histórico en el que se identifica a un tal Eduardo Zaporta, vecino de Monzón, como miembro del 'Consejo de Cristianos Viejos de la Ciudad' en 1424, lo que revelaría que antes de ese año se habría convertido al Cristianismo. Parece también que Eduardo Zaporta se casó y tuvo tres hijos: Luis, Guillén y Eduardo. Nos interesa centrarnos en Guillén, quien, según algún autor, fue abogado consistorial en Roma y gozó de la protección del Papa Alejandro VI. Guillén se casó y tuvo varios hijos, entre ellos, Beatriz Zaporta, hermana del banquero Gabriel Zaporta y abuela materna de Servet.

A la luz de estos datos parece razonable pensar que la conversión de los Zaporta al Cristianismo, al menos en su rama española, acaeció muchos lustros antes del nacimiento de Servet. Quiero destacar que no conozco ningún documento que permita acreditar de modo fehaciente o con una presunción concluyente que este origen parcialmente judeoconverso de Servet tuviera influencia en su actitud o su obra, pero el tema no es pacífico entre los autores y por ello todas las hipótesis merecen nuestra consideración.

Para algún autor, Servet habría aprendido el hebreo de su madre, quizás porque se parte de la idea, correcta por otro lado, de que, en el judaísmo, la madre es el conducto fundamental de transmisión de la cultura hebrea a la prole. En relación con esta hipótesis se puede observar que la madre de Servet no era judía ni tampoco judeoconversa de nuevo cuño por lo que, en principio, parece difícil que Servet hubiera aprendido el hebreo en el seno familiar. Cabe destacar también que algunos investigadores que han estudiado el hebreo que Servet utiliza en sus obras llegan a la conclusión de que no se habría demostrado que este tuviese un conocimiento fluido de esta lengua, pues se habría limitado a utilizar palabras en hebreo que estarían al alcance de cualquier humanista de su tiempo. No puedo constatar en este artículo la plena validez de esta conclusión, pero sí apuntar que merece ser tenida en cuenta por aquellos estudiosos que quieran realizar nuevas aportaciones en este campo.

Otros autores han llegado a la conclusión, después de analizar el linaje de Servet y la historia que lo rodea, que es muy probable que su actitud, radicalismo intelectual y su defensa del derecho a la libertad de conciencia se deban al influjo que en su conciencia produjo su origen judeoconverso por parte de madre. Esta es otra línea de investigación que puede en los próximos años arrojar nuevos datos sobre la influencia que este aspecto de la genealogía de Servet pudo tener en su obra y actitud intelectual, y en este sentido, constituye una de las facetas de Servet que nuestro Instituto quiere estudiar con profundidad en un futuro próximo.

Sergio Baches

Recreación de una antigua botica propia de la época en la que vivió Servet, en la segunda planta de su casa natal. Archivo HERALDO.

micas que anualmente ha organizado nuestro Instituto, entre las que se puede destacar el Congreso Internacional que sirvió de clausura al 450 aniversario de la muerte de Servet. Pero más allá de las efemérides, quiero destacar el goteo de conferencias que en estos casi diez años se han organizado en la Casa Natal, y en las que hemos contado con los principales estudiosos de la obra de Servet, como Rafael Bermudo del Pino, Ana Gómez Rabal, Diego Gracia, Marian Hillar, Peter Hughes, Jaume de Marcos, José Luis Nieto Amada o Elaine Cristine Sartorelli.

Una importante labor editorial

No menos importante es nuestra labor editorial, que nos ha permitido publicar más de 20 obras en los últimos ocho años, entre las que me gustaría destacar, por su aportación novedosa, la primera traducción al español de la obra de Sebastián Castellio, *Contra el libelo de Calvino* (1554), obra esencial para entender las reacciones que la muerte de Servet produjo entre sus contemporáneos. Este papel editorial nos ha posibilitado ayudar a muchos investigadores y crear

una importante red de intercambio de ideas y obras sobre temas servetianos. El Instituto cuenta también con la que es probablemente la mejor biblioteca sobre Miguel Servet.

Junto con esta labor eminentemente académica y científica, el Instituto es también, y gracias en parte a la Casa Natal, un centro de divulgación de la figura de Servet entre el público no especializado. La Casa se puede visitar todos los fines de semana del año y en ella se ofrece una explicación guiada que proporciona de un modo muy didáctico una visión general de la vida, la obra y la importancia de Servet en la historia de las ideas como precursor de la libertad de conciencia. Han sido muchos los ciudadanos y los grupos escolares que durante estos diez años se han acercado al hogar familiar de Servet para conocer su apasionada vida y obra.

Junto con la labor académica y científica, el Instituto es también un centro de divulgación de la figura de Servet ante el público no especializado

PRIMEROS AÑOS EN VILLANUEVA DE SIJENA

Como es conocido, Miguel Servet nació en Villanueva de Sijena en 1511, probablemente el día 29 de septiembre, día de San Miguel. Las fuentes históricas que permiten reconstruir su niñez y adolescencia son muy escasas, pero conocemos que Miguel Servet Conesa, alias Revés, nació en el seno de una familia de infanzones. Su padre, Antón Serveto Meler, ejercía como Notario en Villanueva y, por tanto, también en el Real en el Monasterio de Santa María de Sijena. Su madre era Catalina Conesa Zaporta, hija del noble Pedro Conesa, infanzón de Barbastro, y de Beatriz Zaporta. A tenor de algunos documentos históricos, es muy probable que sus antepasados por línea paterna procedieran del pueblo de Serveto, ubicado en el Valle de Chistau.

Antón Serveto era hijo de Juan Serveto y de Catalina Meler. Se ha identificado una escritura notarial de 1504 en la que los abuelos paternos de Servet instituyen a Antón Serveto heredero de sus bienes y piden ser enterrados en la iglesia de Villanueva. También está demostrado que Antón Serveto ejerció como notario en Villanueva al menos desde 1508 y, al parecer, hasta 1538–9, año en que la notaría fue asumida por su hijo Pedro. Existe al menos una escritura notarial de 1511 en la que Antón se define como «infanzón, oriundo del lugar», es decir, oriundo de Villanueva de Sijena.

Los hechos históricos que rodean al joven Servet permiten presumir que su padre fue un hombre bien relacionado socialmente, porque solo así se explica que Miguel pudiese «entrar al servicio» de Juan Quintana en 1525, tal y como este respondió en uno de los interrogatorios en Viena del Delfinado. Quintana no era un clérigo cualquiera. Gozaba de un notable prestigio como teólogo, siendo doctor en esta disciplina por la Sorbona, y llegó a ser predicador de la Corte y confesor del Emperador Carlos V, a quien acompañó a Bolonia a finales de 1529 para asistir a su fastuosa coronación a manos del Papa Clemente VII. En compañía de Quintana, el villanovano habría tomando conciencia de la difícil realidad religiosa de

España, reflejándola posteriormente en los principales puntos de su obra teológica.

A modo de epílogo

Hoy, 500 años después de su nacimiento, la figura de Servet sigue siendo recordada en Villanueva de Sijena. Y no solo en su Casa Natal o en el Instituto de Estudios Sijenenses 'Miguel Servet', sino en las conversaciones cotidianas de sus gentes, muchas de ellas orgullosas de vivir en la cuna de un personaje universal, que goza de un creciente prestigio y admiración internacionales. Su imponente estatua sedente, colocada estratégicamente, gracias a las gestiones de Julio Arribas, delante de la fachada de la Iglesia Parroquial de Villanueva de Sijena un lluvioso 29 de septiembre de 1975, nos observa cada día desde aquel año, con ese sosiego y autoridad que solo alcanza la estela de «los pocos sabios que en el mundo han sido».

La figura de Servet sigue siendo recordada 500 años después en Villanueva. No solo en su Casa Natal o en el Instituto, sino en las conversaciones cotidianas de su gente

DOCUMENTOS Y MANUSCRITOS
Michel de Villeneufve

Servet no tuvo empacho en anunciar desde la portada de sus dos primeros libros que se llamaba Miguel Servet y que era español de Aragón. Así se lee en la portada de sus *Diálogos sobre la Trinidad*. Después pasó a llamarse Miguel de Villanueva. De modo que cuando 'firma' su último libro ya no se atreve a exponerse tanto. Solo firma con unas iniciales donde se adivina que el autor es Miguel Servet de Villanueva. Sin embargo, cuando se le pregunta su nombre en Viena en el interrogatorio del 5 de abril de 1553, desconociendo que había sido ya descubierto a instancias de Calvino, afirma llamarse: «Michel de Villeneufve, doctor en Medicina, de unos cuarenta años, natural de Tudela, en el reino de Navarra, ciudad bajo obediencia del Emperador». Pero cuando, ya en Ginebra, el 16 de agosto le vuelven a preguntar por su nombre, responde resueltamente: «ser español, aragonés, que es médico y que se llama Miguel Servet, alias Revés, de Villanueva». Fue en esta localidad monegrina donde nació y en la que su padre Antón Serveto ejercía como notario de la poderosa orden cuya sede se encuentra en el monasterio cisterciense de Sijena.

D. M. M.

Monasterio de Sijena. Archivo HERALDO.

Un hombre al que pronto se le reconoció como víctima de la intolerancia

Miguel Servet es un personaje apasionado y apasionante, como lo fue su vida, como lo ha sido su obra, como es la recuperación de su memoria. Una memoria que se va dibujando poco a poco, con frecuentes retoques que nos acercan, cada día más, al verdadero rostro del ilustre personaje de Villanueva de Sijena, su pueblo, al que nunca renunció y que siempre conservó en el corazón y en el apellido —Miguel de Villanueva y Michelle Villeneuve— cuando tuvo que despistar a sus perseguidores.

Desde el principio fue un hereje, el hereje perseguido. Así nos llegaron las primeras noticias, así nos lo dio a conocer Marcelino Menéndez y Pelayo, en la *Historia de los Heterodoxos españoles*. Condenado por las inquisiciones en España y Francia fue ejecutado por la de Ginebra, quemándolo vivo junto con sus obras, por orden de Calvino. Sus cenizas, y las de sus libros, fueron depositadas en el más cruel de los olvidos durante siglos. Resulta sintomático que la primera traducción al castellano de su obra *Restitución del Cristianismo*, escrita en latín, se publicase en 1980 por la Fundación Universitaria Española, y en su sección de 'clásicos olvidados'. Nunca ha sido reconocido como mártir de su fe, salvo por un pequeño grupo de cristianos 'unitarios' que lo veneran en América del Norte.

Muy pronto se le reconoció como víctima de la intolerancia, desde que Castellione echara en cara a Calvino sus malas artes de resolver por la violencia un debate que debería haberse mantenido en palabras, porque las ideas no se resuelven matando sino discutiéndolas. Así es como, siglos después —demasiado tiempo— lo recuperó Voltaire devolviéndole un rostro más humano, más heroico, más cercano y amable, como adalid de la tolerancia.

Poco a poco fue abriéndose paso como un personaje ilustre, conforme crecía el interés por su figura, y por su obra. Hay que agradecer a von Murr el haber reeditado en 1790 y en edición facsímil la obra cumbre de Servet, la que le ocupó su tiempo y le costó la vida, *Christianismi Restitutio*. Gracias a ella, pues los tres originales conservados resultaban inaccesibles, la obra señera de Servet estuvo más cerca de los interesados y estudiosos. Los médicos pudieron así brindar al mundo la primera versión escrita de la circulación menor de la sangre. Dieron a conocer al mundo a Miguel Servet, el ilustre médico, el gran descubridor. Pero, al aislar el texto de su contexto religioso y teológico, se conformaron con celebrar y divulgar el descubrimiento de la circulación de la sangre, perdiéndose el verdadero gran descubrimiento de Miguel Servet. Porque lo que Servet pretendía no era ofrecer las primicias de un descubrimiento médico —aunque demuestra ser muy consciente de ello—, sino mostrar cómo así la naturaleza proporcionaba el modo providencial y extraordinario de preparar la sangre, para que pudiera recibir dignamente en el alma la comunicación del espíritu de Dios. Porque el espíritu, el alma está en la sangre, igual que los sentimientos están en el corazón y las ideas en la cabeza. Son modos de hablar, pero solo así podemos reconocer y expresar nuestros supremos valores, lo mejor que hay en nosotros, nuestra verdadera dignidad humana.

El ilustre médico empezó a ser tenido en cuenta entre los grandes personajes, entre los humanistas, entre los sabios y a tener derecho a una placa en alguna calle, luego en instituciones de enseñanza y de la salud. Pero, casi siempre, la imagen del sabio aragonés celebrado, empañaba el verdadero sentido de la sabiduría de Servet, que no eran las ciencias, ni la medicina, ni la literatura, sino el conocimiento de Dios, la teología. Servet es, en efecto, un teólogo en el verdadero sentido de la palabra, que reflexiona y razona a partir de la Escritura. Pero es algo más, un místico, pues va salpicando sus reflexiones especulativas con preciosas oraciones que muestran sus profundas vivencias y sentimientos religiosos. Y es también un profeta, un enviado de Dios, que habla de parte de Dios y llama a la conversión y a la responsabilidad. Así lo reconoce él, cuando, como dice en el proemio, aterrorizado por las persecuciones trata de huir y poner agua de por medio, como Jonás cuando quiso eludir su responsabilidad por miedo.

Servet, el hereje perseguido, la víctima de la intolerancia, el médico descubridor de la circulación de la sangre, el humanista y sabio, el teólogo místico y profeta, es también el gran apasionado por Dios, es decir, por el hombre, por su dignidad y libertad. Pienso que este último rasgo —su pasión por la causa de Dios— es el más relevante para completar el verdadero retrato de Servet. Y casi me atrevería a decir, como sugiero en el título, que un verdadero autorretrato. Porque él mismo nos ofrece la más escueta y precisa biografía de su vida, una verdadera autobiografía, en el proemio de su obra *Restitución del Cristianismo*:

«Tuya es esta causa de expresar tu gloria y la salvación de los tuyos, causa que me fue encomendada por un cierto impulso divino para que la defendiera yo, cuando era un adolescente de apenas veinte años... Comencé a tratarla entonces y, ¡cual es la ceguera del mundo!, enseguida se me buscó de arriba abajo para arrastrarme a la muerte.

Documentación de la Casa de Servet en Villanueva. Archivo HERALDO

Aterrorizado por ello, y huyendo al destierro, me oculté largos años entre extranjeros con profunda tristeza de mi alma... Pero mandándolo tú, cuya es la causa, no me es lícito diferirlo más... Tú nos has enseñado que no puede ocultarse la luz, de modo que ¡ay de mí si no evangelizo! Se trata de la causa de la verdad con la que todos estamos comprometidos» —O.C., edición de Ángel Alcalá, vol. V, 1, pág. 7—.

En cuatro pinceladas magistrales nos cuenta la peripecia de su vida. Empieza por su vocación a asumir la causa de Dios en su primera versión de *Los errores de la Trinidad*, con apenas veinte años. Luego nos cuenta la reacción que produjo en los círculos católicos y protestantes su obra, condenando su doctrina y tratando de cazarlo para acabar con el hereje. En un tercer momento, nos dice el miedo que le produjo, de una parte la persecución generalizada y, de otro el sentirse sin una preparación adecuada para llevar adelante con éxito su obra. Y como consecuencia la huida, los cambios de nombre y domicilio, el ocultamiento en otros menesteres, trabajando para vivir, estudiando, ocupándose en labores de corrector de pruebas primero y luego de editor y ejerciendo de médico para sobrevivir. Finalmente, tras dejar constancia de que nunca olvidó ni sus raíces, ni su vocación, cuando tuvo un poco de paz y seguridad, los años que vivió a la sombra del obispo Palmieri, volvió a las andadas y retomó la causa de Dios, porque no podía seguir disimulando, ni diferir por más tiempo su misión. La publicación de *Restitución del Cristianismo* es una respuesta a la pretensión de Calvino que había publicado *Institución del Cristianismo*, pero es mucho más, como reza el subtitulo, es una convocatoria a toda la Iglesia para volver a los orígenes. Y, aunque discretamente, las dos frases que sirven de lema, debajo del título, una en griego —y apareció Miguel— y otra en hebreo —y se desató una lucha en el cielo—, expresan perfectamente su estado de ánimo —él es Miguel, el encargado de la causa de Dios, como el arcángel—, y sus presentimientos, porque la batalla que se desata es la que acabará con vida, de eso no tiene la menor duda.

Sus últimas palabras, con el fuego ya en el rostro, fueron esas «Jesucristo, hijo de Dios eterno, ten piedad de mí». Una verdadera profesión de fe en Dios que lo convierte en verdadero mártir de la fe cristiana, pero también un acto de fe en el hombre, en su dignidad y libertad, que expresa su fe tal como la siente y entiende, que lo elevan a la categoría de los héroes y paradigmas. Toda la cuestión se centra principalmente en la famosa confesión de fe en Jesucristo Hijo de Dios eterno, frente a la de todas las confesiones cristianas que reconocen a Jesucristo como Hijo eterno de Dios. Servet distingue entre la palabra antes de pronunciarse —el Verbo eterno del Padre— y la palabra pronunciada y encarnada —el hijo de María e Hijo de Dios eterno—.

Queda pendiente una última apelación, para que su muerte no haya sido en vano, como lo ha sido al parecer durante cuatro siglos, recoger su invitación, la que figura como subtitulo de su obra: la convocatoria universal, la invitación y urgencia a recobrar el verdadero rostro de Dios, que es tanto, como recuperar el del hombre. Porque, como dice en el proemio, esta es la causa de Dios, y la causa de Dios, para un buen entendedor y Servet lo era, no es la defensa de Dios —¿qué dios puede ser ese que necesita que lo defiendan?—, sino la del hombre, la imagen de Dios. Pues por nuestra causa, o sea, por nosotros y por nuestra salvación, la Palabra eterna de Dios se pronunció en el tiempo tomando cuerpo en el seno de una Virgen y haciéndose hombre en Jesucristo, hijo de María, hijo de Dios eterno. Fueron sus últimas palabras, pero fueron también la razón de toda su vida.

Luis Betés Palomo

Sacerdote y sociólogo zaragozano

Hominem occidere

Guillermo Fatás

Catedrático de Historia Antigua y ex director de Heraldo de Aragón

La quema de Servet vivo en 1553 no fue una cosa rara. Quemar vivo a un hereje era cosa santa y decidida por gente santísima. Pero el protestante francés Sébastien Châteillon —llamado luego Castellion— escribió: «Matar a un hombre para defender una doctrina no es defender una doctrina, es matar a un hombre». Claro que no se enteró nadie, porque transcurrieron casi sesenta años hasta que su texto se pudo publicar en 1612.

Calvino, el soberbio

Que Calvino, sumamente soberbio, tenía cargo de conciencia se advierte en cuatro cosas. Una, que se creyó obligado a probar que había obrado bien. Dos, que para ello redactó un libro entero. Tres, que lo publicó en latín, lengua internacional del saber, pero también en francés, para llegar así a un mayor número de lectores. Y, cuatro, que le puso un título revelador de sus problemas, freudianamente transparentes: «Defensa de la fe ortodoxa sobre la sagrada Trinidad contra los prodigiosos errores de Miguel Servet, español, donde se demuestra que los herejes deben ser castigados incluso con la muerte, y particularmente que este hombre tan impío justa y merecidamente fue sometido a suplicio en Ginebra».

La invectiva *post mortem* de Calvino contra su enemigo es un arquetipo de esa literatura miserable que pide la muerte para los enemigos de un dios al que define un fiscal que ejerce como juez. Calvino la hizo firmar a otros catorce clérigos de su cuerda. Su primer párrafo es una descalificación muy severa de los desvaríos del aragonés, para que no haya duda de que merecía ser quemado vivo —la versión latina es más breve, pero su sentido es similar—: «Como en nuestra época Dios ha hecho al mundo la gracia singular de hacer aflorar la doctrina pura del Evangelio, tanto tiempo enterrada, hemos sabido que Satán, para oscurecer su claridad, ha recurrido a su astucia acostumbrada, suscitando espíritus fantasiosos que han sembrado varias clases de errores, como los anabaptistas, los libertinos y otros parecidos. Pero, entre ellos, ha habido cierto español llamado Miguel Servet, que ha hecho un confuso montón de disparates tan enormes que su impiedad supera todo el mal que los otros juntos maquinaron hacer».

Servet, el satánico

Servet es un monstruo detestable, autor de desatinos nauseabundos, que ni por su saber ni por su elocuencia era de temer en una disputa, de modo que Calvino evitó mantenerla por mera modestia, no por temor a salir perdedor —*modestiae, non timiditati*—.

Puesto que Servet injuriaba a Dios mismo, lo que es mucho más grave que insultar a los hombres, merecía un castigo congruente. ¿Violento, como gustaba a los católicos? Sí, porque el hecho de que los 'papistas' usasen tanto de la violencia no hacía de esta algo siempre indeseable. ¿O es que los gobernantes civiles, cuyo deber es mantener el orden divino, *sanctum ordinem*, han de permanecer impasibles y sin recurrir a la espada cuando se atenta contra la fe?. En resumen: quitar la vida al gran hereje, instrumento de Satán, es un deber.

Alguna vez he leído que esta obra de defensa propia era un opúsculo. De ningún modo. En la edición latina de 1870 ocupa casi doscientas páginas de letra apretada a dos columnas: el oscuro español de inteligencia despreciable después de muerto requirió del genio —de su «hirsuta conciencia», como escribió Ángel Alcalá— una justificación voluminosa.

Châtellion, el decente

Cuando Châtellion, que en absoluto era servetista, leyó el libro de Calvino, escribió otro para refutarlo. Paso a paso, argumento por argumento. Tomó los asertos del autócrata, los numeró y los rebatió uno por uno. Vino a recordar que Cristo no pidió matar, sino morir por su causa, «no quemar, sino dejarse quemar». Así es el párrafo que contiene la famosa frase: «Matar a un hombre para defender una doctrina no es defender una doctrina, es matar a un hombre —*hominem occidere*—.

Cuando los ginebrinos mataron a Servet, no defendieron la doctrina, sino que mataron a un hombre. No corresponde a los magistrados defender la doctrina, sino a los doctores. El magistrado debe defender frente al delito al doctor, al campesino, al obrero, al médico y a los demás. Si Servet hubiera querido matar a Calvino, la defensa de Calvino por la magistratura hubiera sido correcta. Pero como Servet luchó con razones y escritos, con razones y escritos había que refutarlo. Naturalmente, se prohibió publicar semejantes cosas.

Pero, aunque en Europa se haya olvidado del detalle, Servet fue también pionero en eso. En 1531, con apenas veinte años, había dicho: «Aunque me sepas errado en algo, no por eso debes condenarme en todo. Si así fuera, no habría mortal que no debiera ser quemado mil veces (…) Me parece grave matar a un hombre solo porque en alguna cuestión de interpretar la Escritura esté en un error». Y en los angustiosos descargos que hizo durante su largo proceso también afirmó, con escándalo de sus jueces: «No es oficio de un ministro del Evangelio transformarse en acusador criminal, ni perseguir a muerte a un hombre judicialmente». No le sirvió de nada. Pero a nosotros, sí.

6 Héroe literario

El sabio aragonés ha sido protagonista de multitud de libros, novelas, obras de teatro y composiciones musicales

Ilustración: José Luis Cano

El sabio de Sijena en la literatura y las artes

Antón Castro
Periodista y escritor

Miguel Servet es un personaje sumamente complejo. De talante irreductible y dado a la polémica, parece ante todo terco y valiente, capaz de jugarse el tipo, por carta o de viva voz, en la defensa de sus ideales y de sus certezas teológicas o científicas. Quizá responda, en cierto modo, al perfil del intelectual 'suicida' o del aragonés empecinado o utópico: se escribe, se urden razones y se barajan conjeturas para explicar qué se le había perdido en Ginebra.

Su antagonista Juan Calvino había dicho y escrito que se si ponía los pies en su ciudad no saldría vivo de allí. Servet y él se las tuvieron gordas, muy gordas, en lo que debió haber sido estrictamente el terreno de las ideas, de la dialéctica, pero Calvino y sus cómplices pusieron en marcha un mecanismo brutal y represivo que acabó como acabó: con Miguel Servet en la hoguera entre ayes lastimeros y terribles que estremecían a quien los oyese. Existe un grabado, por cierto, que contradice esta versión: alguna gente bailaba ante el sacrificio terrible. Ante lo que fue, como dice Sebastián Castellio y recordó muchos años después Stefan Zweig, un crimen. Un crimen contra la libertad de conciencia. Un crimen contra la libertad de expresión. Aquí parece estar el eje constante de la modernidad del sabio humanista de Villanueva de Sijena.

El de Servet fue un crimen contra la libertad de conciencia y contra la libertad de expresión. Ahí parece estar el eje de la modernidad del sabio humanista de Villanueva de Sijena

Quizá, como han referido algunos de sus estudiosos, hay otros aspectos muy interesantes: Servet crea una suerte de corriente subjetiva en sus textos y pone el corazón al desnudo. De alguna manera, entronca con esos autores contemporáneos subjetivos que indagan el mundo a través de su propio yo.

Ecos literarios

En la literatura, hay bastantes autores que se han acercado a Servet. Uno de ellos es Stefan Zweig en su libro *Castellio contra Calvino* —Acantilado, 2001—, donde se dice una frase que ha hecho fortuna: «Matar a un hombre no será nunca defender una doctrina, será siempre matar a un hombre». Ese libro, más ensayístico que literario en realidad, tiene tres vértices: Castellio y Calvino, y su feroz rivalidad, y Servet, que también adquiere un protagonismo decisivo para explicar la intransigencia de Calvino.

Dentro de la literatura es casi un lugar común buscar algunas conexiones entre *Opus Nigrum* de Marguerite Yourcenar y el sabio sijenense: se dice que su Zenón habría estado inspirado en él

en buena medida, pero por desgracia parece ser solo una teoría. En cambio sí se interesaron por él dos escritores muy diferentes: el Nobel accidental José Echegaray y el joven investigador Marcelino Ménendez Pelayo. El primero estrenó en 1880 *La muerte en los labios*, sucedía en una extraña Ginebra en 1553 y era un alegato contra el fanatismo religioso y una advertencia contra el temor a su resurrección a finales del siglo XIX. La pieza pasó con más pena que gloria. Y dos años después, Menéndez Pelayo publicó su *Historia de los heterodoxos españoles*, donde aparece Servet y donde puede leerse: «... ninguno vence a Miguel Servet en audacia y originalidad de ideas, en lo ordenado y consecuente del sistema, en el vigor lógico y en la trascendencia ulterior de sus errores. (...) Teólogo reformista, predecesor de la moderna exégesis racionalista, filósofo panteísta, médico, descubridor de la circulación de la sangre, geógrafo, editor de Tolomeo, astrólogo perseguido por la Universidad de París, hebraizante y helenista, estudiante vagabundo, controver-

Busto en bronce en el Parque Miguel Servet de Huesca, obra de Blanca Merchán (1976). Archivo HERALDO

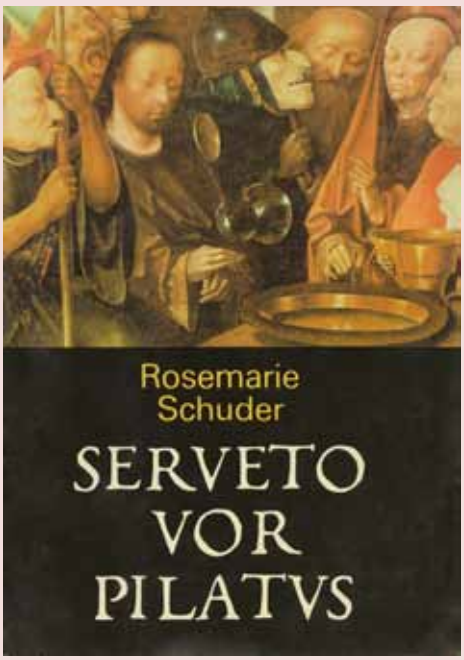
sista incansable, a la vez que soñador místico, la historia de su vida y opiniones excede a la más complicada novela».

Este texto ofrece, de entrada, una visión bastante completa del personaje que sería rescatado años después en una novela histórica, *Pasión y muerte de Miguel Servet* (1909) de Pompeu Gener o Babot, un texto que tiene mucho de folletín popular y que daría pie a una tragedia en tres actos, de casi desconocida trayectoria: *Miguel Servet* (1915), que firmaron Germán González de Zabala y Joaquín López Arístegui, y era una pieza en tres actos que seguía casi por completo las líneas de la novela de Gener, que era un apasionado servetista y redactaría también otros textos de vindicación del personaje.

Servet no publicó su descubrimiento sobre la circulación de la sangre en un libro de medicina, sino en uno de teología, porque consideraba que su revelación estaba relacionada con Dios

Habrán de pasar algunos años hasta que Alfonso Sastre reparase en el autor de *Restitución del Cristianismo*: en 1967, en el sello Argos Vergara publicó *La sangre y la ceniza*, que tendría una edición posterior, en 1976, y una traducción al italiano. Sería el texto que daría lugar a la serie de televisión de José María Forqué, que se pasó por TVE en 1989 con Juanjo Puigcorbé en el papel del humanista; lo acompañaban, entre otros, el zaragozano José Luis Pellicena, Enrique San Francisco y una joven Iciar Bollaín. El escritor Santiago Lorén fue el asesor de la obra, que tenía un guión de Sastre, Forqué y Hermógenes Sáinz. La

DOCUMENTOS Y MANUSCRITOS
La novelesca vida de Servet contada a los alemanes



El atractivo literario de la vida de Servet no conoce fronteras de países ni tampoco tiene fecha de caducidad. Pocos sabrán, sin embargo, de la novela escrita por la autora alemana Rosemarie Schuder (nacida en Jena, en el año 1928) titulada *Serveto vor Pilatus* —Rutten & Loenin, publicada en Berlín, 1982—, donde se equipara la relación entre Cristo y Pilatos con la de Miguel Servet y Juan Calvino. La autora, novelista de prestigio en la República Democrática Alemana, donde recibió numerosos premios, está especializada en novela histórica y en personajes y etapas especialmente vibrantes. La obra dedicada a Servet se presenta como la tercera entrega de una trilogía que incluye a Paracelso y a Agripa von Nettsheim. Su último libro está dedicado a Eduard Lasker, y lleva por título *Der Fremdling aus dem Osten* —del año 2008—.

Portada del libro de Rosemarie Schuder.

pieza teatral se estrenó en el Teatro Villarroel en enero de 1977 por el Colectivo Búho y dirección de Juan Margallo. Sastre quería hacer una parábola sobre la libertad y un alegato contra la intolerancia, y mezcla dos épocas: la del nazismo —la obra se inicia con los nazis destrozando la estatua de Servet— y la propia del sabio sijenense mediante un viaje cronológico por su vida y sus obsesiones.

José María Forqué subrayaba un detalle que le había conmovido: «[A Servet] Todo el mundo lo asocia o lo reconoce como descubridor de la circulación menor de la sangre y en verdad lo fue. Lo más hermoso de todo es que publicó su descubrimiento en un libro de teología y no de medicina porque entendió que su revelación correspondía al hálito, a donde estaba Dios en el cuerpo humano, y la sangre era lo único que está en todo el cuerpo. Me parece que ese sentido teológico, religioso o místico resulta muy hermoso, acaso lo más hermoso». La serie resultaba un poco fría y académica, y no alcanzó el éxito de la que había hecho sobre Santiago Ramón y Cajal.

Cartel de *Le procès de Michel Servet,* ópera estrenada en octubre de 2011 en Ginebra en homenaje al sabio de Villanueva de Sijena. La obra, compuesta por tres actos y once escenas, repasa la causa de Miguel Servet hasta su ejecución.

Volveremos más tarde al cine, pero estábamos evocando libros sobre Servet. Y entre otros querríamos citar dos al menos, al margen de los de José Barón o Fernando Solsona, que son más bien biografías más o menos canónicas: *El leño verde* (IFC) de Ángel Alcalá, probablemente el hombre que mejor conoce a Servet. Es el editor de sus *Obras completas* para la colección Larumbe y siempre ha estado obsesionado por su pensamiento. *El leño verde* quiso ser al principio el embrión de una película, pero cuando el músico Valentín Ruiz, discípulo de Antón García Abril, leyó el libro pensó que de ahí podría extraerse el libreto de una ópera. Alcalá le dio forma, lo puso en verso, y Ruiz compuso la música, mezclando aromas de Schönberg y de Richard Strauss, según dijo el propio Alcalá. La pieza ha paseado por los despachos de varias instituciones de Aragón —por el de Javier Lambán, ex presidente de la DPZ; por el Gobierno de Aragón y por el Auditorio de Zaragoza, entre otros—, pero no llegó a cuajar. Alcalá explicaba así su contenido, que a la par resume un poco el argumento y las líneas de fuga de *El leño verde*: «En la ópera se ha querido destacar la personalidad de Servet, su radicalismo e independencia intelectual, su crítica a la Iglesia y a la sociedad, pero sobre todo, la insobornable fidelidad a sus ideas hasta la muerte. La ópera gira en torno a los dos juicios a muerte a los que Servet fue sometido: el de Viena del Delfinado por la Inquisición católica francesa y el de Ginebra por el protestantismo calvinista». Agregaba el experto de Andorra: «El radicalismo de Servet se basa en un sincero Cristianismo semimístico, el cual le autoriza a criticar la organización eclesial, y culmina, como la ópera, cuando invita a los testigos de sus últimos suspiros a invocar a Dios pidiendo que al fin, al fin, venga a nosotros su reino, reino de justicia, de paz, de amor, de tolerancia, de solidaridad». Fernando Martínez Laínez publicó *Miguel Servet. Historia de un fugitivo* —Temas de Hoy, 2003; IFC, 2011—, que es una biografía histórica a la que se incorporan algunos fragmentos autobiográficos de Servet.

En la ópera *El leño verde* se destaca el radicalismo y la independencia intelectual de Servet, su crítica a la Iglesia y a la sociedad y la insobornabilidad de sus ideas hasta la muerte

El libro, claramente ensayístico e historiográfico, también podría definirse como una tentativa de biografía novelada.

No podemos olvidar aquí un proyecto estupendo de José Luis Cano: *Miguel Servet y el doctor de Villeneufve* —Xordica—, que es un cuento ilustrado cuyo texto está redactado con ese humor tan especial del dibujante, que insiste en el carácter esquizofrénico de Servet: «Me atrae de él esa mezcla de brusquedad en los modos y sutileza en el pensamiento. A mí, que no sé nada de teología, me parece mucho más sutil y delicada la interpretación que hace Servet de la Santísima Trinidad —su tema favorito— que la que nos enseñaba el catecismo. Para Servet, la Trinidad quiere decir que Dios se manifiesta por la Palabra y el Espíritu. El párroco de mi pueblo intentaba que entendiéramos el mismo misterio comparando la Santísima Trinidad con un melocotón. Sobre todo, lo que me gusta de Servet es esa modernidad propia de un poeta».

Y es obligado citar el esfuerzo pedagógico de los profesores y alumnos del Instituto de Educación Secundaria Miguel Servet de Zaragoza, que desde 2003, y coordinados por el profesor Daniel Moreno, compatibilizan sus tareas con el estudio de la figura de Servet. Fruto de tal esfuerzo ha sido la publicación de cuatro libros sobre el personaje, la representación de obras de teatro y otras actividades dentro del afán en implicar a toda la comunidad educativa del instituto.

DEL TEATRO, EL CINE Y LA ÓPERA

Debemos hacer hincapié en el trabajo de síntesis de Cano y en su imaginación desbordada para poner en imágenes, a partir de la iconografía existente, el mundo de Servet. La exposición ha viajado por

Picasso y su 'mendigo sentado'

Miguel Servet ha sido dibujado y pintado por algunos grabadores y pintores de distintas épocas. El grabado de Sichem 'El Joven' ha sido el epicentro de muchas imágenes. Servet, en distintos textos, ha dado algunos indicios de su rostro y de su aliño. Más tarde, se fueron publicando otras imágenes como *Serveto en la pira*, del turinés Gregorio Calvi di Bergolo (1904–1994), que es un luminoso cuadro sobre la intransigencia en el instante aciago del sacrificio humano. Theodor Pixis (1831–1907) es el autor de una obra que casi resulta tendenciosa: un diálogo entre Calvino y Servet; el enemigo, tranquilo y dulce, intenta convencer al aragonés de sus errores.

Una obra muy interesante y ambiciosa es un mural sobre la circulación de la sangre que realizó Diego Rivera (1886–1957) para el Instituto de Cardiología de México en 1946. El artista congregó en el lienzo a figuras como Galeno, Vesalio, Malpighi, y Servet figura entre ellos, entre los fisiólogos. Guillermo Pérez Baylo regaló al Instituto Miguel Servet un lienzo en color, muy sugerente y equilibrado, de aroma clasicista: la cara del sabio muestra sosiego y firmeza, tormenta y arrojo. En el Instituto de Estudios Sijenenses albergan otras imágenes de Servet, de creadores algo menos conocidos como Pirla Bustos o un dibujo del propio Alfonso Sastre.

Una pieza muy especial corresponde a Pablo Picasso: es un dibujo que realizó en 1904 y que pertenece a su serie de *Mendigos*. Se ha querido identificar con Servet en varias publicaciones. Parece ser que en el fondo es otra conjetura. Picasso no tituló a ese hombre escuálido, sentado sobre una piedra y melancólico, como habríamos querido todos: *Servet en prisión*. La tituló: *Mendigo sentado*. Qué lástima.

A. C.

Representación de la obra de teatro *Miguel Servet. Destino entre la sangre y el fuego*, de la que es autora Encarnación Ferré. Los miembros de la compañía son profesores del IES Miguel Servet de Zaragoza.

distintos espacios, gracias a la colaboración de Ibercaja, el Gobierno de Aragón y la editorial Xordica. En este año de conmemoración del V centenario de la muerte de Sender, la compañía Teatro Frenesí, de Teresa Larraga, ha escenificado en diversos lugares la pieza *Malos humos*, con texto del propio Cano, la participación del actor oscense Antonio Buil y la dirección de Alberto Castrillo–Ferrer.

Se trata de una obra en clave cómica, o cuando menos irónica: estando Cano por medio no podía ser de otro modo. Teresa Larraga, afincada en Suiza desde hace 25 años, ha explicado así su percepción del personaje: «Es una loca conferencia entre dos períodos —el siglo XVI y la actualidad—, y también entre dos visiones del mundo. Una terrible historia contada con la inocencia del payaso sin disminuir su profundidad y universalidad».

En Francia, Jean Cabotse firmó una novela histórica, *Le souflle et le sang* (2001) y en Hungría András Suto estrenó una obra de teatro. Como ya hemos hecho algunas incursiones en el cine y en la televisión porque todo se entrevera, vamos a completar el panorama un poco más: en 2001, Kultur Media hizo un aproximación en clave divulgativa en un audiovisual titulado *Miguel Servet*; en 2004, el alemán Oliver Eckert estrenó su documental *La vida de Miguel Servet, el reformador y el hereje*, que se pasó en el congreso servetiano en octubre de 2011 en Villanueva de Sijena y que convenció a los ponentes por su nitidez y su hondura. Y Claude Goretta estrenó en 1975, para la televisión suiza, su película *Pasión y muerte de Miguel*

Servet; basada en la obra homónima del poeta y traductor Georges Haldas, estaba protagonizada por Michel Cassagne. Amén de otros proyectos audiovisuales realizados en Francia, me gustaría citar una pieza curiosa que realizó para la serie *Estampas* de Aragón Televisión la productora de Emilio Casanova: en apenas tres minutos resume su rebeldía y su lucidez.

En cuanto a la ópera, en Ginebra a finales de octubre y principios de noviembre, ha permanecido dos semanas en cartel, se escenificó *El procès a Michel Servet*, y los creadores de la obra son la cantante y compositora australiana Shauna Beesley y el libretista suizo Jean–Claude Humbert.

LAS ESTATUAS DE SERVET

Manuel García Guatas publicaba en mayo de 2007 un libro muy singular y breve, lleno de erudición y de gusto por los detalles: *Miguel Servet. De la hoguera a los pedestales* —Gobierno de Aragón—, en el que efectúa un recorrido por las distintas estatuas que le han dedicado al autor de *Los errores de la Trinidad* en Aragón, en España y en el extranjero: París, Viena, Ginebra o Mendoza —Argentina—, entre otros lugares.

Parece muy claro que en muchas de las piezas, los escultores partieron de una de las imágenes más socorridas y felices del sabio: el grabado de Cristóbal von Sichem, 'el Joven', que nació en Basilea en 1580 y murió en Amsterdam en 1658, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París y que es «el más difundido de entre los escasos retratos de Servet que trascendieron a la posteridad, identificado al pie de su retrato de medio cuerpo con la leyenda: 'Michael Servetus Hispanus de Aragonia', que tiene como fondo visto a través de una ventana la escena de su muerte en la hoguera», expone el profesor Guatas.

El catedrático de Historia del Arte, y experto en la obra de autores como Ramón Acín, Marín Bagués y Manuel Corrales, entre otros, sigue el rastro de las distintas estatuas que se le erigieron, recuerda que las dos primeras fueron para el Museo Antropológico de Madrid, de Elías Martín Riesco, y para la fachada del Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, un proyecto arquitectónico de Ricardo Magdalena que se inauguró en 1893: la estatua realizó Dionisio Lasuén con «piedra de la cantera de Fonz —Huesca—, de textura poco escultórica».

En su recorrido, García Guatas recuerda la pieza que hizo la salmantina Blanca Merchán para Huesca hacia 1976; la de Eugene Baffier para París, la menos melancólica de todos, la más romántica y enérgica en realidad; la de Joseph Bernard para Viena, donde Servet vivió los últimos doce años de su vida.

Y recuerda, salpimentando anécdotas aquí y allá, que la escultora Clotilde Roch había concebido una obra para Ginebra pero fue rechazada por los ginebrinos en 1908; consideraron su erección una afrenta a uno de sus grandes guías espirituales, Juan Calvino, y hubo de ser instalada en la localidad próxima de Annemasse. Clotilde Roch ha visto cumplido su sueño ya desde la tumba: Ginebra

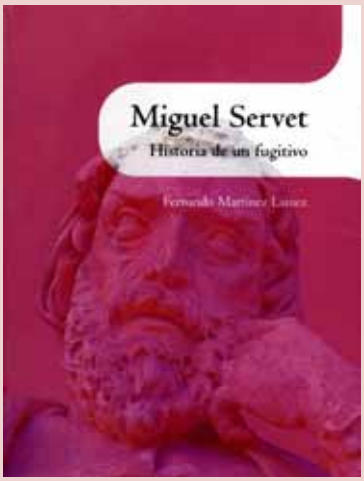
ha reparado la incomprensión y la injusticia, y en este centenario ha instalado al fin la obra. De las peripecias de la estatua de Clotilde Roch y de cómo el modelo llegó a Zaragoza se cuentan más detalles en el próximo capítulo.

Miguel Servet cuenta con muchas esculturas, que lo muestran casi siempre melancólico y abatido, aunque hay alguna donde se le ve rostro de profeta, como la de Manuel Arcón, que talló para su pueblo natal, situada ante la fachada de la iglesia parroquial y que tiene otro modelo fundamental: la que realizó Dionisio Lasuén en la fachada del Paraninfo, proyecto de Ricardo Magdalena, para la que se empleó «piedra de la cantera de Fonz —Huesca—, de textura poco escultórica».

Libros para entender a Servet

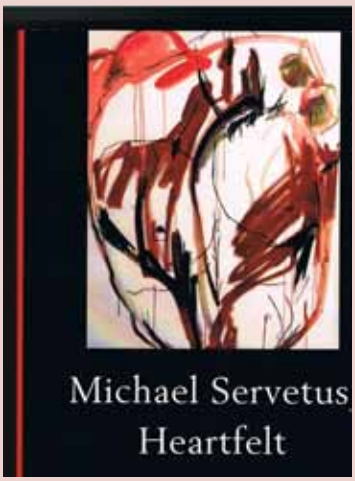
Portada del libro de Daniel Moreno, de la I. Fernando el Católico.

Miguel Servet encuentra en 2011 una nueva lectura de su obra teológica que restablezca su pensamiento original. Cediéndole la palabra a Servet, a través de esta obra se descubre en él a un teólogo iluminado que lee la Biblia a la luz de su razón y de su experiencia personal de regeneración interior hasta construir un sistema teológico de aspecto complejo, pero fascinante, en el que el Cristianismo queda restituido a su antigua verdad.



Portada del libro de Fernando Martínez Laínez, editado por la IFC.

El sabio de Villanueva de Sijena se nos muestra en esta biografía de Fernando Martínez Laínez como una figura de abrumadora actualidad y vigencia. Su heterodoxia teológica y carácter audaz le valieron la enemistad de sus contemporáneos, tanto reformistas como católicos, que vieron en la labor intelectual de este adelantado librepensador una amenaza contra sus intereses políticos y doctrinas teocráticas, razón por la que lo condenaron a morir quemado en la hoguera.



Portada de Michael Servetus, Heartfelt, dirigido por J. Naya y M. Hillar.

Entre los libros de gran relevancia de 2011 figura *Michael Servetus, Heartfelt —Miguel Servet, de corazón—*, que ha publicado la editorial University Press of America, Inc., de Estados Unidos, bajo la dirección del científico villanovano Juan Naya y del servetista polaco–estadounidense Marian Hillar.

El libro es el resultado del congreso que fue celebrado en Barcelona los días 20 y 21 de octubre del año 2006 y que reunió a prestigiosos expertos y a abundantes apasionados de la figura de Servet.

La imprenta en tiempos de Miguel Servet

Por Manuel José Pedraza Gracia

Profesor de la Universidad de Zaragoza

Desde su aparición a mediados del siglo XV, el arte de la imprenta se había difundido rápidamente desplazándose desde Europa Central en todas las direcciones en las que los impresores buscaron la posibilidad de ganarse la vida con ese nuevo arte.

Los poderes políticos y religiosos percibieron inmediatamente las posibilidades de la nueva técnica: por primera vez se podían obtener muchos ejemplares de un texto en muy poco tiempo, por un precio mucho más bajo por unidad que una copia de un manuscrito y, además, todos ellos iguales. Los gobiernos y la Iglesia utilizaron la imprenta para difundir las ideas y conseguir textos normalizados, en especial de la legislación o de los manuales de actuación, cuyos ejemplares eran, además, perfectamente idénticos. De esta manera el poder favoreció, siempre que pudo, la llegada de los impresores a nuevos reinos y diócesis en los que imprimir leyes, historias laudatorias de las dinastías reinantes, sínodos, bulas, manuales para clérigos… Pero precisamente esta facilidad de obtener múltiples copias idénticas de un texto ponía en peligro las bases de ese mismo poder por lo que, primero, la Iglesia y, luego, los gobiernos comenzaron a legislar para evitar que las ideas adversas a sus intereses se infiltrasen entre las clases letradas. En estas legislaciones se perseguía al libro que era quemado públicamente, como ya había ocurrido en la Edad Media; pero acabó persiguiéndose, en muchos casos, al autor o al impresor lo que llevó a que las leyes exigieran que el autor y el impresor se identificasen con sus nombres en las publicaciones que realizaban.

En este panorama se movían los impresores, que, en ocasiones, colocaban nombres de impresor y lugares de publicación falsos. Los autores encontraron también mecanismos para burlar las normas de control, bien sea buscando el lugar en el que las ideas preponderantes fuesen más favorables a las expuestas en sus obras, o modificando sus nombres y procedencias, como Miguel Servet, para evitar su identificación; todo ello en la confianza de que sus trabajos se difundirían mediante el comercio regular o clandestino de libros.

En la imprenta trabajaban el maestro que solía ser, generalmente, el propietario cuya función era la empresarial y la de supervisión, aunque en las imprentas muy pequeñas realizaba también labores de oficial, los oficiales que eran los profesionales de la imprenta; y los aprendices que realizaban labores menores mientras aprendían del maestro las de oficial. Una imprenta requería en esencia dos tipos de oficiales: los cajistas o componedores, que copiaban un texto que servía de muestra reuniendo las letras de molde para formar materialmente las palabras, las líneas y las páginas, y los impresores propiamente dichos —batidor y tirador— que trabajaban en la prensa. Los primeros poseían, además de una habilidad manual muy especializada en el manejo de los tipos, conocimientos filológicos y de matemáticas elementales, los segundos, llevaban a cabo una actividad completamente mecánica y física, en la que la fuerza era esencial para mover las prensas. Ambas actividades permitían imprimir un libro con una gran calidad estética. Con el transcurso del tiempo el arte de la imprenta, que en origen había sido considerado como una mera artesanía, se había transformado. Conforme el impreso se iba abriendo camino en las mentes y la cultura, el lector exigía una mayor perfección estética —técnica— y de contenido —científica— y los poderes, si se quería que el libro fuese publicado y se permitiese su difusión, exigían también una corrección con respecto a las ideas rectoras del mundo científico y religioso del momento. Los talleres de imprenta solo con estos trabajadores no podían garantizar la calidad de los contenidos, especialmente en lo que respecta a los requerimientos científicos, ideológicos, o religiosos. Por esta causa, se incorporan desde finales del siglo XV a las imprentas los correctores, cuya función era buscar la pureza y calidad del texto y la adecuación gramatical. Eran gentes instruidas cuya función era esencialmente la de corregir las pruebas que hacían los impresores y proponer las modificaciones necesarias. El intelectual del momento obtiene así una nueva vía para la subsistencia: a la enseñanza y el ejercicio profesional liberal se añade el trabajo en la imprenta, que, además, es el lugar en el que sus propias obras van a terminar. En las imprentas más importantes del momento los correctores forman grupos de discusión de las nuevas ideas, ya que son los primeros que tienen acceso a ellas, y proponen al maestro impresor, como Servet a los Trechel, ediciones de obras que desde su conocimiento científico consideran necesarias y rentables para el negocio, conformándose como una especie de consejo editorial. Estas ediciones habían sido preparadas por estos intelectuales que las ofrecían a la imprenta o era el propietario de la imprenta, el maestro, el que hacía los encargos específicos.

7 Las imágenes de Miguel Servet

Durante siglos, la inconografía ha presentado al humanista e investigador de la medicina para incorporar en el siglo XX el mensaje de la tolerancia

Ilustración: Kristina Urresti

De la hoguera a los pedestales

Manuel García Guatas
Catedrático de Historia del Arte. Universidad de Zaragoza

Desde su muerte —hace más de cuatro siglos y medio— hasta el presente, de dos clases han sido las imágenes que se han difundido de este teólogo e investigador aragonés. Una al aguafuerte y las diez restantes, escultóricas, producidas en dos épocas históricas muy distintas y distantes.

Grabada la primera en 1607 —54 años después de su muerte—, las estatuas, relieves y bustos escultóricos se fueron realizando y colocando en lugares conmemorativos de su biografía en Francia y

A la izquierda, estatua del Pórtico del Museo Antropológico de Madrid, de E. Martín Riesco, destruida en 1938-39. A la derecha, estatua de Dionisio Lasuén (1893) en la fachada de la antigua Facultad de Medicina de Zaragoza.

España desde 1875 hasta 2004, cuando se colocó su estatua a la entrada del Hospital Miguel Servet de Zaragoza.

La imagen de 1607 había sido confeccionada por el grabador suizo-flamenco Christoffet van Sichem 'el Joven' y el grabado se guarda en la Biblioteca Nacional de París. No conoció a Servet y no podemos saber el grado de fidelidad con el verdadero rostro de este aragonés, muerto a los 43 años. Lo representó de medio cuerpo, apoyada su mano en un libro sobre el alféizar de una especie de ventana, bajo el que el autor lo identificó de este modo: Michael Servetus Hispanus de Aragonia. Tras su rostro, de expresión concentrada y melancólica, la escena de su ejecución en la hoguera, ante unos edificios que quieren aludir al lugar a las afueras de Ginebra. Una gruesa columna detrás de Servet eleva a su figura a símbolo de la fortaleza moral de su pensamiento.

Fuera así o no el parecido con su rostro natural, de esta imagen impresa derivan, con más o menos variantes, las de todas las estatuas y de otras pinturas de las que forma parte y dibujos en el siglo XX.

Se pueden distinguir dos maneras diferentes de representar a Servet: una, sentado en un sillón o cátedra en actitud reflexiva, como hombre de pensamiento y ciencia, o en el duro asiento de la prisión, en actitud doliente. La otra pose, atado al poste en la hoguera, presentado como mártir de de la intolerancia religiosa, que fue el delirio colectivo de aquel siglo XVI, tenido por todos como el siglo del humanismo y de la armonía de la belleza clásica, pero se manifestó más bien como un siglo poco armonioso, poblado de conflictos políticos y de graves crisis religiosas y de conciencia.

De una imagen de 1607 de Servet se han basado las de todas las estatuas y de otras pinturas sobre el sabio aragonés. Su autor, el grabador Christoffet van Sichem, no lo llegó a conocer

La imagen que prevaleció de Servet durante varios siglos ha sido la del humanista e investigador de la medicina.

LA PRIMERA ESTATUA

Será en 1875 cuando se le represente por primera vez en estatua de tamaño natural y fue en España. Junto con la del celebrado médico de Felipe II, Vallés de Covarrubias, presidían sedentes en sillones la fachada del recién creado Museo Antropológico de Madrid. La de Servet la esculpió Elías Martín Riesco y aunque solo se conoce por fotografía, pues fueron destruidas ambas durante la guerra civil, es un documento visual imprescindible para reconocer que la pose y actitud reflexiva del pensador aragonés sirvió de inspiración para la estatua que realizó Dionisio Lasuén en 1893 para la fachada de la nueva Facultad de Medicina y Ciencias de Zaragoza, acompañado Servet de otro médico aragonés y de dos científicos, sentados en sus cátedras. Iconografías muy apropiadas para un edificio destinado a la enseñanza universitaria.

Van a transcurrir quince años para encontrarnos con monumentos escultóricos dedicados a Servet, independientes de edificios, que a partir de 1903 se van a erigir en años sucesivos en tres ciudades, Annemasse, París y Viena francesa, estrechamente relacionadas con

la biografía de este humanista aragonés, sin justificación o coincidencia con alguna efeméride o conmemoración de una fecha.

Fueron iniciativas ciudadanas y con motivaciones políticas en todos los casos, en respuesta al clima social que a comienzos del siglo XX se vivía con pasión en Europa y sobre todo en Francia en los primeros años del siglo XX que llevaron a confrontaciones entre católicos ultraconservadores, calvinistas intransigentes, liberales y socialistas radicales. El núcleo de los debates fue la defensa de la libertad de pensamiento y de conciencia y la figura histórica era Miguel Servet, apóstol de estas libertades y mártir del fanatismo.

El origen de estas confrontaciones y de sus consecuencias en la construcción de estos monumentos escultóricos a Servet fue la celebración en Ginebra, en septiembre de 1902, del primer Congreso Internacional de Librepensadores.

Fue un español, el médico y polígrafo Pompeyo Gener quien propuso la idea de erigirle un monumento allí en Ginebra por considerarlo el prototipo del pensador indomable que dio su vida por defender su libertad de pensamiento.

La idea no pasó de un discreto monolito en forma de roca natural con dos lápidas epigráficas, que se ubicó en la parte posterior del hospital cantonal, que aún se conserva.

Pero lo que no fue aceptado por la sociedad calvinista fue que se le dedicara una estatua, a pesar de que la había modelado una artista ginebrina, Clotilde Roch, de poco más de cuarenta años, formada en París con escultores de la órbita de Rodin, de reconocida familia y al parecer de religión protestante, pero defensora de las ideas de libertad que encarnó Servet. Las puso por escrito en un opúsculo que editó para justificar la estatua y rendir con ella un justo homenaje al hombre que con sus sufrimientos y su muerte, contribuyó a introducir ideas liberales en la religión, argumentaba en su alegato.

El español Pompeyo Gener propuso erigirle un monumento en Ginebra por considerarlo el prototipo del pensador indomable que dio la vida por defender su libertad de pensamiento

LA IMAGEN MÁS HUMANA

La estatua de bronce fue acogida por la vecina ciudad francesa de Annemasse, en la misma frontera y cerca de la colina donde había sido muerto en la hoguera Miguel Servet. Como mujer de gran sensibilidad escogió la imagen más humana y menos heroica, pues lo representó sentado, abatido en la mazmorra de la Inquisición de Ginebra, con la camisa hecha jirones, los zapatos rotos y suplicando en su última carta que acabaran con sus sufrimientos. Clotilde Roch convirtió a Servet en un Cristo escarnecido, como en el pasaje de la Pasión del Ecce Homo.

Aquella estatua de Annemasse fue destruida en 1942 por las tropas alemanas, se volvió a fundir en 1960 y se colocó ante el ayuntamiento.

En ese mismo año de 1908 se erigía en París, en la plaza Brunot frente al ayuntamiento del distrito, otro monumento a Servet. Lo

(...)

El grabador Cristoffet van Sichem, miembro de una ilustre dinastía de grabadores holandeses, realizó en 1607 un retrato de Miguel Servet que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, y que ha sido, a la postre, el utilizado como modelo para buena parte de las representaciones posteriores. Desconocemos lo que tiene de real este retrato ya que fue materializado 54 años después de la muerte de Servet, aunque es posible que el grabador se inspirara en alguna imagen real del personaje que no ha llegado hasta nosotros.

El retrato de Miguel Servet que se encuentra en el Instituto de Educación Secundaria de Zaragoza que lleva el nombre del insigne aragonés, es un óleo sobre lienzo de 1,30 x 0,96 m., que está firmado y fechado: «E. Ramos, 1936». Eugenio Ramos fue profesor de dibujo del propio Instituto en su etapa fundacional desde 1933 hasta 1936, año en el que causó baja por traslado. Madrileño nacido en 1897, marchó de Zaragoza en los inicios de la Guerra Civil con destino al Instituto de Calatayud, trasladándose posteriormente a la localidad leonesa de Astorga. Compaginó la labor docente con la práctica artística, de la que conocemos sus trabajos como diseñador gráfico y dibujante en la colección de libros de literatura clásica 'Biblioteca Clásicos Ebro', editada en Zaragoza por Teodoro de Miguel.

Retrato de Servet de Eugenio Ramos (1936).

El retrato de Miguel Servet ejecutado por Eugenio Ramos es en realidad una interpretación del grabado de Sichem. En la composición sigue fielmente a este modelo. Miguel Servet, en primer plano, está representado de tres cuartos, con el cuerpo ligeramente girado a la derecha, y la cabeza de frente. La mano derecha la lleva sobre su pecho mientras la otra mano apoya sobre un pequeño libro cerrado, que se halla sobre un alargado y estrecho soporte junto a otro libro abierto —que no existe en el modelo—, y en cuyo frente va escrito 'Michael Servetus' —en el grabado de Sichem la leyenda es 'Michael Servetus Hipanus de Aragonia'—. Detrás del retratado y a modo de separación, una arquitectura clásica formada por un bajo muro y un pedestal. En segundo plano, en el lateral izquierdo, se reproduce el acto de ejecución del sabio aragonés, quemado vivo sobre una pira, atado a un tronco. Enfrente, un hombre aviva las llamas mientras otros dos contemplan la escena. En el lado derecho se reproduce una casa con torre cilíndrica en uno de sus lados, y puerta con arco de medio punto, que pudiera representar la cárcel en la que estuvo retenido Servet.

Hasta aquí el modelo es muy parecido. Lo que cambia sustancialmente es el personaje retratado. En la pintura resuelta por Eugenio Ramos, Servet es un joven que irradia energía y plenitud intelectual, y que poco tiene que ver con el envejecido personaje de Sichem. El rostro de tez firme, lleva barba y bigote, —en el grabado, bigote y perilla—, la mirada es penetrante y resolutiva. Viste lujosamente. Las tonalidades cromáticas predominantes en la pintura son los ocres–pardos de la arquitectura, que contrastan con el colorido de la vestimenta y con la carnación de manos y rostro. En el fondo, los vivos colores rojos y amarillos de la hoguera contrastan a su vez con las luces de un cielo repleto de nubes.

Eugenio Ramos realiza un agiornamento del grabado de Servet por Sichem. Quizás el rejuvenecimiento del protagonista sea lo más acertado de esta nueva interpretación. Ramos demuestra un adecuado conocimiento de la técnica del óleo, con la que sin duda debió realizar otras obras que desconocemos. El dominio del dibujo es una de las habilidades de Ramos puesta de manifiesto en esta obra y en su faceta de ilustrador ya comentada.

Es, en suma, una imagen diferente a las conocidas y habitualmente reproducidas de Servet, cuyo conocimiento no ha transcendido del ámbito interno del instituto zaragozano.

Ramón Morón Bueno
Departamento de Geografía e Historia
IES Miguel Servet

(...)
esculpió Eugene Baffier, disponiéndolo de pie y encadenado al tronco que lo sostenía en la hoguera.

Tres años después, se construyó en el parque de la ciudad de Viena el Delfinado, en la que más tiempo vivió Servet y donde escribió sus principales obras, otro monumento escultórico, tallado en piedra por Joseph Bernard, un seguidor de Rodin.

La inauguración de la estatua de Viena fue, igual que la de París, política y polémica, pues el alcalde presentó el monumento como una fiesta de la tolerancia

Lo mismo que había sido también la inauguración de París, la de esta estatua en Viena, que lo representaba igualmente de pie, atado al poste de la hoguera, fue política y polémica, pues a iniciativa del alcalde, líder obrero y presidente de la Liga de la Enseñanza Laica, se presentó el monumento como una fiesta de la tolerancia.

La sensible escultora ginebrina que había modelado la estatua de Annemasse, realizó a su iniciativa otra en escayola, con algunas variantes de detalle, que envió en 1909 a Zaragoza, por considerarla capital de la patria de Miguel Servet, donde, una vez fundida en bronce, le correspondía figurar en un lugar público.

AÑOS DE ESPERA

El ayuntamiento, exhausto tras la Exposición Hispanofrancesa del año anterior y la construcción de los grandes monumentos a los hé-

DOCUMENTOS Y MANUSCRITOS .
La confrontación por sus estatuas continúa hasta el siglo XX

Viñeta aparecida en *l'Intransigeant* en octubre de 1900.

«La diferencia ente católicos y protestantes. Mientras los primeros quemaban a Etienne Dolet, en nombre del Evangelio, los segundos quemaban a Miguel Servet, en nombre de la Biblia». Así reza en la viñeta de Belon publicada en el periódico francés *L'Intransigeant* el 3 de octubre de 1900, que enlaza con la polémica surgida a principios de siglo XX en torno a los partidarios y los contrarios de herejes y heterodoxos. Etienne Dolet, contemporáneo de Miguel Servet, fue acusado de ateísmo y murió quemado en la pira junto a sus libros. Mientras en Ginebra se recordó a Servet con demasiada modestia, en una Francia dividida por el famoso caso Dreyfus, entre patriotas antisemitas y cosmopolitas laicistas, acordarse del Centenario de Servet en el año 1903 no era inocente, más bien estaba cargado de simbolismo. Aún así, a Servet se le erigió la estatua de Clotilde Roch en Annemasse, y otras dos en Viena del Delfinado y en la ciudad de París.

El modelo de Clotilde Roch que llegó a Zaragoza

La escultora ginebrina Clotilde Roch envió a la capital aragonesa su modelo original en yeso. Y en esta ciudad permaneció un tanto errabundo, en varias dependencias. En 2007 se fundió en bronce oscuro, «con su expresión doliente», y se colocó en el hospital Miguel Servet.

Clotilde Roch había escrito: «La estatua de Servet representaría una lección de tolerancia y de fraternidad inspirándonos el arrepentimiento de antiguos errores». Y añadía: «Afirmo ante mis compatriotas que mi obra no era más que una obra de ternura para una víctima merecedora de nuestra simpatía y de nuestra piedad ginebrinas (...) que honra a un hombre a quien debemos piedad, admiración, simpatía y respeto».

La estatua de Annemasse de Clotilde Roch sirvió de inspiración a la que se colocó en la fachada del hospital Miguel Servet de Zaragoza. Archivo Heraldo

roes de los Sitios, la recibió, la guardó en la Lonja y luego la trasladó al museo, donde permaneció expuesta entre cuadros; de allí, al empezar las obras de reforma, pasó a la Escuela de Artes Aplicadas. Cuando se devolvió en 1989, se llevó a los almacenes del museo, hasta que, localizada en 2004, se realizó la fundición en bronce disponiéndola el Gobierno de Aragón a la entrada del Hospital Miguel Servet para recordar el 450 aniversario de su ejecución.

Pero unos años antes, se le habían dedicado otras estatuas a Servet en su patria de Aragón —origen que siempre tuvo a gala referirse en sus escritos—. Primero fue un relieve con su rostro en un tondo, colocado en 1931 en la fachada de su casa natal en Villanueva de Sijena, que le dedicó el Colegio de Médicos.

La Diputación Provincial de Huesca le encargará al escultor Manuel Arcón una estatua en piedra, de tamaño natural, réplica de la que hay en la fachada de la antigua Facultad de Medicina y Ciencias, y se dispuso en 1975 ante la iglesia de Villanueva. Un año después, el ayuntamiento de Huesca colocaba un busto de bronce de Servet, modelado por la salmantina Blanca Merchán, a la entrada del parque que desde los años treinta lleva su nombre. En 1988, el colectivo de escultores 'Pablo Gargallo' talló una lápida con su efigie de perfil, para la avenida homónima zaragozana.

Un Servet que ha pasado de la horrible condena a morir en la hoguera de la intolerancia religiosa, a ser encumbrado siglos después en pedestales, como ejemplo de la defensa de la libertad de pensamiento y de expresión y a dar nombre a hospitales, centros de enseñanza, parques, calles y avenidas de Aragón, su patria.

El imaginario circulatorio de la comunicación social

Daniel H. Cabrera

Profesor de Periodismo,

Universidad de Zaragoza

El siglo XVI europeo, el que le tocó vivir a Miguel Servet, fue el tiempo donde se sentaron las bases de lo que se conoce como la Revolución Científica moderna. Hacia 1530 Copérnico termina de elaborar su sistema heliocéntrico y Paracelso sus teorías alquímicas y médicas. Galileo en 1580 inicia la revolución matemática y la experimentación física. Y en fisiología en 1546 Servet presentó una nueva teoría de la circulación de la sangre de la que Vesalius hizo pruebas empíricas en la universidad de Padua en la década siguiente. Todo ello fue posible por el clima de libertad para reconsiderar los saberes establecidos hasta entonces a través de métodos inductivos basados en la observación sistemática y la generalización cautelosa.

El siglo XVI fue un momento apasionante en la historia del saber por los difusos límites que existían entre los conocimientos de la época —fundamentalmente alquimia y astrología—, las creencias religiosas y lo que más tarde sería la ciencia moderna. Un momento de la historia donde el saber se fundamentaba en la autoridad —religiosa o del maestro— fue dando paso a un conocimiento basado en la experimentación y la explicación matemática. Como afirma Collins en Sociología de las filosofías, «Servet es característico de una era en la que la especulación científica–cosmológica y las novedades teológicas podían producirse juntas».

Un ejemplo de lo anterior lo representa su obra más conocida *Christianismi Restitutio* donde sostiene una idea arraigada en el Cristianismo según la cual las criaturas participan de la vida divina y que, en el caso de Servet, se relacionaba con su explicación de la circulación sanguínea. En su pluma la fisiología parece formar parte de un saber que busca la explicación de un hecho empírico observado —la sangre y las venas— con una lógica teológica —Dios está en todas partes—. La presencia de Dios en el hombre siguiendo la tradición bíblica se encuentra en el aire que respira que, a semejanza del soplo divino a Adán, da vida. Y esta explicación que estaba consolidada desde, por lo menos el 1000 AC, condujo a Servet a observar e investigar los pulmones. Y como el alma, también según la misma antigua tradición, reside en la sangre emprende el examen y análisis de la circulación sanguínea. Buscando el alma y la presencia divina en el hombre, observa y explica la circulación pulmonar de la sangre cuestionando la teoría de Galeno vigente desde el siglo II. Casi todas las copias de los ejemplares del libro de Servet fueron quemadas. Sin embargo, sus ideas acerca de la circulación sanguínea pasaron a formar parte del concierto de voces que la defendieron y que culminó en 1628 con la publicación de su *Estudio anatómico sobre la moción del corazón y de la sangre de los animales*.

En el siglo XVII y XVIII la anatomía humana se convirtió en una clave y matriz de interpretación del 'cuerpo social'. Y fue entonces cuando la idea de circulación comenzó a ligarse indisociablemente a la idea moderna de comunicación. Armand Mattelard afirma en *La invención de la comunicación* que «a los descubrimientos de la circulación sanguínea se le debe el paradigma de la mecánica corporal con su ley de la necesidad fisiológica funcional, donde los discursos sobre la comunicación y la sociedad no dejarán de extraer metáforas». En este sentido, hay que recordar que una de las primeras teorías económicas modernas, la fisiocrática, fue fundada por Francois Quesney, médico cirujano al servicio de Luis XV.

Quesney elabora una representación fisiocrática de la riqueza donde la circulación es, como la de la sangre, doble: una entre la naturaleza, la tierra, y el hombre y, otra, entre las tras clases sociales (los agricultores —los productores—, los propietarios de la tierras y la «estéril» —artesanos, comerciantes, etc.—). Desde entonces la idea de la circulación de personas, bienes y capital ha cambiado de signo pero no ha dejado de crecer hasta convertirse en un lugar común de la economía contemporánea.

La explicación de lo social a partir del cuerpo humano es un capítulo fundamental de las ciencias sociales que en el siglo XIX se transforma en un discurso de matriz biológica cuyo papel central serán las ideas de evolución (biológica) y progreso (social). En el siglo XX se introduce el vocabulario de 'información' y de 'código' en la explicación de los contenidos de los cromosomas y con ellos Claude Shannon, ingeniero y matemático de la compañía telefónica Bell, formulará en 1948 la tan influyente teoría de matemática de la información inspirándose en los descubrimientos de la biología.

Hoy la globalizada sociedad de la información se explican de muchas maneras pero sin duda la matriz conceptual principal sigue siendo la idea de la circulación: sin barreras para los capitales financieros, controlada policialmente para las personas. En la base de esa matriz de pensamiento se encuentra la fisiología y uno de sus senderos nos conduce a Miguel Servet.

Epílogo

La huella de Servet en la Constitución Americana

El martirio de Servet fue el exponente de la intransigencia religiosa y del poder frente a cualquier tipo de heterodoxia, concebidas entonces como herejías. Su lucha por la tolerancia no fue en balde. Thomas Jefferson retoma el mensaje servetiano para introducirlo en la Constitución Americana.

Servet y el nuevo paradigma histórico

Marian Hillar
Center for Philosophy and Socinian Studies

Servet fue uno de los primeros pensadores cristianos de los tiempos modernos que abogó por el derecho de cada individuo a seguir su propia conciencia y expresar sus propias convicciones. Fue el primero en expresar la idea de que era un crimen perseguir y matar por las ideas. Su argumento racional estaba basado en el principio humanista de moralidad: Servet claramente estipulaba que la persecución y muerte por las ideas es contrario a la enseñanza de los apóstoles y a la doctrina original de la iglesia. En una carta a Iohannes Oecolampadius (Johan Hasschein), líder de la Reforma en Basilea, en 1531 ya Servet señalaba: «Me parece grave matar a un hombre solo porque en alguna cuestión de interpretar la Escritura esté en error, sabiendo que también los mas doctos caen en él». Esta afirmación fue elaborada más tarde completamente por Sebastián Castellio en su famosa defensa de Servet y condena de Calvino, *Contra libellum Calvini* (1554):

«Matar a un hombre no es defender una doctrina, sino matar a un hombre. Cuando los ginebrinos mataron a Servet, no defendieron una doctrina; mataron a un hombre. La defensa de una doctrina no es asunto de jueces sino de maestros. ¿Qué tiene que ver la espada con la enseñanza?»

La lucha de Servet por la libertad de conciencia era parte de su programa para la restitución de la Cristiandad y una de las 'herejías' por la cual fue condenado. Servet trató de discutir el tema con Calvino en una de sus cartas publicadas en *Christianismi Restitutio*.

La idea de castigar a 'los herejes' era tan dominante en la sociedad que aun a la mayoría de los protestantes pensantes no se les ocurrió que todo el concepto de represión de pensamiento era maligno y contra el espíritu y letra de los Evangelios. Ningún líder religioso protestante estaba contra el castigo de los herejes en general. Aun Sebastián Castellio, campeón reconocido de tolerancia racional, precursor de la Revolución Francesa y de la *Déclaration des Droits de l'Homme* no pudo evitar estas contradicciones. Solo más tarde él desarrolló, a través de la experiencia de la guerra religiosa fraternal en Francia, el concepto de tolerancia mutua y libertad de conciencia basada en un principio racional, humanista y de una moral natural.

El movimiento de tolerancia creció de la influencia de Castellio y sus asociados en Basilea. El martirio de Servet dio estímulo al aumento de tolerancia religiosa como política general y como principio moral. Pero el proceso fue muy lento y duró varios siglos antes de que tuviera lugar el cambio de paradigma. La figura de Servet sobresale al comienzo del movimiento. En una fase posterior Castellio continuó señalando que lo más importante era el principio de tolerancia absoluta de puntos de vista diferentes. Esta posición fue el resultado de un concepto de religión totalmente nuevo iniciado por Servet centrado no en el dogma sino en la vida y el carácter. La verdadera esencia de esta clase de religión es considerar la libertad y la razón como condiciones fundamentales.

Las ideas de Servet fueron primero divulgadas por los humanistas y reformadores italianos Matteo Gribaldi, Francesco Stancaro, Giorgio Biandrata, Gianpaolo Alciati, Valentino Gentile, Bernardino Ochino, y Lelio y Fausto Sozzini. Ellos llevaron al desarrollo en Polonia del movimiento socio–político–religioso de los Hermanos Polacos o Iglesia Menor Reformatoria conocidos como 'socinianos' y en Transilvania, la iglesia Unitaria. Después de ser expulsados de Polonia en 1660 los socinianos formaron movimientos de los Unitarios de Inglaterra y América. Los socinianos fueron

Sello emitido por Correos en octubre de 2011 en conmemoración de los 500 años del nacimiento de Servet.

los primeros que exigieron y comprendieron totalmente el imperativo moral de la completa separación de la religión y el estado. Tales ideas fueron desarrolladas por Fausto Sozzini (1539–1604), John Crell (1590–1633), Christopher Ostorodt (1560–1611), Andrew Wojdowski (1565–1622), John Sachs (1641–1671) y Samuel Przypkowski (1592–1670) y Jonasz Szlichtyng (1592–1661).

Przypkowski, por ejemplo, argumentó en un folleto titulado *Declaración Fraternal* (1646), en seis puntos, la importancia de garantizar la libertad de conciencia porque: 1. Es un derecho fundamental en el que se basa la integridad y la libertad de la república; 2. Es la base de la unidad de la república compuesta de muchos grupos étnicos y religiosos; 3. Es una base de la igualdad social de los ciudadanos; 4. Es la base de todas las libertades civiles; 5. Es el guardián contra la jurisdicción religiosa y eclesiástica; 6. Es la ley suprema.

Przypkowski, en otro tratado *Sobre la ley del magistrado cristiano y persona privada en la guerra y en la paz* (1650), y Szlichtyng, en *Apología por la verdad*, desarrollaron una doctrina completa moderna y secular de la separación de la religión y del estado.

Las doctrinas morales, sociales y políticas de los socinianos llevaron, eventualmente, al desarrollo del Siglo de las Luces. Paul Tillich, considerado uno de los más destacados pensadores y teólogos del siglo XX, ha caracterizado al socinianismo como un movimiento precursor del Siglo de las Luces y el 'Catequismo de Raków' como «la primera teología protestante racionalista».

Sus ideas fueron perfeccionadas, ampliadas y popularizadas por los trabajos de los filósofos John Locke (1632–1704), Pierre Bayle (1647–1706), Voltaire (1694–1778), y David Hume (1711–1776). Los argumentos usados por John Locke en sus famosas cuatro *Cartas de Tolerancia* publicadas en Holanda entre los años 1683 y 1689 repiten los usados por los filósofos polacos. Locke poseía en su biblioteca los trabajos completos de los socinianos y ciertamente los leyó. Presenta un detallado análisis de tolerancia y de las relaciones de la iglesia–estado desde un punto de vista político adecuado obviamente a las circunstancias en Inglaterra. La extrema debilidad de las aseveraciones de Locke, de las que él mismo se contradijo, al igual que algunas de los Hermanos Polacos, fue la exclusión de los ateos a la libertad de conciencia. Pierre Bayle hizo numerosas referencias a los socinianos y fue el primero en el mundo cristiano que argumentó la separación de la ética y de la moralidad de la religión y defendió el ateísmo con una base racional.

JEFFERSON Y LA CONSTITUCIÓN AMERICANA

Las ideas de Locke fueron trasplantadas directamente al continente americano por James Madison (1751–1836) y por Thomas Jefferson (1743–1826) quien las introdujo por primera vez en la *Constitución Americana (Bill of Rights)*. Eran filósofos y estadistas que compartían una fuerte

Fachada de la casa natal de Miguel Servet, con el relieve de su rostro que fue colocado en 1931. M. G. Guatas.

convicción de libertad absoluta de conciencia y desconfiaban de cualquier clase de institución eclesiástica establecida. Su convicción era que las iglesias establecidas crean «ignorancia y corrupción» e introducen el «principio diabólico de la persecución». El ejercicio de la religión debería estar completamente separado del gobierno. La tolerancia no era suficiente, solo la absoluta libertad podía ser aceptada. Para ellos la democracia era la mejor garantía de la libertad religiosa. Era una institución que levantaba «una muralla de separación» entre la iglesia y el estado y protegía las libertades de los grupos minoritarios contra la imposición de los puntos de vista de la mayoría. Jefferson tenía un gran interés en el estudio de las religiones, especialmente de Servet y de los socinianos.

Jefferson es considerado entre los mejor educados e intelectualmente orientados presidentes de los Estados Unidos. Era un ávido estudioso bíblico y seguía la teología y filosofía de las escuelas de Servet y socinianos. En 1803 preparó una sinopsis de los pasajes de los Evangelios que encarnan la enseñanza ética de Jesús titulado *La filosofía de Jesús de Nazaret* también como *Syllabus* o *La Moral de Jesús*. Este libro representaba su religión cristiana. Todos esos desarrollos y movimientos, tendencias religiosas, son el resultado de un largo proceso que podía ser iniciado solamente después de la reversión del paradigma de la dominación eclesiástica y la reivindicación del paradigma helenístico humanista. La figura clave que simboliza este cambio es Miguel Servet. Aunque no estemos de acuerdo con todos sus postulados, él representa un faro en el horizonte de la historia.

En tanto que las religiones tradicionales permanezcan en la esfera en la vida personal y en la relación privada con el ser supremo, hay poco peligro para la sociedad. El peligro aparece cuando las aserciones religiosas acaban a ser institucionalizadas, declaradas como verdades absolutas que deben ser apoyadas, enseñadas, propagadas por una multitud de clérigos profesionales y cuando ellos dominan o influyen los órganos seculares de las instituciones gobernantes con medidas legales y físicas de coerción. En sociedades pluralistas y tolerantes, de nuestra era de globalización, el único remedio para evitar los conflictos ideológicos religiosos de cualquier tipo es el reconocimiento y postura práctica apropiada de que cada fe resulta solo verdadera en el plano subjetivo y ninguna puede ser declarada verdadera objetivamente sobre la base racional. Porque ninguna puede ser justificada por la razón.

Desde una perspectiva histórica, Servet murió para que la libertad de conciencia llegara a ser un derecho civil del individuo en la sociedad moderna.